DOS

IRÈNE NÉMIROVSKY

narrativa
salamandra

Irène Némirovsky

DOS

Traducción del francés de
José Antonio Soriano Marco

narrativa
salamandra

We seek no more the tempest for delight,
We skirt no more the indraught and the shoal —
We ask no more of any day or night
Than to come with least adventure to our goal...

[*Ya no buscamos por gusto la tormenta,*
Ni esquivamos el vendaval y el bajío,
Ya no esperamos de la noche o el día
Más que alcanzar sin aventuras la meta...]

RUDYARD KIPLING,
The Second Voyage

1

Se besaban. Eran jóvenes ¡y con qué naturalidad nacen los besos de los labios de una joven veinteañera! No es amor, es un juego; no se busca la felicidad, sino un momento de placer. El corazón aún no desea nada: lo han colmado de amor, lo han saciado de cariño en la infancia. ¡Que calle ahora, que duerma! ¡Que te deje olvidarlo!

Reían, pronunciaban el nombre del otro en voz baja (apenas se conocían).

—¡Marianne!

—¡Antoine!

Y luego:

—Ay, ¡me gustas mucho!

Estaban tumbados en un sofá estrecho en la penumbra de una habitación. Habían apagado las lámparas. Otra pareja, medio oculta por un biombo colocado frente al fuego agonizante, hablaba en voz baja sin preocuparse de ellos. Un joven parecía dormir sentado en el suelo con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada en la mano. Los cinco habían cenado en un hotelito perdido en el campiña. Las chicas llevaban vestidos de baile. Había sido un capricho, una escapada loca: huyeron de una fiesta aburrida y salieron de París sin pensar hacia dónde. Era la noche de Pascua y, por primera vez después de la guerra, triste y luctuosa, asomaba la primavera. Pero ahora había que regresar: ya estaba amaneciendo.

Marianne se levantó, descorrió las cortinas y abrió la ventana. Una niebla espesa y blanca como la leche se deslizaba

despacio sobre un río invisible cuya proximidad se adivinaba por el olor del agua fría. ¿La claridad era aún la de la luna o la del amanecer? No, no, la noche había terminado. Llovía, pero todo parecía maravilloso. No habían dormido. Habían bailado en el salón desierto del hotel, habían bebido, se habían acariciado. Tenían los rostros cansados y demacrados por el placer, pero éste no los había envejecido ni afeado: nada altera el esplendor de la juventud.

Marianne se acercó al fuego. Llevaba un vestido rojo de muselina y un collar de bolitas de ámbar que, a la luz de las llamas, lucían doradas como granos de uva. Antoine las acarició y posó los labios en el delgado cuello desnudo. Ella se dejó besar sonriendo, sin decir nada, como Solange Saint-Clair en los brazos de Dominique Hériot, como todas las chicas que Antoine había conocido. Sin amor, sin la experiencia del placer, el presentimiento del amor y del placer les daba a esas caricias incompletas, anhelantes, un sabor que no volverían a tener jamás.

—Pero ¿qué hora es? —preguntó Solange en voz baja—. ¿Es tarde?

Nadie respondió. Otro beso, otro de esos besos que engañan el hambre y la fiebre... Los cabellos rubios de Solange, de un oro suave y ligero, caían sobre sus hombros. Su rostro parecía misterioso, angelical. Era tan bella que Marianne, contemplándola, murmuró:

—Qué hermosa eres, Solange... creo que nunca te había visto así...

Sin responder, Solange entrecerró sus grandes ojos negros. Esa noche todos los sentimientos se mezclaban y confundían: la voluptuosidad y la amistad, el cansancio y el placer. Marianne empujó un leño con el talón para arrancarle la última luz. Luego se puso el sombrero. Estaba delgada, casi flaca, y era vivaz y ardiente como una llama. Sus ojos negros resplandecían

engastados en su tez morena. Antoine se acercó a la mesa puesta y se sirvió de beber. Lástima que hubiera que irse. Vaya noche tan rara... Ahora todos guardaban silencio, ya no tenían ganas de reír.

—¡Vamos! —exclamó—. ¡Dominique! ¡Gilbert! Tenemos que irnos.

Gilbert, hermano de Antoine, fingía seguir durmiendo a los pies de Solange y Dominique, que se besaban sin prestarle atención. Era mayor que los demás y más vulnerable. No sabía tomarse a la ligera las cosas ligeras. Estaba enamorado de Solange.

—¡Vamos! —insistió Antoine.

Dominique alzó apenas el rostro pálido y cansado.

—¡Vete tú y déjanos en paz! ¡Vete! Nunca seremos tan felices como ahora...

—Quisiera morir aquí —murmuró Solange.

Morir... qué locura. Ya se les pasaría con la mañana. Pero ¿y él? ¿Qué hacía allí? Esa noche, su amante lo habría esperado en vano. Se había olvidado de ella. Porque su amante era Nicole... Marianne era tan sólo un instante de placer. Sentía la ardiente lucidez que da el alcohol. Lentamente, la niebla penetraba en el cuarto. Hacía sólo unos meses, los tres, Gilbert, Dominique y él, estaban tendidos en el barro de Picardía o en la arena de Flandes. Apretó la boca carnosa; sus ojos verdes, algo rasgados, casi achinados, fulguraron. ¡Ay, cómo se alegraba de estar vivo!

Marianne seguía de pie a su lado, casi apoyada en él. De pronto, como si le hubiera leído el pensamiento, murmuró:

—Es maravilloso...

—Sí —respondió él con vehemencia.

Los dos pensaban en los jóvenes, hermanos, amigos, cuyos huesos se habían mezclado hacía tiempo con la tierra en innumerables fosas. Ellos, los supervivientes, sabían al fin que

eran mortales: esa lección no suele enseñarse hasta que la juventud ha pasado, pero quienes la han aprendido a los veinte años ya no la olvidan jamás. ¡Sí, había que apresurarse a respirar, a beber, a besar, a hacer el amor!

—¿Vendrás a mi casa? —susurró al oído de Marianne.

—Sí, cuando quieras.

Gilbert se acercó a ellos. Tenía el rostro pálido y los ojos apagados, la barba empezaba a asomarle en el mentón y las mejillas. Sí, había llegado el momento de irse...

Antoine cogió los abrigos de las chicas, que los habían arrojado a la cama al llegar. Ellas se levantaron. Dominique encendió la luz, recogió los bolsos, los guantes olvidados, y observó la mesa: no quedaba ni una gota de vino. Marianne se pasaba escrupulosamente el pintalabios. Y ahora ¿cómo volvería a casa? Si sus padres habían cambiado de planes y se habían quedado en París, la descubrirían. ¡Bah! Confiaba en su suerte: diría que había pasado la noche en casa de Solange y viceversa. No se sabría nada, nunca se sabría nada. Sus padres, igual que los de su amiga, aún eran jóvenes: sus propias pasiones les preocupaban más que las de sus hijos. Eran cuatro hermanas, cómplices unas de otras, como tiene que ser. La apenaba que Évelyne, la menor y su preferida, no estuviera allí. «Qué lástima... debería haber venido...», pensó. Esa noche, no sabía por qué, no había sido como las demás. Era... inolvidable...

Antes de salir miró una vez más la habitación, la vieja cama oscura, la colcha de flores arrugada en el suelo, el pequeño sofá rosa... Del gran fuego que habían encendido con tanta alegría no quedaba hacía rato más que ceniza caliente.

El vestido de Solange, adornado con volantes de encaje, blanco y ligero como la espuma del mar, resplandeció un instante en la claridad de una ventana abierta, luego recorrieron largos pasillos tenebrosos; la sala del restaurante

estaba desierta y las sillas de anea, colocadas sobre las mesas con las patas en alto. Salieron a una terraza enarenada que mostraba aquí y allá la estructura que había debajo y vieron al fin los faros del coche, de un amarillo claro, que perforaban la bruma. De pronto, Marianne sintió el frío de la mañana en los brazos descubiertos y el cuello. Cogió el abrigo que le tendía Antoine. Solange dio unos pasos, se llevó la mano a la frente y dijo alterada:

—¡Ay, no quiero irme!

Todos sentían la misma desesperación voluptuosa, esa angustia que se apodera del alma cuando la felicidad ha quedado atrás: aún impregnada de dicha, igual que el limo está saturado de agua. El río se deslizaba en profundo silencio. A veces, también en los sueños vemos surgir bajo nuestros pies un agua muda y sin color que corre y nos arrastra hacia pálidas orillas.

Estaban inmóviles en la margen, embelesados, pero de un matorral cercano brotó un graznido y un pájaro de plumas grises y temblorosas echó a volar para ir a posarse en la cima de un árbol. Un pez saltó en el agua. Las campanas empezaron a sonar: era Domingo de Pascua.

2

Los señores Carmontel habían reunido en casa a sus tres hijos: Pascal, con su mujer, Gilbert y Antoine, el menor.

El Domingo de Pascua tocaba a su fin. Ya habían acabado de cenar; la comida había sido buena, aunque un poco pesada, y los vinos, excelentes.

La familia al completo se había trasladado al salón rojo, donde las ventanas cerradas los resguardaban de la gélida primavera.

El padre y la madre estaban sentados frente a frente, con sus hijos alrededor. Les habían servido unos bizcochitos de color rosa espolvoreados con azúcar. El matrimonio tomaba café descafeinado; los jóvenes, cafés de filtro especialmente preparados para ellos, aunque un poco flojos, como siempre.

Los padres escuchaban, miraban... hablaban rara vez.

«Ya no tienen nada que decir —pensaban sus hijos—, ya no les interesa nada. Esperan de nosotros que les contemos cosas agradables, que los animemos, aunque evitando que se agiten. ¿En qué pensarán todo el santo día? ¡Qué muerte anticipada, la vejez!».

Los señores Carmontel salían muy poco. Ella se quejaba del corazón, de ahogos, de mil achaques; él era un hombre triste y retraído, refugiado en sus libros. Había dejado de trabajar hacía mucho tiempo: la antigua firma Carmontel e Hijos ya no pertenecía a la familia.

En todo caso, los Carmontel eran de antigua y opulenta estirpe burguesa y vivían desahogadamente. Los dos hijos mayores, Pascal y Gilbert, eran abogados; Antoine, cuyos

estudios había interrumpido la guerra, aún no había elegido profesión. Ninguno de los tres residía ya en el piso enorme y sombrío del bulevar Malesherbes; se sentían intrusos en el vasto salón antiguo, asfixiante, sin flores, pero se esforzaban en ser amables y afectuosos como corresponde a los buenos hijos, los mayores para complacer a su madre y Antoine, que nunca había sido el preferido de la señora Carmontel, para hacer que asomara una sonrisa a las finas y ajadas facciones y a la gran boca triste de su padre.

Los padres no habían sido felices juntos, pero ya eran viejos y entre ellos había florecido una amistad invisible para los demás. Se sabían unidos contra los enemigos comunes: las preocupaciones domésticas, la ingratitud de sus hijos, el miedo a la muerte. En determinados momentos, pese a las tempestades del pasado, eran conscientes de esa alianza contra todo lo que amenazaba su tranquilidad y la paz arduamente conquistada con la edad.

Miraban a sus hijos: Antoine, que iba de aquí para allá, incapaz de estarse quieto un minuto; Gilbert, silencioso, rumiando tormentos sobre los que no sabían ni sabrían nada; y Pascal, acaparado por su familia, sus hijos, su trabajo, sus amantes, sus mil preocupaciones. Estaban contentos de verlos, vivían para esas veladas en las que los reunían a su alrededor. Anhelaban su llegada, no pensaban más que en ellos, pero en cuanto los tenían delante los invadía la inquietud. ¿Cómo haría Pascal para salir bien librado del caso Brun? Nunca les explicaba las cosas clara y sosegadamente, siempre esas prisas, esa funesta impaciencia de la juventud... ¿Y Gilbert? Estaba enamorado, se veía a la legua, pero ¿de quién? Antoine tenía una amante, la famosa Nicole Delaney, divorciada y mayor que él. ¿Se casaría con ella? ¿Cuándo elegiría una profesión? ¡Con hijos no se podía vivir tranquilo! Pero ¿para qué preguntar, querer saber, atormentar sin descanso sus viejos corazones, que

tanto habían latido y estaban tan cansados? Preferían no saber nada; a aquellas vidas tumultuosas oponían el mutismo y una incomprensión aparente que ocultaba una súplica secreta: «¡Dejadnos en paz! Bastante nos habéis atormentado ya. Estamos cansados... ¡Dejadnos en paz, queridos hijos!». En el pasado, las deudas de Pascal, los dos años que Gilbert, amenazado por la tuberculosis, había tenido que pasar en Suiza, el carácter indisciplinado de Antoine... su propia vida, los desacuerdos conyugales, las enfermedades y, sobre todo, la guerra, sus tres hijos en el frente, dos de ellos heridos... En fin, ahora gracias a Dios estaban todos allí, vivos... y ellos, los padres, pensaban que se habían ganado el descanso a pulso.

—Os permito un cigarrito... —dijo Berthe Carmontel durante el café.

Pero temía el humo, lo seguía con mirada inquieta. En una mesita a su lado tenía el abanico, pócimas, pastillas y un lápiz de mentol contra la jaqueca. Cogió el abanico y, sin abrirlo, empezó a dispersar el humo delante de ella agitando los largos y delgados brazos con movimientos vivos. Su rostro demacrado y su tez cenicienta revelaban un profundo desgaste del organismo, pero el armazón era fuerte, los huesos, duros y resistentes. Desde hacía veintiséis años, desde el nacimiento de Antoine, mantenía a la muerte a raya. Nunca había sido guapa, era corpulenta y desgarbada, pero el fuego de la vida y de la pasión había iluminado su rostro, y aún entonces, en algunos momentos, cuando se animaba, la antigua llama reaparecía. Pero no esa noche... esa noche estaba triste y malhumorada. Tenía los labios pálidos y fruncidos, apenas visibles; todas sus facciones parecían haber estado sumergidas en un líquido decolorante. Únicamente los negros ojos seguían siendo bellos y penetrantes. Su marido fue el primero en advertir su angustia y les hizo a sus hijos un gesto casi imperceptible, mezcla de cansancio y resignación, que ellos, adiestrados desde hacía

tiempo, captaron de inmediato. Apagaron los cigarrillos.

—¿No fumáis? —preguntó la señora Carmontel fingiendo sorpresa—. ¿Es por no molestar a Raymonde?

No quería que le tuvieran lástima, que le recordaran sus males, no quería pensar en la muerte.

Raymonde, la mujer de Pascal, una criatura hermosa y robusta de tez muy blanca y pelo negrísimo —que dibujaba cinco puntas sobre su frente y sus sienes—, con brazos gruesos y musculosos, que estaba embarazada por tercera vez. Sonrió con desdén y, por toda respuesta, bajó los ojos hacia la chaquetilla de bebé que estaba tejiendo.

Gilbert se había sumergido en el gran sillón de damasco rojo y, con un gesto habitual en él, se llevaba tres dedos a los labios mientras respondía con voz fría e irónica (todos los Carmontel tenían ese timbre de voz, herencia de su madre) a su hermano Pascal, que le hacía preguntas sobre un punto polémico del juicio Lucain contra Bourges. Cada uno consideraba al otro escrupuloso hasta la manía, pero carente de valía auténtica y sólo favorecido por la suerte. Reconocer las cualidades morales de un hermano nos honra a nosotros mismos, a nuestra sangre, a la estirpe de la que procedemos, mientras que el reproche de falta de inteligencia sólo puede dirigirse al individuo.

En ciertos momentos, sus palabras y el tono cortante en el que las decía sorprendían al propio Gilbert. ¡Cuánta preocupación, cuánto saber malgastados en algo que le importaba tan poco! Pero en el mundo nada importaba... sólo Solange...

La conocía desde la infancia; siempre la había amado. Ella no había querido ser su mujer, pero se le había entregado una noche en que Dominique estaba con otra y, después de hacer el amor con él, había llorado en sus brazos. ¡Qué extrañas eran las jóvenes! Cuando tenías la desgracia de acostarte con una, no sólo la pasión física era más viva que con cualquier otra mujer,

sino que además te sentías apegado a ella. Al menos, eso era lo que le pasaba a él. Los dos años en Suiza entre los quince y los diecisiete, la enfermedad, la soledad, las horas de meditación y de silencio durante la cura: todo aquello había afectado su corazón y sus nervios. Antoine era feliz con Nicole Delaney, con Marianne Segré o con cualquier otra: sólo buscaba el placer y, una vez lo conseguía, tenía la sensatez de no desear nada más. Lo miró casi con odio: los dos hermanos siempre habían sido enemigos. ¿Dónde estaría Solange esa noche? Se inclinó hacia la lámpara, se entretuvo enderezando la tulipa y luego se puso la mano delante de los ojos como para protegerlos de una luz demasiado fuerte.

—Los alemanes querrán colocar sus productos en Francia —dijo Albert Carmontel— y darlos a cuenta de su deuda hasta extinguirla en su totalidad...

Antoine asintió con convicción. No había oído una palabra, pero sentía mucho afecto por su padre. Allí nada cambiaba: el ambiente era agradable, aunque un poco asfixiante; la familia emanaba un tedio característico, debilitante, pero no sin encanto.

—Será el reino de los extranjeros, los intermediarios, los acaparadores... —dijo Pascal lanzándose al ruedo de la conversación, tal como le gustaba.

Antoine se levantó y fue a sentarse en el pequeño sofá de peluche en el que, de pequeño, se escondía a leer *La cabaña del tío Tom* con la cara vuelta hacia la pared para que no lo vieran llorar, y donde, un día, lo había sorprendido su madre. Se acordó de la mirada fría que le había lanzado.

—Este niño sólo llora por penas imaginarias...

Siempre había preferido a sus hijos mayores, al bruto de Pascal y al odioso Gilbert... Sin embargo, sólo Gilbert y él tenían algunos rasgos del rostro de su madre y la tez mortecina en los momentos de emoción. Pascal, con sus mejillas

sonrosadas y sus labios carnosos, parecía de otra raza.

La señora Carmontel llamó a la criada y le ordenó en voz baja que le preparara la cama.

—¿Ya? ¿Está cansada, mamá? —preguntó Raymonde—. Esta noche no tiene buena cara...

Ella no le respondió; en cambio, se dirigió a Antoine:

—Ese chico amigo tuyo, Dominique Hériot... he oído que va a casarse con la hija de los Saint-Clair. ¿Es verdad?

—No lo sé. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

«Ha adivinado que Dominique Hériot tiene algo que ver con el mal humor y el mutismo de Gilbert —pensó Antoine—. Su instinto maternal está alerta. Cuando se trata de mí no es tan perspicaz».

La madre se fue apoyándose pesadamente en un bastón y sus tres hijos se marcharon momentos después, uno detrás de otro. Pascal estaba invitado a una recepción, Antoine se iba a casa de su amante, Gilbert tenía que volver a su casa. El viejo ascensor sin techo oscilaba y chirriaba abismándose lentamente en los pisos inferiores. La escalera, oscura y enorme a la antigua usanza, era silenciosa, fúnebre, solemne como una catedral. Al oír la puerta cochera cerrarse a sus espaldas, los hermanos, muy a su pesar, suspiraron aliviados.

Sus padres iban a acostarse. El señor Carmontel apagó las luces y entró en la biblioteca para escoger un libro que se llevaría a la cama y devolvería a la mañana siguiente. En realidad, la elección estaba hecha: recaería en uno de los cuatro o cinco clásicos que releía sin cesar, pero él prolongaba el placer, dudaba largo rato, acariciaba las tapas con mano amorosa; a veces cogía un libro al azar y, en vez de hojearlo, simplemente lo entreabría y lo olisqueaba como se huele el buqué de un vino. Después lo dejaba en su sitio y buscaba otro.

Por fin, con el libro bajo el brazo, entró en la habitación que

compartía con su mujer y se acostó. Berthe estaba despierta. Después de quejarse de que le dolía la pierna, le preguntó:

—¿Estaba buena la cena? No he podido tragar ni un bocado... Qué pronto se han ido: siempre con prisas, siempre corriendo. Los padres pasamos al último lugar, ya se sabe, pero... ¡Y las ideas de Raymonde! ¿Cómo pretende criar a sus hijos? El pequeño Bruno va a empezar violín con sólo cinco años, ¡es demasiado pronto! Ese niño es delicado, se parece a Gilbert...

El marido escuchaba y respondía, pero no a su mujer, sino a sus propias preocupaciones:

—Pascal no ha encontrado la carta de Fargue, pero la tiene en sus archivos, estoy seguro. Creo que ni siquiera se ha molestado en buscarla. Jamás en mi vida había visto a alguien que pareciera tan dinámico y en el fondo fuera tan flojo, tan frívolo... Apago la lámpara, ¿eh? —dijo al fin.

Esperaría a que estuviera dormida para volver a encenderla y ponerse a leer. Ella cerraría los ojos y fingiría dormir: sabía que a su marido le gustaba leer en paz... pero necesitaba quejarse de nuevo, oír aquel suspiro en la habitación a oscuras y el sonido de aquella voz que la tranquilizaba. Sí, eso era lo que quería; lo único que el cielo, de existir, podía depararle después de la muerte: que la tranquilizaran... «En el seno de Dios, donde ahora reposas...». ¿Dónde había leído eso? Confiada, tranquila, sosegada para siempre en el seno del Señor... Pascal, Gilbert, Raymonde... el pequeño Bruno, la pequeña Brigitte, el nieto que estaba en camino, Gilbert... ¡ay, qué carga tan pesada era esa mente inquieta! Gilbert era como ella, ¡pobre! Pascal siempre había parecido destinado a la felicidad, Pascal era su venganza secreta contra la suerte. El bueno de Pascal, con sus mejillas sonrosadas. Y Antoine... De pronto recordó aquel día de noviembre del catorce cuando su hijo menor volvió por primera vez del frente y, en lugar del adolescente que había

partido semanas antes, apareció frente a ella un hombre con las mejillas barbudas, los ojos hundidos, el paso lento y pesado, que apenas abría la boca. Era curioso... los otros dos, pese a los años, pese a la horrible guerra, seguían siendo sus pequeños, sus bebés, y a veces tenía que contenerse para no revolverles el pelo con la mano, como antes, y mecerlos en sus brazos, pero Antoine era el hombre, el desconocido. Pascal... Gilbert... Entretanto, la gran cama de cobre que su cuerpo conocía palmo a palmo, tan cómoda, y la respiración de su marido en la oscuridad eran lo que más se parecía a la paz interior. Siguió hablando en voz baja de esto y aquello, al azar, mientras su marido esperaba sin impaciencia: hacía mucho tiempo que la voz refunfuñona de Berthe ya no turbaba su descanso, aquel silencio del corazón que sentía crecer en su interior con el final del día, con el final de la vida... Al contrario: la presencia de ella a su lado lo calmaba, lo relajaba. Sin embargo, ¡cuántas lágrimas, cuántas noches en blanco en esa misma cama! Los celos de ella, aquellas peleas tras las cuales, agotados, acababan durmiéndose en los brazos del otro para empezar de nuevo a despedazarse mutuamente en cuanto despertaban... el nacimiento de Antoine, la larga enfermedad de Berthe —a pesar de la cual, y de sus muchos achaques, Albert sabía que él moriría primero—. Cerró los ojos. Ella se había callado ya, estaba medio dormida, pero se despertó de pronto para quejarse de Raymonde y él se animó y le dio la razón. Los dos detestaban a su nuera. Eran más tolerantes el uno con el otro que en su juventud, pero lo que ya no se exige a la vida se les exige a los hijos, así que siempre era lo mismo: la felicidad huía, no había descanso para el alma. Al fin, la señora Carmontel se quedó dormida y su marido encendió la lámpara y se puso a leer.

3

A medianoche, Antoine estaba de vuelta en casa: el piso de la Île Saint-Louis que compartía desde el fin de la guerra con Dominique Hériot, su mejor amigo. Una vez más, Nicole había insistido en que se quedara con ella hasta el día siguiente, pero él odiaba dormir con una mujer pasado el momento del placer. «Necesito mi sofá transformado en cama —pensaba—, mi almohada plana y dura».

Nicole Delaney, una rubia aún muy atractiva, con el pelo más claro que la ambarina piel y los ojos aterciopelados, era su amante desde hacía tres años. De buen principio se había sentido atraído por aquella mirada dulce, por aquel mentón ligeramente pronunciado, por aquella boca de expresión sensual y a la vez bondadosa. Porque no tenía inconveniente en decir de Nicole —como decía de su perra *Mirza*, que le habían regalado a los quince años y cuya muerte le había causado un gran dolor—: «Es muy buena...». El contraste entre esa bondad, su tierna voluntad de entregarse y su libertad de costumbres resultaba irresistible.

«Eso es lo que me divierte de ella —pensó Antoine—: ese antiguo trasfondo burgués que se transparenta detrás de su máscara a lo marquesa de Merteuil, ¡y en qué momentos! Sería una esposa excelente, pero nunca ha encontrado más que viejos libertinos y jóvenes idiotas».

Negó con la cabeza, sonriendo, al recordar que unas noches antes, saliendo de un local de mala nota, Nicole le había anudado maternalmente el *foulard* alrededor del cuello. Aún le tenía cariño, aunque a menudo lo aburría. Al entrar en su

dormitorio, vio el ramillete de rosas que ella le había enviado el día anterior. Le encantaba jugar a ser hombre y él aceptaba sus flores de buen grado: le gustaban las rosas, sobre todo ésas, que crecían en arbustos casi silvestres, pequeñas y de un rojo oscuro, fuertes y aromáticas, con grandes espinas color coral.

Había una nota de Dominique clavada con un alfiler en uno de los tallos: «Solange acaba de telefonearme para invitarnos a casa de los Segré. Parece que los padres no están y los ratones hacen fiesta. Te espero allí, ven a la hora que sea».

«No iré, es tarde —se dijo Antoine—. Me da pereza sacar otra vez el coche y cualquiera encuentra un taxi pasadas las doce y en este barrio».

Pero la idea lo tentaba, lo divertía: hasta ahora sólo había visto a Marianne en casa de los Saint-Clair y de otros amigos comunes, jamás había estado en su casa y sentía curiosidad por ver dónde vivía. Sabía que era hija del pintor Didier Segré y que su madre era una Wally (de los Wally de Fundiciones de Lorena).

Había oído decir que aquella boda y lo que la había precedido había sido todo un escándalo: el pintor sin fortuna y la rica heredera se habían fugado y habían tenido una hija antes de casarse (¿Marianne o una de sus hermanas?).

«¡Bah, iré y me quedaré una hora!», decidió.

Llegó a casa de los Segré pasadas las dos: vivían en un chalet con jardín cerca del Bois de Boulogne. Los padres estaban fuera y las hijas habían invitado a sus amigos. En el taller, apenas iluminado, bailaban algunas parejas, otras estaban tendidas en el suelo, sobre cojines. El gramófono tocaba una canción suave, anhelante, cristalina, que parecía ahogada por una gruesa capa de agua (la música hawaiana era la novedad del momento). Marianne llevaba el mismo vestido que el día anterior, rojo como el fuego, y el collar de ámbar. Le gustaban los colores vivos y las joyas de zíngara. Los polvos y el rubor del rostro se

habían esfumado con el transcurso de las horas, pero la falta de sueño, el vino y el cansancio no aminoraban el esplendor de su piel joven, ardiente y bronceada. Bailaba y, a la vez, dentro de ella un «doble» invisible contemplaba su propia imagen, su vestido rojo, su pelo negro, sus brazos desnudos, mientras giraba, etérea, silenciosa, ágil, en los brazos de Antoine. En la juventud, en ciertos instantes en que la felicidad alcanza un culmen casi doloroso, se es a un tiempo actor y espectador, espectador embriagado, enamorado de uno mismo. ¡Cómo amaba el placer! Cuando sus padres no estaban, encontraba imposible acostarse temprano. ¿Cómo pasar una noche sin placer, sin esa extraordinaria exaltación interior que generaba la presencia de jóvenes reunidos entre ellos y que, a su modo de ver, no admitía comparación ni con el más esplendoroso de los bailes? ¡Cada segundo era precioso, insustituible! Sólo la juventud sabe lo aprisa que pasa el tiempo. Más tarde, nos acostumbramos a la fugacidad de la vida, igual que a la enfermedad y la desdicha, pero a los veinte años nos gustaría poder retener cada instante que pasa y estrecharlo contra nosotros, como más tarde al niño que va haciéndose mayor. Lo importante no era, aún, Antoine, ni el amor, sino el placer. ¡Qué feliz era! Tan feliz que había momentos en que los ojos se le llenaban de lágrimas —había bebido demasiado y la falta de sueño la aturdía.

Hablaban en voz baja:

—¿Quién eres? No sé nada de ti. Me han dicho que tu padre se llama Didier Segré. ¿Es Segré, el pintor?

—Sí.

—Sois cuatro hermanas, ¿no? ¿Dónde están las demás?

—Aquélla es la mayor, Régine —dijo Marianne señalando a una chica con un vestido de terciopelo negro y unas facciones gélidas y perfectas, aunque ya imperceptiblemente ajadas—; aquella otra, menuda y rubia, que parece una gata, es Odile; y

la tercera se llama Évelyne.

—¿Tú eres la más joven?

—No, la menor es Évelyne. Yo tengo veinte años, pero ella es más mujer que yo.

Antoine vio a una chica más alta y más guapa que Marianne, fresca como una flor y con la espalda y los brazos desnudos. La extraordinaria belleza de su cuerpo y su rostro lo dejó impresionado.

—¿Y tus padres?

—Encantadores, pero siempre alejados el uno del otro y también de nosotras. ¿Y tú? Porque yo tampoco sé nada de ti. ¿Eres amigo de Dominique Hériot? ¿Cuántos años tienes? ¡No, espera! ¿Te pareces a Dominique? ¿Qué te gusta?

—Tengo veintiséis y no me parezco a Dominique: soy más bruto que él, indudablemente. ¿Qué me gusta?

Se calló y la atrajo hacia sí, pero no tardaron en reanudar la charla. Intercambiaban confidencias en voz baja y entrecortada: tenían prisa por acabar su retrato para el otro.

—¿Cómo eras de niño?

—Temerario, pendenciero y mal estudiante, ¿y tú?

—A mí, mis hermanas me llamaban Perpetuum Mobile.

—Yo te llamaré la Llama —dijo Antoine—. Ya ayer, cuando te tenía en mis brazos, pensé que eras... luminosa e inasible como el fuego —le susurró al oído.

—Oh, ayer... ¿Aún te acuerdas?

—Mañana saldremos de París juntos, pero solos.

—Sí.

—Y... ¿harás todo lo que yo quiera?

—Sí —repitió Marianne agachando la cabeza.

—¿Has tenido amantes?

—No, nunca —confesó la chica.

De pronto se detuvieron, sorprendidos de haber hablado de esa manera. Marianne dijo con dulzura:

—Es como un sueño, ¿verdad?

Entonces se dieron cuenta de que el día clareaba ya en las ventanas. El gramófono se había callado, ya no se oía a nadie en la casa. Se separaron.

4

Dominique Hériot se había refugiado en un saloncito vacío al que los sonidos de la música llegaban apenas, bajos y ahogados, y en el que podía estar solo. Se pasaba la vida oscilando entre el deseo de soledad y de compañía. «Seguro que nadie ha malgastado tanto esfuerzo como yo en conversaciones banales, y seguro que nadie odia a la gente más que yo».

Se sirvió whisky y descubrió que varios cuadros inacabados de Segré estaban en el suelo, vueltos hacia la pared. Cogió uno y lo acercó a la luz: era el rostro de una mujer. Tenía el pelo y el cuello todavía en blanco, pero cada trazo rezumaba talento y honestidad. La tela llevaba una fecha: 1903. ¡Ese Didier Segré se había convertido en el más hábil de los artesanos! «¿Es posible que el mismo hombre haya hecho esto y el retrato de la vieja lady Mackay? —pensó Dominique—. Sería interesante saber cómo lo logró... imaginar cómo habrá sido su vida, su matrimonio, la historia con Marie-Louise Wally, y después... la necesidad de dinero, sin duda, o la droga —dicen que es morfinómano—, o las mujeres, o simplemente la horrible costumbre de vivir». Volvió a servirse whisky: no había parado de beber desde el día anterior, pero no se sentía borracho, sólo cansado; cansado de todo, principalmente de sí mismo...

Se acercó a un espejo y contempló sus facciones pálidas y poco juveniles, sus ojos penetrantes, su frente alta de osatura fina y fuerte.

«Es lo único que tengo bueno», se dijo observando sin indulgencia su cuerpo delgado, su espalda encorvada, su rostro

alargado con las cejas rubias apenas visibles y la boca casi femenina, marcada por un leve pliegue sarcástico en la comisura de los labios. «¿Qué le gustará de mí a esa chica tan guapa? —se preguntó con sincero asombro—. ¿Y yo? ¿Qué busco en ella? No tenemos ni un solo deseo en común: lo que ella quiere, como todas las mujeres, es que la elijan y la conserven; busca el matrimonio, la estabilidad, la permanencia, el encarcelamiento... y yo... la libertad interior, sin duda...». Los imaginó casados. Una hermosa casa exquisitamente amueblada y decorada —los dos tenían gusto para la decoración—. «Y después... ¿qué pasaría durante esos largos años hasta mi muerte o la suya?».

Pero quizá era demasiado libre... quizá los hombres necesitaban que los encadenaran, que los esclavizaran; quizá esas ganas de sentirse libre, a la deriva, simplemente provenían de los años de la adolescencia, inolvidables como son para cualquier ser humano... Huérfano casi desde la infancia; rico, pero encerrado en los colegios más lúgubres, percibiendo a su alrededor la envidia, la codicia de los parientes encargados de administrar su fortuna, viendo iluminarse la cara de sus tutores cada vez que se hallaba indispuesto...

De niño y adolescente había intentado, con valentía, encontrar la dimensión cómica de aquella situación. Sólo ahora se permitía mirar directamente la tragedia, la soledad, las miserias de aquel pasado. «Quizá un día reconozca que Solange ha sido mi única oportunidad de ser feliz; quizá otra mujer, a la que no conozco o no he sabido ver, supone para mí esa oportunidad de ser feliz que se les ofrece alguna vez a todos los hombres. ¡Es terrible que pase a tu lado y la dejes escapar! Ay, cómo temo el matrimonio: deseo permanecer disponible para la posible aventura y el posible amor». Iba de aquí para allá, tocando un cuadro, una lámpara de sobremesa... «Habría que aprender a no entregar el corazón más que a los objetos»,

pensó.

Su padre le había legado colecciones magníficas de las que no disfrutaba porque estaban encerradas en un guardamuebles. Después de cumplir la mayoría de edad, después de la extinción de la tutela y el fastidio del papeleo, apenas le había dado tiempo a respirar, a viajar durante unos años, ¡y había estallado la guerra! «Si me casara, podría tener todas esas cosas conmigo. ¿Sienten celos las mujeres de los objetos? Si fueran un poco juiciosas... deberían sentirlos... ¡Ay, no entregar el corazón más que a unas valiosas tazas de Nankín, por ejemplo! Por desgracia, el corazón es razonable, contrariamente a lo que se cree... El corazón se conforma con poco... Pero ¿y el cuerpo, exigente y celoso?

Oía las conversaciones y las risas en el salón contiguo. Apoyó la espalda en la pared, cerró los ojos y se prohibió pensar en Solange. No obstante, buscaba y reconocía el sonido de su voz entre todas aquellas voces juveniles y brillantes, y el ruido de sus pasos hacía palpitar su corazón.

Abrió la puerta y le hizo una seña.

—¡Ven! ¡Marchémonos!

Ella obedeció sin rechistar. Acabaron la noche en el Château de Madrid.

Dominique la estrechaba en sus brazos.

—Te convertirás en una mujer... —dijo de pronto—. ¡Qué pena!

—Soy mujer para sufrir —murmuró Solange, mientras él, con aquella claridad que lo torturaba y, al mismo tiempo, hacía sus delicias, la imaginaba casada, madre... segura de sí misma... todavía hermosa, sí, más que a los veinte años, quizá, pero ya sin misterio, sin sorpresa. Ya no habría en ella aquellos saltos desconcertantes de la alegría a la tristeza, de la pasión a la frialdad, de la fidelidad absoluta a la traición más extraña, más inexplicable.

En ese momento se acordó de Gilbert Carmontel y de lo que Solange le había confesado... ¿Por qué, por qué había hecho eso? Pero sabía muy bien que la oscura fuente del deseo de Solange brotaba de esas contradicciones, de esos vaivenes del corazón y los sentidos, que ella misma ignoraba... Sí, se convertiría en una mujer, en un ser rematado. ¿Qué sentiría, entonces, si se casaba con ella? ¿Paz, plenitud o, por el contrario, hartazgo? ¿Cómo se pasaba del amor a la amistad en el matrimonio? ¿Cuándo dejaban los cónyuges de despedazarse mutuamente para querer al fin el bien del otro?

Entretanto, debían separarse. Ella lo sabía. Temblaba de miedo a perderlo. Sería su amante, su mujer, lo que él quisiera. La loca devoción que sentía por él era lo único que importaba. A veces Dominique la trataba con crueldad, y ella amaba esa crueldad. Había momentos en que creía odiarlo, pero ese mismo odio alimentaba su placer.

5

La primavera acababa y el año más feliz en la vida de Marianne tocaba a su fin. Algunas horas eran menos dulces, como una música suave y alegre que poco a poco nos entristece y nos cansa; algunos días se ensombrecían de pronto: los instantes de alegría pura habían quedado atrás. Se acercaba el punto en que la felicidad y la tristeza confluyen para luego discurrir mezcladas como dos ríos cuyos cursos se han unido. Pero ¡qué bella seguía siendo la vida! ¡Cuánto le gustaban las noches de baile y, sobre todo, los regresos al amanecer! Salías de una casa iluminada y cálida y fuera estaba lloviendo, el día apenas despuntaba. La calle tenía un aspecto triste, sombrío, siniestro, el viento matutino arrancaba jirones de un viejo cartel desgarrado: ELLOS HAN DADO SU VIDA, DAD VOSOTROS VUESTRO ORO. Cosas viejas, olvidadas. Habías dejado de bailar, pero, en tu interior, la sangre bailaba aún. No podías separarte de los demás. ¡Cuánto os queríais! ¡Cómo os comprendíais! Sin las reservas, sin las sorpresas que alteran las relaciones de la gente madura. No era amistad, sino un sentimiento más sensual, más tierno, tan delicioso que la vida no adquiría todo su sentido más que cuando estabais juntos. Y las personas parecían tan simples e inmutables: uno, inteligente; el otro, tonto; éste, fiel y amoroso; aquélla, coqueta; y una vez definidas sus cualidades ya no cambiarían jamás. Y sin embargo, al amanecer sentías que estabas en vísperas de todo: ¡mañana todo sería aún mejor! Luego pasaban los días, transcurría la vida, y ese mañana mejor sencillamente no llegaba. Esperabas hasta el agotamiento esos días por venir y cada vez, por alguna razón, resultaban

decepcionantes, y esa espera, al cabo, marchitaría la juventud. Y pese a todo, cada mañana, al despertar, Marianne pensaba que la felicidad estaba al fin ahí, que iba a atraparla, que ya no sería sólo la alegría, el placer de un instante, sino otra cosa... ¿Qué? No lo sabía. Seguía esperando. Cada día estaba más enamorada de Antoine, pero él parecía a la vez interesado por ella y distante; interesado cuando estaban juntos, distante en cuanto la tenía lejos.

No era que Marianne le gustase menos, simplemente estaba en esa edad en que la riqueza reclama tu mente y tu cuerpo, en la que un exceso de bienes, a veces, te abruma. No había roto su relación con Nicole, pero otras mujeres lo mantenían ocupado. Quizá sólo había amado a Marianne durante treinta y seis horas. Más tarde describirían como «amor» esos primeros tiempos de su relación y, en efecto, el deseo y una especie de tierno apego siguieron existiendo durante algún tiempo, pero la llamarada del amor, como tal, ya se había extinguido: había durado desde la Noche de Pascua hasta la mañana en que él había salido de casa de los Segré pensando: «Mañana será mi amante» o «Si tengo que casarme con ella, que así sea». A menudo, el amor no es más que el recuerdo de un instante de amor.

Nicole, a la que Antoine desatendía por causa de Marianne y, sobre todo, por una estadounidense bastante atractiva a la que cortejaba, se mostraba triste y celosa, y, por un curioso efecto de refracción, las escenas que le hacía influían en su comportamiento con Marianne. La primera vez que invitó a Marianne a su casa, fue al día siguiente de pelearse con Nicole, que habría preferido morir antes que admitir sus celos, aunque cada palabra que profería los evidenciaba. Acabó por decir, echándose a llorar:

—¡Tú no sabes amar!

Antoine, de pronto, la sintió mayor y se conmovió.

Acercándose, la besó con ternura, pero las mujeres no se conforman con medias victorias, y ella insistió con un tono infantil:

—Dime que me amas... ¡anda, dímelo!

Y él se marchó exasperado.

Al día siguiente telefoneó a Marianne para que fuera a su casa. Era la primera vez. Hasta entonces, sólo se habían encontrado fuera de París para evitar que los vieran: ella aún no era su amante.

Por fin, Marianne, a la que todo lo relacionado con Antoine le despertaba una inmensa curiosidad, conoció aquel piso de la Île Saint-Louis donde Solange había estado ya.

Se hallaba en el último piso de una casa antigua e imponente. El salón, mitad vestíbulo, mitad estudio, era más largo que ancho, y tenía una ventana en cada extremo; una encima de la chimenea, donde usualmente se coloca un espejo, y la otra enfrente, medio tapada por un pequeño sofá rojo. Varias máscaras africanas adornaban las paredes, de un verde pálido. Los muebles, salvo el sofá y tres sillas azules, habían sido tapizados con un terciopelo gris mate que parecía piel de gamuza. La habitación estaba mal caldeada y la atravesaban corrientes de aire. Marianne se estremeció: nada allí le parecía acogedor. No quiso quitarse el abrigo, alegando que tenía frío.

—Pues yo no puedo vivir feliz más que en casas heladas —replicó Antoine pensando con odio en los salones sobrecalentados de su infancia.

—¿De verdad? Yo detesto el frío. ¡Qué horribles son esas máscaras africanas! —exclamó Marianne.

—¿Eso? Son baratijas importadas por el antiguo propietario, un estadounidense que siempre estaba borracho y murió de *delirium tremens* hace un año. Él amuebló y decoró este piso, y Dominique asegura que, si nos atrevemos a cambiar algo, su espíritu vendrá a atormentarnos. Para colmo, está convencido

de que los espíritus de los borrachos son los más vengativos. Duerme en la habitación del estadounidense por pura extravagancia, pero no movería un mueble por nada del mundo.

—¿Y estáis a gusto aquí?

—Yo sí: a mí me encanta este piso —respondió Antoine en tono desafiante. Desde hacía algún tiempo, las frases más simples de ambos habían adquirido un deje de apasionada reivindicación—. ¿Vas a quedarte mucho rato con el abrigo puesto? —le preguntó en el mismo tono.

—¿Te molesta?

—Para nada; si estás a gusto...

—Invítame a algo de beber.

—Sólo tengo whisky: demasiado fuerte para ti.

—¿Eso piensas? No te creas, sé beber.

—Tú sabes demasiadas cosas... —murmuró Antoine, y le señaló el mueble donde guardaba la licorera.

Ella bebió un poco, pero enseguida dejó el vaso y volvió junto a él, que la miraba en silencio tumbado en el sofá con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ven aquí... —dijo al fin.

Marianne obedeció y se tendió a su lado. Tenía las manos heladas. Antoine la atrajo hacia sí y la estrechó durante un rato sin decir palabra, con los ojos cerrados.

Marianne, por su parte, más que hablar soltó una especie de suspiro involuntario, una queja que no pudo reprimir, ni más tarde perdonarse.

—¿Me amas?

Antoine no respondió. «¿Qué es lo que me gusta de ella? —se preguntaba—. Ni siquiera es guapa, o en todo caso no lo será durante mucho tiempo. Además, es una golfa, como todas. ¿Es inteligente? ¿Cómo saberlo a los veinte años, con esa charlatanería que a esa edad se intenta hacer pasar por cultura?

Tiene las muñecas y los tobillos finos, eso sí, y una de esas voces claras y dulces que aún no están plenamente definidas: de niña cuando ríe y en las notas agudas, de mujer en otros momentos... —Se inclinó hacia ella y, con una caricia, le arrancó un balbuceo confuso y apasionado que oyó crecer atento, emocionado, sonriente—. Sí, ésa es la voz de la mujer que será, grave y dulce, como a mí me gustan. Ésa es la chica a la que adoré durante unas horas y que dentro de quince minutos, si yo quiero, será mía... Pero ¿amarla? ¿Puedo decir, sin mentir, que la amo?».

—No, no te amo —dijo en voz muy baja, y acordándose de Nicole añadió—: Yo no sé amar.

En ciertos momentos, pese a la absoluta disposición de Marianne, o quizá precisamente por esa disposición absoluta, sentía la necesidad de hacerle daño para al menos dejarle un recuerdo imborrable. «Porque, en cuanto a lo demás... sin duda llego demasiado tarde... incluso si dice la verdad y aún no ha tenido ningún amante...».

—¿Habías estado en casa de otros chicos? —le preguntó.

—Sí —dijo ella llevada por el deseo de herirlo a su vez, por ese certero instinto femenino que descubre el punto débil de los demás (en Antoine, unos celos de los que nunca había sido consciente), por inocencia de muchacha que ignora la fuerza secreta de ciertas imágenes y, en definitiva, porque era verdad.

Antoine se apartó, cogió el mismo vaso de whisky que ella había usado, lo llenó y se bebió el líquido de un trago.

Luego se sentó en el suelo, a sus pies y, de pronto, posó la mano en el fino cinturón blanco de ante que rodeaba su talle.

—Desabróchatelo.

Ella obedeció al instante bajo su atenta mirada. Luego le quitó el cinturón de las manos y, después de enrollárselo y desenrollárselo en el puño durante un momento, se lo devolvió con una sonrisa:

—No, decididamente no...

Ella sostuvo el cinturón sin hacer nada; entonces, él volvió a cogerlo y se lo puso de nuevo en la cintura tirando del vestido para que no hiciera pliegues. Finalmente, le abrochó la hebilla de metal.

«Me gustaría hacerla llorar —se dijo—. Si llora...».

Pero ella no lloraba (aún); lo miraba desafiante.

—Es un gesto simbólico, me imagino.

—¡Pues sí! He decidido conformarme con las migajas que quieras concederme...

Ella se levantó, se arregló el pelo y el cuellecito de linón y volvió a empolvarse.

—Entonces, ¿como hasta ahora: mitad amantes, mitad amigos? —preguntó.

—Sí, hasta nueva orden.

Quiso responder con una insolencia, pero él le apretó el brazo suavemente sin dejar de sonreír, y ella, domada, se calló conteniendo las lágrimas. Momentos después se desahogaba burlándose del piso, los muebles, los cuadros... y al cabo, cuando se disponía a irse, se acercó a la fotografía de Nicole, que había visto nada más llegar sobre la mesa, cerca del sofá en el que se habían tumbado, y que no se había atrevido a mirar abiertamente.

—¿Quién es?

—¿Ésa? Mi amante.

—Me gusta —afirmó Marianne por bravuconería—. Me encantaría conocerla.

—Cuando quieras.

Los dos sonreían, pero con una expresión dura y desafiante en los ojos. En los jóvenes, el deseo se disfraza primero de juego y después de batalla. El desdén, la crueldad y el sufrimiento eran sus placeres secretos, aunque apenas tenían conciencia de ello; no conocían la ternura ni querían conocerla:

les parecía indigna; despedazarse mutuamente les producía placer. Sus corazones eran nuevos, las heridas se cerraban con facilidad. Antoine prometió presentarle a Nicole e instantes después Marianne se fue.

6

Nicole había invitado a varios chicos y chicas, entre ellos, a Marianne. Ir a casa de aquella mujer divorciada, casi una cortesana, y hacerlo a escondidas de sus padres era, para Marianne y sus amigas, un placer al que contribuían en igual medida el miedo y una turbia atracción.

Cuando todos se fueron y Antoine y Nicole se quedaron solos en la terraza, Marianne volvió sigilosamente y se deslizó por la puerta, que había dejado entreabierta. Se detuvo en el umbral del vestíbulo oyendo en la oscuridad el tictac del reloj, menos rápido que los latidos de su corazón. Luego, cuando consiguió calmarse, cruzó el salón. ¿Qué decía si la descubrían? «¡Bah! ¡Que me he dejado la polvera o el bolso, lo que sea!». Sin embargo, avanzaba con infinita precaución, conteniendo el aliento, posando apenas los pies en las tablillas del parquet. De pronto, vio aparecer su imagen en un espejo y dio un respingo porque tardó en reconocer sus facciones, pálidas y tensas, y los ojos dilatados por el miedo que la miraban.

Se deslizó en la habitación que daba a la terraza y vio a Antoine y Nicole en la estera donde los había dejado, aislados en el círculo de luz de una lámpara. De ella no veía más que el chal de muselina que se había echado sobre el vestido y su pelo rubio, y oía el tintinear del grueso anillo de oro que llevaba en un dedo al chocar con la taza de porcelana.

—El café está frío —dijo.

—No importa.

Antoine sacó un cigarrillo y, antes de que abriera la boca, Nicole ya le estaba ofreciendo la llama de un encendedor y un

cenicero. Él le dio las gracias con una sonrisa.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

Antoine soltó un suspiro de bienestar.

—Muy bien...

Marianne habría soportado no importa qué palabras, qué clase de caricias, pero no aquello: aquel afecto, aquella intimidad tranquila.

«Esto es lo peor», se dijo.

Ahora estaban hablando y Marianne podía oírlo todo, pero no hablaban de ella, ni siquiera de ellos mismos en tanto que amantes. Decían palabras comunes, nombraban preocupaciones corrientes. Hablaban de un vestido que Nicole acababa de encargar, de un concierto al que había ido Antoine. Parecían... amigos. Menos que eso... un hombre y una mujer que habían vivido más años que ella, conocido a más gente, leído más libros; que, en definitiva, tenían en común un bien del que ella carecía: la experiencia.

¡Qué lejos estaba ella de Antoine! ¡Qué poco lo conocía! ¡Qué poco poder tenía sobre él! Nunca había visto con tanta claridad lo ignorante y lo débil que era. ¿Sería alguna vez amiga de Antoine como aquella mujer a la que temía y odiaba con toda su alma?

Por fin, a propósito de un viaje que Nicole quería hacer y que él le reprochaba que pospusiera año tras año, Nicole dijo:

—Me iré cuando me dejes. —Él no respondió y, cuando ella volvió el rostro hacia el otro lado, Marianne vio en sus facciones una expresión que no le conocía: grave, amarga—. Sé que pronto me dejarás...

—Qué tontería... —murmuró Antoine—. ¿Cómo puedes saberlo?

—Cuando has de morir, lo sabes...

—Pero ¿qué te pasa esta noche?

—Nada —repuso ella tras un silencio, y luego cambió de

tema dejando ver, en el tono, que lo hacía deliberadamente.

Aquellas pocas frases que habían intercambiado habían apaciguado a Marianne, mostrándole que Nicole sufría como ella. Pero, de pronto, a dos pasos, el círculo mágico de confianza, de ternura, del que estaba excluida, volvió a formarse. Antoine se desperezó y cerró los ojos.

—Pero... si se está durmiendo... —dijo Nicole a media voz.

Hablaba de él delante de él, como de un niño, de su niño. Marianne jamás se habría atrevido a hacerlo: para ella, Antoine era el extraño, el desconocido; para aquella mujer, un amigo, casi un marido, casi un hijo.

Antoine se había dormido o fingía dormir y Marianne tuvo miedo de que, en el silencio, Nicole oyera el roce de su vestido con las baldosas. Contuvo la respiración y salió de allí tambaleándose, cegada por las lágrimas.

7

Empezaba julio, gris y frío como el otoño, aunque con intervalos de calor sofocante, y una tarde, Antoine y Marianne se encontraron solos en un coche fuera de París. El día anterior, por primera vez después del Armisticio, se había celebrado la Fiesta Nacional y, al salir de la ciudad de buena mañana, aún habían encontrado en las calles a un gentío que, cansado de gritar, se dispersaba lentamente.

Habían comido cerca de Ruan y regresaban bordeando el Sena. Por aquel entonces, en cada pueblo se organizaban bailes al aire libre, así que el coche tenía que detenerse a cada momento, rodeado por la multitud: por doquier había parejas —bailaban al son de una pequeña orquesta—, tenderetes cubiertos con telas azules, blancas y rojas, arcos de follaje y banderas que cortaban la carretera.

De nuevo, el coche no pudo seguir avanzando, obstaculizado por las parejas enlazadas que iban y venían desde la orilla del río. No hubo otra que detenerse delante de una terraza llena de parroquianos y delimitada por una serie de mástiles que sostenían estandartes y ramilletes con los colores de la bandera de Francia. El vino peleón llenaba los vasos, Antoine iba de uniforme; lo aclamaron.

Marianne y él se apearon, pidieron vino frío, bocadillos y fruta. En el aire polvoriento sonaban tiros de escopeta, como en las bodas, sólo que respondidos desde los pueblos vecinos, al otro lado del Sena. El ruido y el olor a pólvora arrancaban a la multitud grandes gritos de júbilo. El sol había asomado al fin entre las nubes y derramaba su generoso calor sobre la terraza

enarenada, los manteles blancos, la casa y el río. Marianne reconoció el hotel en el que habían pasado la Noche de Pascua esa primavera. ¿Habían ido allí por casualidad o ex profeso?

—Era aquí, ¿verdad? —le preguntó Antoine mirándola.

—Sí...

¡Qué distinto era todo! ¡Qué algarabía! ¡Qué sol! El río, que ella recordaba pálido y silencioso, relumbraba salpicado de barcas llenas de mujeres con vestidos de colores. Había risas y gritos por doquier, y aquella alegría popular, por más que fuera ensordecedora y vulgar, resultaba también contagiosa.

De pronto, Antoine le cogió la mano.

—Quieres ver la habitación en la que pasamos la noche de Pascua.

No lo preguntaba, lo afirmaba.

Ella sonrió.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —se limitó a responder él.

Sabía todo lo que ella callaba.

Apagó el cigarrillo en el vaso medio vacío.

—Entonces, ¿cenamos aquí?

—Sí —respondió ella.

—¿Y aquí...?

—Sí —repitió Marianne pálida.

Tenía miedo. «¿Miedo? Pero ¿de qué? —se preguntó—. ¡Vaya tontería!». ¡Si ya era medio amante suya! Sin embargo, en su interior temblaba y lloraba otra mujer que parecía saber mejor que ella lo que le esperaba: alegría o dolor.

Antoine le indicó con un gesto que lo siguiera. Ella se detuvo en el umbral de la habitación y él la miró casi con dureza.

—Vamos —le dijo—, anda...

Cerró la puerta con llave y corrió las cortinas de seda rameada con forro de muaré rosa. El sol las penetraba apenas, llenando la habitación de una penumbra ardiente.

Él se dejó caer en la cama sin abrir, Marianne se quedó de pie frente a él. Desnuda, hizo un movimiento para tapar el cuerpo que él había acariciado tantas veces ya. Pero ahora todo era diferente... Un momento más tarde, sintió que Antoine le apretaba el cuello con un brazo; primero un poco, luego cada vez con más fuerza.

—Me ahogas... —dijo al fin en voz muy baja.

Él no pareció oírla, no aflojó el abrazo. De pronto, soltó un «¡Oh!»: el débil grito de alguien que dormía y acaba de despertarse. Ella nunca había visto la cara de un hombre tan cerca de la suya. Sentía su aliento en la boca. Escondió el rostro en aquel pecho desnudo y duro, y luego, de repente, lo rechazó. Él volvió a caer sobre ella con los párpados cerrados.

Habían descansado un rato en absoluto silencio, sin un beso, cuando una fanfarria guerrera empezó a vibrar en el aire. Marianne pensaba que, para ella, el amor había sido una decepción: ciertas caricias eran mejores... Él la había poseído brutalmente, casi con rabia, como si quisiera saquearla, tomar una misteriosa venganza, hacerle daño de forma cruel. Tenía frío, no paraba de temblar. Cogió la colcha, que él había arrojado al suelo, y se tapó con ella. ¿Cómo la vería... en qué estaría pensando? Quizá buscaba las anchas caderas, las piernas de mármol de Nicole. ¿Estaba decepcionado? ¿Qué decirle? ¿Por qué estaba tan callado? ¿Había acabado todo o, por el contrario, no había hecho más que empezar? ¿Qué le esperaba en el futuro: la dicha o la infelicidad? ¡A saber!

Miró la habitación, que recordaba perfectamente: el pequeño sofá floreado, la cama en que Solange y ella habían dejado los abrigos aquella noche... Poco a poco, el sol que atravesaba las cortinas iba palideciendo. Se oía ruido de coches que se marchaban. La orquesta dejó de tocar —más tarde volvería a dar la murga—. Antoine se vistió y abrió la ventana. Casi todos los parroquianos habían bajado a la orilla del río, la terraza se

había vaciado de golpe.

—Quédate así —le dijo Antoine imperioso, mirándola—. Cierra los ojos, duerme.

Ella obedeció y se durmió enseguida, sólo la despertó el ruido de la bandeja que traía la doncella.

—Me muero de hambre... —dijo.

—Yo también.

La cena era estupenda, la devoraron. Hablaron sin parar, un poco achispados, intentando ahogar con risas y palabras una difusa pena en el fondo de sus corazones.

—¿Recuerdas aquella noche con Dominique y Solange?

Marianne contó con los dedos.

—No hace ni cuatro meses, ¡qué deprisa pasa el tiempo! ¿Has oído? ¿Qué es? Creo que son fuegos artificiales...

Pero no se movieron. Habían vuelto a tumbarse en la cama. Ya era de noche. Oían el ruido de los petardos, los gritos de la multitud... Habían apagado las lámparas para alejar a los mosquitos, que aún zumbaban sobre sus cabezas. Entonces, el resplandor de una bengala iluminó el techo y Marianne vio la sombra de sus cuerpos enlazados surgir de pronto y desaparecer enseguida.

Se levantaron en mitad de la noche y, acodados en la ventana, vieron recomenzar el baile. Había farolillos encendidos en los árboles. De tanto en tanto se incendiaba alguno: brotaba una llamita que devoraba el papel tricolor en un instante y después se apagaba. En la terraza —ya sin sillas, despejada para el disfrute de las parejas que bailaban— y más abajo, en la orilla del Sena, sólo se veía gente moviéndose al compás de la música. Los músicos hacían sonar sus instrumentos, sonaban los tambores, las voces cantaban a coro un estribillo:

¡Madelon, ponnos de beber!

¡Ya no queremos más agua!
¡Porque estamos celebrando la victoria
de Joffre, Foch y Clemenceau!

Los cohetes iluminaban el río y, en las pausas del baile, una fanfarria de caza, tocada sabe Dios por qué, llegaba de muy lejos arrastrada por el viento. Entonces, tras una inesperada racha de aire frío, se desató un gran aguacero. La gente siguió bailando unos instantes, pero luego orquesta y bailarines se vieron obligados a huir buscando resguardo. El interior del hotelito se llenó de música y voces. Fuera, los farolillos acababan de consumirse mientras, en la terraza, la lluvia empapaba banderolas y estandartes. Se levantó la niebla y la tierra se llenó de hojas muertas. Los jóvenes se marcharon.

Bajo el aguacero, París, empavesado, estaba desierto y oscuro.

8

La partida de Marianne y su familia a Saboya en agosto había separado a los dos jóvenes.

El chalet de los Segré se alzaba en la alta montaña, a orillas de un lago redondo, tranquilo y helado; engastado, como una pequeña luna brillante, en un paisaje de piedras escindidas y rocas desplomadas. Didier, pintor sin medios, y la rica heredera de los Wally, a la que había seducido, habían terminado pasando allí los primeros tiempos de su matrimonio, buscando un lugar extremadamente solitario para vivir juntos. Régine, la hermana mayor de Marianne, había nacido en aquel lugar.

A Marianne no le había dado nunca por imaginar cómo había sido la existencia de sus progenitores —que ya no se molestaban en ocultar a nadie, ni siquiera a su cónyuge o a sus hijas, su forma de vivir: él, con otra familia que mantener; ella, con sus frecuentes aventuras— durante el largo invierno que habían pasado en aquellas soledades y aquel silencio: las pasiones de nuestros padres no nos interesan hasta que han muerto —ellos y sus pasiones—. Sólo entonces adquieren las proporciones de un irritante misterio, no antes: mientras los corazones que las contienen siguen latiendo, pasamos a su lado con indiferencia.

Marianne le tenía cariño a aquella casa; allí se respiraba mejor que en cualquier otro sitio la peculiar atmósfera que rodeaba a los Segré: ardiente, cínica y un poco chiflada. En cada habitación había huéspedes jóvenes y alegres, otros acampaban en el prado. No había jardín, pero sí una gran extensión de hierba y flores silvestres que se confundía con la

montaña. Organizaban pícnics y cabalgatas a la luz de la luna, bailaban a orillas del pequeño lago. Según la costumbre de la familia, cada hermana podía disponer a su gusto de una habitación para alojar a quien quisiera. Ese verano, Marianne había invitado a Antoine, quien no se había comprometido a nada, de modo que ella había tenido que conformarse con planes vagos. Pero interpretaba su indecisión como coquetería (había aprendido a reconocer la coquetería masculina, más pérfida y peligrosa que la femenina): Antoine iría, tenía que ir. ¡Qué ilusión! Sin embargo, en cuanto se marchó a Saboya, a Antoine dejó de apetecerle reunirse con ella. Nicole se iba a Torquay. La siguió. Al llegar a Inglaterra, le escribió a Marianne, que recibió la carta un atardecer en que se disponía a dar un paseo a caballo por la montaña. Había salido la luna. Estaban todos fuera, agrupados en los escalones de la entrada esperando a Régine, que había pasado el día en el pueblo y tenía que llevarles el correo. Les había parecido reconocer los faros de su cochecito en el valle. Era ella: había cogido la carretera del lago. Cada cual la veía acercarse con aprensión o esperanza: esa tarde, todo el mundo, anfitriones e invitados, esperaban una misiva. Lord Sendham, el joven inglés que le hacía la corte a Régine, una respuesta de su madre dando o no su autorización para la boda que proyectaban los dos jóvenes; otros, dinero, y otros más, noticias de la amante que habían dejado en París. La madre de Marianne era la única que no esperaba nada. De pie en el umbral, con un vestido de lino blanco que le hacía más pecho y más caderas; descalza, con el rostro ardiente y bronceado sin maquillar y un pañuelo de seda amarillo sobre el pelo negro, fumaba tranquilamente, y sus ojos garzos, brillantes y divertidos, contemplaban a los jóvenes con una expresión de afectuoso desdén, de ironía lúcida, de profunda sabiduría. Sólo ella no temía ya ni deseaba nada: ésa era su fuerza, el secreto de su vitalidad, de su belleza robusta,

casi campesina, que permanecía intacta a sus más de cincuenta años. Esa sonrisa y esa mirada penetrante hicieron ruborizarse a Marianne, que escondió la carta que acababa de entregarle Régine. Dando una patadita en el suelo, le dijo a su madre:

—¡Es insoportable, mamá! ¡Nos miras como si fuéramos una camada de gatitos!

La señora Segré se alejó riendo. Los demás rodeaban a Régine, Marianne estaba sola. Se puso un cigarrillo en los labios y, a la luz del encendedor, leyó el puñado de líneas. Antoine sentía mucho no poder ir; se había visto obligado a viajar a Londres, se verían de vuelta en París. Ni una frase tierna y, para acabar: «¿Piensas en mí? Mucho me temo que no. Sin duda, nos hemos olvidado pronto el uno del otro... Recuerdos a tus hermanas. Beso tu mano».

Quiso soltar una bocanada de humo, pero se dio cuenta de que no había encendido el cigarrillo. Lo partió con los dientes y lo arrojó al suelo. Llamó al primer chico que pasó a su lado.

—¿Tienes un cigarrillo? El mío se ha roto...

Él se lo encendió inclinado sobre sus cabellos y le dio un beso. Marianne rio. Su risa, baja y ahogada, parecía una queja, pero más valía reír que llorar...

—¿Vienes, Marianne? —le gritó una de sus hermanas.

—No —respondió ella—, idos sin mí.

Subió a su habitación, se desnudó y se puso la batita ligera de percal blanco que tanto le gustaba. Luego se metió en la cama, pero se levantó enseguida: se ahogaba. Se sentó en el alféizar de la ventana. Las partículas de mica de las piedras del camino lanzaban un resplandor azul. ¡No estaría allí con Antoine! ¡No se tumbaría con él bajo el manzano silvestre! El lago espejeaba, palpitaba, parecía respirar como un ser vivo dormido. Ocultó la cara en las manos. Intentaba consolarse con las ideas más cínicas, más impuras:

«Siempre tiene que haber un primero, ¡no es más que un

episodio! ¿Qué esperaba yo, después de todo?».

—No me ha prometido matrimonio, ¿verdad? —dijo en voz alta.

«Antes, cuando alguien se hacía amante de una chica, el miedo a dejarla embarazada le impedía, al menos, comportarse como un canalla —pensaba—. Ahora ya ni eso».

Se acordó de la sonrisa de Antoine: «Tú sabes demasiadas cosas...».

—No quiero llorar —murmuró mordiéndose los labios hasta hacerse sangre—. No lloraré. Se ha acabado, tiene que acabarse. Hay que pasar por esto: es el primer amor, el primer amor siempre es un fracaso.

Puso los pies suavemente en el suelo, volvió a quitarse la ropa y se lavó salpicando el entarimado a propósito para molestar a Odile, que compartía la habitación con ella.

Pero entonces, de pronto, regresó despacio a la ventana y apoyó la frente en el cristal, frío y húmedo de rocío.

—¿Qué va a ser de mí ahora? —murmuró.

Los jóvenes regresaban: era tarde. Instantes después, la casa estaba llena de gente. ¿La llamarían? ¿La buscarían? No, les daba pena... o se habían olvidado de ella... Vio a Odile, que corría a lo largo de la terraza procurando no hacer ruido, desaparecía bajo los pinos y cruzaba el prado. Alguien la esperaba en la cerca. Régine bajaba la escalera de la entrada con Sendham. Bajo el manzano silvestre, reconoció el vestido blanco de Évelyne... ¡Qué poco les importaba ella a aquellas chicas felices!

Cerró los postigos para dejar de oírlas, para dejar de ver la luz de la luna, pero su claridad seguía penetrando por la abertura recortada en forma de corazón en las persianas. ¿Y cómo escapar del olor de la montaña, del hálito discreto y puro de la nieve de las alturas, de toda aquella belleza inútil? En la casa ya habían empezado a sonar el piano y el violín. Se

buscaban, se llamaban, se respondían en una vana y apasionada persecución.

Se dejó caer en la cama. ¡Ay, ¿por qué había cedido tan pronto?! ¿Por qué? De repente, creyó comprender la parábola de las vírgenes prudentes y las insensatas «que malgastaron el precioso aceite antes de que llegara el esposo».

—¡Qué he hecho! —exclamó con desesperación.

A veces, ingenuamente, se sorprendía al ver que su cuerpo no había cambiado desde que él la había hecho mujer. Su alma, en cambio, sí había cambiado y madurado profunda y gravemente.

—Al menos he disfrutado —murmuró en tono desafiante y, hundiendo la cara en la almohada, dejó escapar las lágrimas.

9

En otoño, tras el regreso de Antoine, Marianne y él volvieron a verse algunas veces. Esas citas —en las que Nicole era la tercera en discordia— le dejaban a ella la sensación que produce una mancha que no se va. Sus encuentros dependían exclusivamente del deseo de Antoine, de los breves reavivamientos de su ardor, de su capricho. Ella, por su parte, simplemente esperaba una llamada de teléfono, una carta, una invitación, y luego, cuando estaban juntos, el instante en que él dijera: «¿Cuándo volveremos a vernos?».

Lo decía en el último minuto, cuando ella había vuelto a empolvarse la cara, a pintarse los labios, a ponerse el sombrero frente al espejo con el corazón a punto de detenerse, las uñas clavadas en las heladas palmas. Sin duda, él disfrutaba teniéndola a su merced. Otras veces se despedían en la puerta y él la dejaba marchar después de besarle la mano. Y ella se iba. Se había acabado: él no quería volver a verla, y ella... antes muerta que preguntarle:

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Mañana?

¡Mil veces muerta antes que desmerecer a sus ojos, que mostrarse inferior a él en dignidad, en frialdad, en tranquila razón! Su relación se estaba convirtiendo en una especie de disputa sorda entre dos enemigos que aspiraban a mostrarse en igualdad de fuerzas, pero ella siempre era la más débil. «No diré nada —seguía pensando—. Si se ha acabado, muy bien, ¿qué importa! ¡El siguiente!».

Pero ya estaba volviendo hacia él, y sus labios fríos murmuraban temerosa, tímidamente:

—¿Mañana? ¿No? ¿Cuándo?

Y entonces lo odiaba. ¡Qué seguro de sí, qué temible le parecía! Ella aún no era lo bastante mujer para amar sin someterse. ¡Qué misteriosos son los hombres para una chica de veinte años! No comprendía ni su humor, ni sus gustos, ni sus ideas. Una y otra vez se topaba con un desconocido, tanto más impenetrable cuanto más se negaba ella a hacer preguntas o a quejarse. «Ante todo, no te rindas. Cuida las apariencias». Si le parecía sombrío o preocupado, se prohibía preguntarle: «¿Qué te pasa? ¿Por qué estás triste?». ¡Jamás! No era asunto suyo. Él, por su parte, nunca le explicaba nada, simplemente se lo hacía sentir con una inflexión de la voz, con una sonrisa, con un gesto de fastidio. «No me pasa nada, querida; no pienso en nada».

Con ella, defendía celosamente sus pensamientos. Ni siquiera era su amiga: la dejaba fuera de todo aquello que, en su vida, no tenía que ver con el cuerpo y las sensaciones. La besaba y le hacía el amor, sí, pero ¿en qué pensaba? ¿Adónde iba cuando se separaban? A Nicole le hablaba como a una amiga —Marianne recordaba la conversación entre ellos que había escuchado el pasado junio—, pero a ella nunca: o caricias o silencio.

Antoine pensaba: «Es un descanso; sabe callar». A su modo de ver, era la mejor cualidad que podía tener una mujer. Había adiestrado a Nicole en esa sumisión, en esos gestos mesurados, en esa voz suave que Marianne envidiaba, pero esta última no lo sabía. Le parecía que, en lo que tocaba al conocimiento de aquel hombre, avanzaba como un ciego. ¿Cómo reconocer en los caprichos de Antoine, en su libertinaje, en su cruel coquetería, lo que era pasajero, la influencia del mundo exterior, la fantasía de un momento, un sueño, y lo que era él propiamente?

Pero ¡nada de preguntar, nada de suplicar!

«*Infra dig*», «indigno de mí», se decía apretando los dientes, encerrando salvajemente en el fondo de sí misma esas frases que querían escapar en un torrente furioso: «¿Me quieres? ¿Seguirás conmigo? ¿Te casarás conmigo? ¿Me prefieres a Nicole, a cualquier otra? ¿Eres mío? ¿Te doy pena? ¿Por qué sonríes? ¿Por qué desvías la mirada? ¿Por qué? ¿En qué piensas? ¿Dónde estás ahora mismo? ¿Qué hay en mí que te desagrade? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?».

¡Pero no! *Infra dig*. Cuando una joven no asocia ya su honor con sus dones físicos, empieza a asociarlo con los dones morales.

«¡No ha acudido a la cita! ¡No me ha telefoneado! No lo llamaré yo tampoco y, cuando me hable, le responderé con frasecitas crueles, intentaré hacerle daño como él me lo hace a mí. ¡Nunca más lo besaré yo primero!».

Ella, con toda su libertad, nunca era lo suficientemente libre. Una mujer como Nicole podía pasar la noche con su amante, no preocuparse de la hora, ir adonde quisiera cuando quisiera... pero ella era una chica: tenía una casa y unos padres muy poco molestos que, sin embargo, exigían un mínimo de decoro. Sus propias hermanas la importunaban.

Marianne se sentía lejos de ellas: ya no quería a nadie en el mundo. A veces, a duras penas amaba a Antoine: lo que sentía que era más duro, más doloroso que el amor. Sufría, y no era consciente de nada más que de su sufrimiento.

Al fin, Nicole se fue a Italia, pero ausente resultaba igual de temible: la veía en sueños todas las noches, mezclada con imágenes turbias y atemorizadoras. Si a Antoine se le ocurría elogiar una ciudad italiana, un cuadro que se encontraba en un museo de Umbría o quejarse del tiempo, Marianne se desesperaba: sin duda, Antoine se marcharía muy pronto a reunirse con Nicole. No diría nada: una tarde se despediría de ella como de costumbre sabiendo ya que partiría al día

siguiente, con el coche listo. Ella lo llamaría por teléfono, y Martin, el criado, tras aclararse la voz con aquella tosecilla discreta que ella no podía oír sin un estremecimiento de angustia —porque, cuando estaba en casa, Antoine siempre contestaba él mismo al teléfono—, le diría: «El señor Carmontel no está en casa, señorita. Ignoro a dónde ha ido y cuándo volverá».

A Antoine le gustaban los viajes, las partidas repentinas, los cambios de aires. ¡Qué débil era el lazo que los unía! Ella no tenía ningún control sobre él, ¡y él era tan volátil, tan escurridizo, tan inasible! ¡Tan libre, Dios mío! «¡Maldita libertad masculina! —se decía Marianne—, ¡es mi peor enemiga!» ¡Retenerlo, conservarlo, aprisionarlo! ¡Casarse con él, en definitiva! Eso era lo único que le daría la paz. Dormirse junto a él sabiendo que a la mañana siguiente seguiría allí, verlo salir de viaje con la seguridad de que volvería «a casa», a su lado... No sorprenderlo nunca más mirando fugazmente el reloj, no volver a oír esas excusas que cortaban como un cuchillo sus alegrías, breves y envenenadas: «¡Ay, querida, perdona! Olvidaba que tengo una cita...». Tener derecho a preguntarle: «Pero ¿a dónde vas? ¿A qué hora piensas volver?».

¿Qué más daba que fuera voluble e infiel si lo tenía constantemente a su lado? Le parecía que, de esa forma, se liberaría del amor que sentía por él. No volvería a sufrir sus juicios altaneros y abruptos... podría decirle sin temor: «Pero, a ver, ¿por qué? Explícamelo...».

Debían dormir juntos; ¡no sólo acostarse, también dormir!

«Lo que nos hace falta es vivir juntos —se decía—. Nada, sin duda, ninguna intimidad física se compara con dormir en la misma cama noche tras noche, y no sólo una hora...».

¡Cómo había cambiado! En la comisura de los labios le había aparecido una marca apenas perceptible, una especie de arañazo que un día sería la primera arruga. El instante en que,

de pronto, nos damos cuenta de que no seremos jóvenes eternamente no se parece a un pensamiento, ni siquiera es un instinto, ni una duda; si acaso, es algo parecido a un recuerdo: cuando Marianne paseaba por la calle lanzando a su alrededor esas miradas triunfales e insolentes típicas de la primera juventud y se cruzaba con una mujer madura, leía claramente en su rostro triste: «También tú... también... un día...».

Ese día se acercaba: le llegaría a ella como les llegaba a todas. Por fin comprendía lo que significaba: «Me ha hecho mujer...».

Sí, mujer... hecha no sólo al placer, sino también al dolor. Madura no sólo en la carne —eso era irrelevante—, sino en el alma. Lo que él había hecho brotar en ella, aquella fuente misteriosa, secreta, contenía a la vez la alegría y la pena. Había dejado de creer que estaba destinada a ser feliz: sabía que todas las flechas podían alcanzarla, que, en adelante, todas darían en el blanco.

10

Las hermanas de Marianne la notaban cambiada, decían que se estaba volviendo taciturna y brusca, pero nadie se preocupaba realmente por ella: cada una de las cuatro tenía su propia vida, que era lo único que le importaba y la apasionaba, con sus múltiples aventuras, sus mentiras, sus fracasos y sus sueños.

«Detrás de todo lo que dicen —pensaba Marianne—, no se oye más que un único grito: "¡Yo! ¡Yo!"».

Ese año, la casa de los Segré estaba todavía más llena de ruido, de vida y de alegría que de costumbre. En cuanto las cuatro hermanas coincidían en ella, se producía una gozosa algazara: puertas que se abrían y cerraban, risas, música, voces juveniles y felices. Régine, casi prometida con lord Sendham, tenía que viajar a Inglaterra y, la víspera de su partida, él había ido a comer a casa de los Segré. Ya eran casi las cinco y no se decidía a marcharse: estaba pegado a Régine como si fuera su sombra. Ese día, el padre estaba en casa. Había salido del taller agotado por el trabajo o el amor, porque una mujer que iba tras él —siempre había una mujer pisándole los talones— también había tardado en irse, y, buscando un lugar tranquilo, se había refugiado en el saloncito verde oliva del segundo piso. Un aire de vals, brillante y frío, tocado por Régine, ascendía desde la planta baja. Segré era un hombre delgado y menudo con ojos claros y vivaces, el rostro bronceado, un bigote corto y negro recortado en las comisuras de los labios y unas manos largas y pálidas que le temblaban ligeramente. «Manos de drogadicto», pensaba Antoine cuando lo veía: sólo eso podía explicar las aparentes incoherencias de su vida. A la vez afable y distante,

Segré resultaba impenetrable no sólo para los extraños, sino también para su propia familia. Sus andares eran silenciosos. No se metía en nada, pero lo adivinaba todo. Sus hijas lo llamaban Ariel, y cruzaba su casa como un espíritu que visitara sus dominios para luego, a cualquier hora del día o de la noche, desaparecer como si se hubiera volatilizado en el aire sin dejar más huella que una petaca de tabaco o un pincel olvidados en una mesa.

De pie ante la ventana, en la oscuridad, contemplaba la noche de diciembre, una noche azulada por el hielo, pura y resplandeciente, y un resplandor salido de quien sabe dónde —un fuego rojo, inmóvil, sordo— que brillaba en la parte baja del horizonte, entre los árboles del Bois de Boulogne. Le habría gustado pintar esos reflejos, ese halo. «Pero ya no sirvo para nada —dijo suspirando—, ya no soy un pintor, sino un simple obrero». Todos aquellos encargos, aquellos retratos de mujeres por docenas, al por mayor, para conseguir dinero, para no vivir únicamente de la dote de su mujer... Era... repugnante. Recordó que el día anterior había oído a Odile decirle a una de sus hermanas: «No comprendo qué ha visto Régine en Sendham... Un título está muy bien, pero Sendham no tiene un céntimo, y lo que necesitamos es dinero. Ninguna de vosotras se ha preocupado nunca de saber cómo vivimos, ¿verdad? Bueno, ¡pues casi totalmente de la herencia de los Wally! Cuando nos la hayamos comido, no quedarán más que los cuadros de papá, y creedme, no representan gran cosa».

Segré silbó una melancólica variación del vals que subía de la planta baja. «Los cuadros de papá... no representan gran cosa...», y le sonrió a Marianne, que acababa de entrar.

—¿Y bien, hijita...?

—¿Y bien, papá...?

—¿Tú no bailas?

—No, esta noche no me apetece...

—Me había parecido verte salir...

—Era Odile —repuso ella.

Todos los días a la misma hora, Odile abandonaba la casa sigilosamente. Nadie sabía con quién iba a reunirse: era la más discreta de las cuatro.

—Ah, Odile... claro —murmuró Segré y lanzó un suspiro encogiéndose de hombros—. Dios mío, ¡cuatro hijas mayores!

«Y yo, mañana, cincuenta años —pensaba—, lleno de canas y de deudas, cansado, acabado... y con algo por dentro que aún espera, que aún anhela... ¡Ay, la desgracia es que los hijos creen que somos adultos; sin embargo, de cien hombres, noventa nunca han crecido: son adolescentes envejecidos, niños con el pelo blanco que se mueren de pronto sin haber vivido jamás! Pero ¿cómo van a saberlo estas criaturas?».

Acarició suavemente la mejilla de su hija, la delicada oreja...

—Entonces, ¿qué? ¿No vas a jugar?

—¿Jugar? ¿A qué, papá?

—A lo que sea, a lo que sea... —dijo él apartándola con suavidad, con la gracia casi femenina que había prodigado a sus hijas y a todas las mujeres que lo rodeaban.

«Cumplidos, caricias, buenas palabras —pensó Marianne—, pero ni ayuda, ni enseñanzas ni comprensión... La epidermis sensible y el corazón seco, lo uno va con lo otro...».

—Ve, hija, te llaman...

Marianne salió canturreando y con la cabeza alta, como los niños que quieren ocultar las lágrimas. Oírse cantar la consolaba.

—No necesito a nadie —murmuró desafiante dirigiéndose a un interlocutor invisible—. Me gusta estar sola... pero me aburro, ¡cómo me aburro!

Todos los días, desde hacía un mes, esperaba a Antoine en un parquecito cercano a la casa. Unas veces, él iba a buscarla en coche y la llevaba por ahí —y eso era la felicidad—; otras,

llegaba en el último momento, se quedaba con ella un cuarto de hora y volvía a irse. La mayor parte de los días no se presentaba. «¡Ay, basta! ¡Basta! ¡Ya no me quiere! Entonces, ¿para qué? —pensaba Marianne—. ¡No iré! ¡Que espere! ¡Que se preocupe! ¡Ahora le toca a él! ¡Y si hoy no viene al menos no lo sabré!».

Había subido al antiguo estudio de las cuatro. Odile había dejado sus cosas en una silla; las cogió y las arrojó al suelo.

—¡Ésta siempre tiene que armar desorden!

Durante unos instantes sintió verdadero odio hacia sus hermanas, hacia su familia, hacia el mundo entero, y sobre todo hacia Antoine. Miró la hora. En ese momento la estaría esperando —quizá...—. «¡Que espere!». Empezó a vestirse, se empolvó la cara, pero, debajo de los polvos, las mejillas le ardían. Cogió la barra de labios, se acercó al espejo y se pintó la boca. Pese a todo, se encontraba bonita, con sus ojos negros, su pelo rebelde, sus dientes blanquísimos entre los labios rojos... ¿Por qué, en los momentos de desesperación, el sufrimiento parecía venir acompañado de cierta voluptuosidad? Era infeliz, lloraba, pero una parte de ella misma le decía: «Mira, escucha, recuerda: un día añorarás tu dolor, buscarás en vano el sabor de las antiguas lágrimas...». Al menor ruido, volvía la cabeza; todos sus movimientos eran nerviosos, bruscos, dolorosos, como esos gestos rápidos que se les escapan a los enfermos febriles sin que apenas tengan conciencia de ellos. Se vestía con tanta prisa que desgarró el cuello de la blusa. Quiso coger otra, pero el mueblecito en el que estaban no se abría. No podía estar cerrado con llave: hacía mucho tiempo que Évelyne había roto la cerradura. Los cajones tenían que abrirse. Tiró de ellos uno tras otro, al principio con calma, pero se resistían. En ese momento oyó que daban las seis y de pronto perdió los nervios. No podía salir así. Su ropa estaba en la habitación de al lado, donde, en esos momentos, Régine se

despedía de Sendham; según el estricto código de las hermanas, era imposible cruzar esa puerta ¡y el cajón, sin duda atascado, no se abría! Temblaba de ira. El tiempo pasaba. Antoine no la esperaría, se iría y no volvería más. Los pocos minutos dignos de ser vividos que la suerte le concedía tacañamente se volatilizaban, se esfumaban, se le escapaban como agua entre los dedos. Se irguió, miró a su alrededor, cogió un abrecartas de acero y lo introdujo en la ranura del cajón, pero éste no cedió. Entonces, presa de una rabia irracional, presionó tanto la hoja que el cajón se hizo pedazos. Las blusas de encaje, los pañuelos, los guantes y las cartas de amor de Régine cayeron al suelo en desorden. Sólo entonces se detuvo. El corazón le latía con violencia. Estaba de pie en mitad de la habitación con el pelo revuelto y el cuello de la blusa colgando. Una astilla le había herido la mano. Se limpió la sangre con el pañuelo y contempló el caos que la rodeaba. Estaba avergonzada de sí misma, al borde de las lágrimas, pero de pronto se encogió de hombros con una expresión apasionada y dura, cogió una blusa y se la puso a toda prisa con movimientos tan bruscos que estuvo a punto de rasgar de nuevo el tejido. Con el sombrero en la mano y el abrigo en el brazo, sin guantes, sin acordarse de que llevaba los zapatos de interior, de crespón de China, ni del frío del exterior, salió a toda prisa.

El jardín de la casa estaba desierto, lo cruzó corriendo y empujó con violencia la verja baja, que volvió a cerrarse a su espalda con estrépito. El parquecito, que quedaba a dos pasos, era una extensión de césped rodeada por una estrecha vereda con unos cuantos árboles y tres o cuatro bancos. En esa época del año estaba siempre vacío. En la oscuridad, no se distinguían ni las calles ni las altas casas que la rodeaban, apenas la luz de una ventana aquí y allí, y la lámpara de arco, rosa, de la entrada del parque. Quiso sentarse, pero los bancos estaban cubiertos de una humedad gélida. Había nevado, los últimos

copos aún flotaban lentamente en el aire, cayendo de un modo lento y oblicuo. En mitad del césped se alzaba un gran árbol desnudo, empapado, negro, escuálido. Marianne lo miró con afecto: ¡cuántas veces había sido testigo de sus vanas esperas, de sus lágrimas! Se apoyó un momento en la verja que rodeaba el parque, se levantó el cuello del abrigo y esperó. Sobre los bancos y en los surcos del sendero aún quedaba un poco de nieve escarchada y reluciente que también cubría el césped, por el que deambulaba sin prisa un gran mirlo negro: debía de buscar las migajas que los niños habían arrojado allí esa mañana, o granos bien escondidos. Ella posó la mano en la verja y los restos de la nieve se fundieron en su palma desnuda y caliente y desaparecieron de inmediato. Empezó a caminar. Miraba la luz rosácea de la entrada del jardín, donde vería aparecer de pronto a Antoine. Rodeada de un halo tembloroso, brillaba con más fuerza contemplada a través de las lágrimas. Siguió avanzando sin detenerse. No pensaba en nada; había instantes en que ni siquiera sufría. Esperaba. La nieve se fundía lentamente. La tierra de la vereda, los bancos, las ramas, todo estaba oscuro, mojado, cubierto de lágrimas. El césped era lo único que aún brillaba bajo el cielo negro. ¿Cuándo llegaría? Ella reconocería sus pasos, lo oiría caminar hacia ella, apresurarse, acercarse. Pero el tiempo pasaba y Antoine no aparecía por allí. Marianne caminaba sin cesar alrededor del césped con la cabeza agachada y los dientes apretados. Seguir esperando... esperando... confiando... «Se ha acabado —pensó de pronto—. No vendrá. Eso significaba su frialdad de estos últimos días: quiere terminar. No vendrá».

Pero seguía esperando.

«No vendrá. Me lo tengo bien merecido: he actuado como una fulana. Me trata como a una fulana. Le he ofrecido placer y él lo ha aceptado, le he pedido placer y me ha dado placer y nada más: *fair play*. Al final, los hombres sólo conceden lo que

les han pedido, nunca más...».

Pensó en Nicole y gimió en voz alta; qué amargo era todo aquello, qué intolerable, qué vil...

¡Ay, si él fuera a encontrarse con ella una vez más, sólo una... si la tomara en sus brazos y la acariciara!

Se detuvo. ¿Cuántas vueltas había dado alrededor de aquel césped? ¿Qué hora era? Buscó el reloj en su bolso, pero no lo encontró. Durante un instante volvió a abrigar esperanzas: a veces, el tiempo se hace largo, pero pasa lentamente... puede que aún llegara. Salió del jardín y se acercó a una farmacia cercana que tenía un reloj encima de la puerta. Los bocales del escaparate arrojaban al exterior dos resplandores sordos, uno púrpura y otro azul, las únicas luces en la calle desierta. Miró la hora: las siete y media. Se había acabado, no volvería a verlo. Regresó lentamente al jardín. Un cuarto de hora más, cinco minutos, unos instantes... Tenía las manos heladas; se las apretó suavemente, luego se clavó las uñas en la carne y, de pronto, se dio cuenta de que se estaba retorciendo los dedos, y ese gesto inconsciente la avergonzó.

Se había dejado caer en el primer banco, al lado de la verja, y ya no notaba el frío. Estaba inerte, petrificada hasta el corazón. Una mujer se sentó a su lado, una pequeñoburguesa. Llevaba un abrigo negro con el cuello de piel gastado y la miró con lástima, como si pensara: «Otra...».

Marianne se levantó y empezó a caminar de nuevo, pero apenas avanzaba: las piernas le temblaban. De repente se acordó de una frase que Antoine le había oído en un bar a una vieja pintarrajeada y que le había repetido riendo: «Si no hay más remedio que casarse, más vale casarse con el primero...».

Un ataque de risa mezclada con lágrimas la sacudió de pies a cabeza y la dejó sin fuerzas, pálida y temblorosa. Pero cuando se le pasó se sintió mejor. Se acercó a la mujer, inmóvil en el banco, y le preguntó la hora. Eran las ocho. Aquella señora

también esperaba a alguien, y en vano, como ella, porque al salir del jardín la oyó levantarse e iniciar a su vez un lento paseo alrededor del césped.

Marianne entró en el primer estanco que encontró y escribió un mensaje:

Te he esperado hasta ahora mismo (las ocho).
No quiero sufrir más. No quiero volver a verte. No me busques más, por favor.

Firmó y echó la misiva al buzón de al lado de su casa. Luego se deslizó por la puerta que había dejado entreabierta, fue a lavarse las manos y la cara y volvió al salón. El «episodio Antoine» había terminado.

11

Para Marianne, el invierno fue largo y duro. No había vuelto a ver a Antoine, pero había dejado de esperar y, por tanto, su pena se había hecho más llevadera. Sin abandonarla nunca del todo, a veces se adormecía en el fondo de su corazón. Sentía una especie de aturdimiento del alma, una resignación parecida a la que se experimenta cuando un enfermo desahuciado acaba de expirar tras un largo combate con la muerte y uno piensa: «Pobrecillo... cómo ha luchado... pero ya ha dejado de sufrir».

Con la primavera se reiniciaron las recepciones que movilizaban a la familia con el fin de conseguir encargos para el padre. Las habitaciones de la planta baja, reservadas para la señora Segré, se llenaron de un rumor odioso a los oídos de sus hijas: el tintineo de cucharillas contra tazas, las voces prudentes y cansadas de los viejos, sus tosecillas, el carraspeo discreto de quien tiene que dosificar su respiración, el murmullo de las mujeres... El mes de junio era luminoso y sofocante, y las jóvenes se turnaban para escapar de las ingratas tareas e ir a refugiarse a un banco del jardín, ocultas a las miradas por un arbusto de lilas, tranquilas porque las mujeres no solían aventurarse allí por temor al efecto de la cruel luz del día sobre su maquillaje.

Un día, Marianne y Solange se encontraban solas en ese banco tomando un helado y comiendo almendras tostadas una a una en silencio —era el fin de la jornada y los coches se marchaban ya; de los árboles del cercano Bois de Boulogne llegaba un débil soplo de viento— cuando Régine salió un instante a la puerta y, pensando que nadie la veía, dejó asomar

a su rostro una expresión taciturna y fría de aburrimiento y hartazgo que Marianne conocía bien por haberla visto a menudo en el espejo. Sendham no había vuelto: su familia se había opuesto a la boda con una joven que no era de su clase. Sin duda, pronto verían su cara en el *Tatler*, junto a la de una joven saludable y deportista vestida de tweed: THE RIGHT HONOURABLE SO AND SO... SE CASARÁ CON LORD SENDHAM.

—No aspiraba a otra cosa que a hacer una buena boda, por eso está tan triste, pero también es verdad que no es fácil dar el peso justo a los sentimientos. La compadezco.

—¿Crees que ha sido su amante? —le preguntó Solange.

—No —respondió Marianne sin dudar.

—¿Estás segura?

—Completamente: eso a las chicas se nos nota en la mirada, en la sonrisa...

—Es verdad. No comprendo cómo los padres no se dan cuenta de nada; aunque nos miran tan poco...

La madre de Solange, viuda temprana, había vuelto a casarse con un hombre más joven que ella, y eso bastaba para ocupar sus pensamientos.

—Nosotras seremos temibles para nuestros hijos —dijo Marianne con una leve sonrisa—. Me pregunto qué podrán ocultarnos, los pobres... Para ellos ya ni siquiera será divertido... con la mentira, se disfruta mucho. ¿Tú crees que seremos buenas madres, Solange?

—Podríamos serlo, y también excelentes esposas... Una chica necesita rodaje, como los coches...

—¿Tú crees que nuestros padres se preocupan por nosotras?

—No. Bueno, no lo sé... Cuando era pequeña, cada vez que quería acercarme a mi madre, ella me decía: «Qué mal peinada vas, cariño...», o «Acomódate el cuello del vestido, deja de restregar un zapato contra el otro y entonces te escucharé...». Después de eso, ¿qué ibas a decirle? Te quedabas muda como

delante de un juez que tenía un poder absoluto sobre ti. ¿Y más tarde? ¡Ah! Más tarde... —Solange se mordisqueó los dedos, echó la cabeza hacia atrás y miró el cielo, que palidecía poco a poco—. A ver, imagínate esta escena: «Mamá, Dominique Hériot por fin se ha decidido a casarse conmigo». —Imitó la expresión del rostro de su madre, su aire de ligero interés, la reprobación atemperada por la gran fortuna de Dominique—. «Desde luego, los Hériot... tienen mucho dinero... el padre posee unas colecciones magníficas... pero, bueno, nosotros también... Tú, hijita, eres rica... En fin, de acuerdo. Ya iba siendo hora: bastante te has dejado ver ya con ese chico. Estaría bien que el ajuar fuera de un rosa muy pálido: como eres rubia, te favorecerá...». En ese momento habría que decirle: «Mamá, hace un año que me acuesto con Dominique...» —Solange reflexionó unos momentos y después continuó—: Creo que mi madre sobreviviría a eso sin problemas: «Todo pasado, todo olvidado...», borrado por la boda... «En el fondo, es esa espantosa guerra lo que ha corrompido a la juventud... La culpa no es de los pobres chicos, etcétera». Pero, a continuación, habría que añadir: «Hay algo más: también me he acostado con Gilbert Carmontel...». ¡Eso ya no le haría tanta gracia! «¿Que has hecho qué? ¡Ay, si tu padre viviera...! ¡Eres una depravada, una inmoral!». ¿Tú te consideras una depravada, Marianne?

—No, sólo busco la felicidad.

—Sí, ¿verdad? Esa necesidad desesperada de ser felices... ¿Crees que más tarde se atenúa, que desaparece?

—No lo sé, eso espero.

—Bueno —continuó Solange bajando la voz—, pues mi madre me diría: «Eres una cualquiera, una mala hija», etcétera, pero ¿darme un consejo, ayudarme de algún modo? ¡No, eso no! Como mucho me propondría una cosa infame que probablemente yo misma haré, pero porque me parece bien, no

porque ella me lo haya aconsejado.

—Entonces, es eso...

—Sí: voy a tener un niño.

—De Gilbert, ¿verdad? ¿Y él lo sabe?

—No, y nunca lo sabrá. ¿Sabes? Estoy convencida de que lo hizo a propósito para obligarme a quedarme con él.

—¿Y por qué te acostaste con Gilbert, tonta?

—¿Por qué? Dominique llevaba un año sin decidirse a casarse conmigo: yo podía ser su amante, su pasatiempo, pero ¿su esposa? La cuestión es que sólo pensaba en sí mismo: en si el matrimonio lo haría o no feliz, si lo haría más rico, si supondría un sosiego moral para él, ¡yo qué sé! Yo no contaba. Así que un día me dije: «Si es verdad que un clavo saca otro clavo, quizá un chico como Gilbert me haga olvidarlo», y así empezó todo. El caso es que, ahora, Dominique se ha encaprichado con casarse: dice que quiere una vida estable, digna, pese a que él mismo me ha arrebatado toda dignidad, toda rectitud moral. Sin embargo, lo amo, lo amo, y de Gilbert conservo este fardo, este... Dominique nunca me lo perdonaría: tiene unos celos que lo poseen, que lo corrompen... Esto debe acabar como ha empezado.

—Acabar... ¿cómo?

—Puedes suponerlo.

—Ay, Solange...

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —exclamó Solange con una mezcla de rabia y desesperación—. Tú en mi lugar actuarías igual.

—Pero ¿no tienes miedo? Podrías morir...

—¿Y crees que tengo miedo de morir? ¡Sería un descanso...! No te imaginas el miedo —murmuró dejando al fin brotar las lágrimas—, la vergüenza, estas horribles molestias, sentirse sola, mentir constantemente, mentir a todo el mundo... Si tú supieras...

—¿De cuánto estás, Solange?

—De cuatro meses.

—Pero ¿estás loca? ¡Es demasiado tarde!

—No, hay más peligro, pero se puede hacer...

—Pero ¿por qué has esperado tanto?

—Esperaba...

—Entiendo —dijo Marianne compadeciéndose al recordar las noches de baile en que Solange, con los ojos brillantes y el maquillaje corrido en las pálidas mejillas, bailaba sin parar. Ella la había creído poseída únicamente por el ansia de placer —: es una forma de suicidio, cariño...

—Un suicidio fallido... Mira, ¿sabes lo que más le costaría perdonar a Dominique? La vulgaridad, el lado sórdido de todo esto... «como cualquier lavandera de Grenelle...». Jamás he entendido a Dominique, y debo de ser la mujer más estúpida del mundo para seguir amándolo... porque el verdadero culpable es él. Gilbert no es más que un inepto, pero él... Yo sólo le pedía una cosa: ser su mujer, ser suya... Si supieras cuánto lo amo... —dijo apretando los delgados brazos contra el pecho, y ese gesto, parecido al de estrechar a un niño, volvió a llenar de compasión a Marianne.

¡Solange, mujer! ¡Solange, madre! Ella no habría podido... era inconcebible... Durante unos instantes dejó de escuchar lo que decía su interlocutora, sólo pensaba en sí misma...

—Él no me perdonaría esta vulgaridad —escuchó por fin decir a Solange—. No ama la vida: le parece sórdida; no la acepta, ¿comprendes? Creo que ése es el pecado más terrible, el pecado imperdonable: necesita una vida más hermosa que la vida; sin embargo, eso es absurdo... Hay que vivir y jugar al juego. Más de una vez me ha dicho que prefiere los libros y los cuadros a los seres humanos, pero entonces tiene que apartarse de la vida. Y, pese a todo, creo que si me pasara algo se sentiría muy desgraciado...

—Y ¿qué vas a hacer?

Solange dudó.

—Ya está todo arreglado. Nunca imaginarías quién me ha ayudado: una antigua doncella de mi madre a la que quiero mucho y a la que visito de vez en cuando. Ya ves, ¡la caridad siempre obtiene su recompensa! ¿Recuerdas el epílogo de *Las niñas modelo* de la condesa de Ségur, cuando la muchacha rica y elegante va a ver en su humilde cuartito a la abnegada sirvienta que la acunaba en la infancia? ¡Puaj! No sé si es «por mi estado», como suele decirse, pero siempre tengo en los labios un gusto a hiel, a ceniza...

—¿Y después?

—Después, me casaré con Dominique y me lanzaré a una orgía de sábanas de un rosa pálido... Mamá estará contenta, no sospechará nada; mi padrastro, con el dinero de mamá, me comprará un brazalete de diamantes o una estola de armiño; todo el mundo me sonreirá comentando: «Hay que reconocer que habíamos juzgado mal a la pequeña Saint-Clair; al final ha sentado la cabeza y se ha casado con un buen partido. ¿Qué más se puede pedir? Esta generación tiene cosas buenas». Y quizá un día, más adelante, Dominique querrá hijos y se desesperará si ocurre algún accidente... —Se interrumpió e hizo un gesto con la mano—. Calla, que viene Évelyne. No le digas nada, por favor; no le digas nada a nadie. Deséame suerte: tengo miedo...

Llamó a Évelyne.

—¡Venid! —les gritó ella—. ¡Os están buscando!

Solange y Marianne miraban con compasión, envidia y amargura aquella tez resplandeciente, aquellos ojos negros de mirada insolente y triunfal, aquel pelo dorado, aquel cuello sólido y esbelto que le daba un aspecto audaz y orgulloso, un «porte de reina», como se decía antaño... ¡Qué hermosa, despreocupada y libre parecía!

«Si el término “vieja” puede aplicarse a chicas de nuestra edad —pensó de pronto Marianne—, Solange y yo somos viejas ya. De las tres, sólo Évelyne sigue siendo ingenua y feliz: ella únicamente ha probado lo mejor del amor, mientras que nosotras hemos bebido hasta las heces».

Se levantaron para ir a reunirse con Évelyne.

12

A los padres de Antoine les sorprendía que su hijo de veintisiete años no se decidiera por una carrera. La guerra había interrumpido sus estudios, pero él parecía haberse habituado a una inacción absoluta jalonada por largos viajes sin objeto. La señora Carmontel no escatimaba reproches a su hijo menor. Le ponía como ejemplos a Pascal y a Gilbert, como en los tiempos de la infancia; le recordaba que los recientes acontecimientos habían mermado la fortuna familiar, que «no podía esperar gran cosa», etcétera. Un día, Antoine le respondió que durante la guerra había gastado la energía correspondiente a una larga vida, y que consideraba que ya había hecho lo suficiente. La madre se enfadó y la conversación acabó en pelea: una de esas peleas familiares en las que uno no se venga tanto de los actos del día anterior como de los de un lejano pasado, en las que cada agravio trae a colación otros que se creían borrados para siempre, pero que simplemente dormían. Durante varias semanas, Antoine se abstuvo de visitarla los domingos. Se sentía solo: se había separado de Nicole y ya no se entendía tan bien como antaño con Dominique, cuya independencia y gran fortuna envidiaba. En primavera, unos días después de la recepción de los Segré, coincidió con Marianne en casa de unos amigos comunes, los Lennart, que vivían a las puertas de París, a orillas del Sena. El azar de un baile los puso al uno en brazos del otro y les encendió la sangre de tal manera que sus cuerpos se reconocieron y se buscaron pese a las reticencias de ambos.

—Si ya hemos hecho esta tontería, podríamos seguir... —dijo

Antoine con frialdad.

Bailaban en un pequeño estrado débilmente iluminado por farolillos rosa. Antoine la llevó, para besarla, a la sombra de los viejos árboles que bordeaban el río. Era una noche oscura y no veía su cara; de pronto tuvo ganas de contemplarla, alzó en el aire el cigarrillo que tenía en la mano y vio relucir las cuentas de ámbar de su collar, el borde de sus dientes y de sus finas uñas. Entonces sintió un placer vivo y dulce que lo sorprendió.

—¿Y Nicole? —murmuró al fin Marianne.

—Eso se acabó —repuso simplemente Antoine.

—¿Por qué?

—Por nada... todas las relaciones se acaban, ¿no lo sabía usted? Además, ella quiere volver a casarse y yo no tengo vocación de marido... al menos no de marido de ella...

Bailaron juntos toda la noche.

La tarde siguiente, Antoine estaba en casa de los Segré cuando una llamada de teléfono informó a Marianne de que acababan de llevar a Solange a una clínica de los alrededores de Fontainebleau. Había llegado el día anterior de visita a casa de una tía suya que vivía en dicha localidad, le dijeron, y se había sentido mal de repente. Luego, su estado había empeorado en poquísimo tiempo. Pese a la reticencia y las mentiras de sus familiares, era fácil comprender que estaba en gran peligro.

—Se va a morir —dijo Marianne rompiendo a llorar—. Si usted supiera... si usted supiera...

—¿Si supiera qué? —respondió Antoine—. ¿Estaba embarazada?

—Sí, ¿ya estaba usted enterado?

—No, pero por desgracia era fácil de adivinar. ¿El hijo es de Dominique?

—No.

—¡¿De Gilbert?! ¿Es posible? ¡El muy torpe! ¿De cuánto

está?

—De cuatro meses, ¿cree usted que va a morirse?

Antoine no respondió. Estaban solos en la habitación de Marianne y ella le suplicó que la acompañara a Fontainebleau esa misma tarde.

—Pero no podrá usted enterarse de nada... no le dirán nada.

Ella no lo escuchaba, estaba desesperada.

—Yo misma debería habérselo dicho a su madre... ¡si lo hubiera sabido no habríamos llegado a esto! Por favor, sólo quiero saber que no ha muerto...

—¡Muy bien, vamos! —dijo Antoine cansado de oírla.

Se pusieron en camino. Marianne lloraba a su lado y él conducía en silencio, atento a avanzar rápidamente en medio del incesante torrente de coches que circulaba por la carretera. Era una noche cálida y clara, y parecía que todos los habitantes de París querían huir, correr hacia los hoteles, las salas de baile, los mil restaurantes de los alrededores.

Por fin llegaron a Fontainebleau y se detuvieron ante una casa apenas visible tras una alta verja.

—Espéreme aquí —le pidió Antoine bajando del coche—, vengo enseguida.

Marianne esperó. Intentaba en vano distinguir alguna luz encendida, pero no veía nada: los árboles y la verja tapaban todas las ventanas. Imaginaba el cuerpo de Solange torturado, rajado, manchado de sangre.

Antoine volvía al fin: lo oyó acercarse sin atreverse a decir nada y con el corazón casi saliéndosele del pecho.

—Aún vive —dijo—, aunque... —Subió de nuevo al coche y lo hizo girar en dirección a París—. En fin, hay posibilidades de que se salve.

—Pero también de que muera, ¿verdad?

—¡Pues claro! ¿Qué esperabas? —respondió Antoine con brusquedad, recuperando inconscientemente el abandonado

tuteo—. Has dicho que estaba de cuatro meses. ¿Comprendes lo que significa eso? ¡Por Dios! Uno cree que trata con mujeres, pero... —Marianne se mordía los labios para reprimir las lágrimas, pero no podía evitar que le resbalaran por las mejillas —. ¿Por qué ha hecho semejante cosa? —preguntó Antoine suavizando la voz.

—¿Y qué querías que hiciera?

—¿Quién se lo aconsejó?

—Una antigua doncella, creo...

—Pero ¿está loca? Con esas cosas no se juega...

—¿Y qué querías que hiciera? —dijo de nuevo Marianne—. ¿No comprendes lo sola que puedes llegar a sentirte? Imagina que me pasara a mí lo mismo mañana... ¿Quién me ayudaría? ¿Quién me aconsejaría? Me moriría de vergüenza antes que confesárselo a mi madre o a mi padre... y decírselo al amante equivale a forzarlo, a empujarlo al matrimonio, y si lo amas y te trata como tú me has tratado a mí, o como Dominique ha tratado a Solange, es mil veces preferible morir. ¡Tú no puedes comprenderlo, pero yo sí, yo lo comprendo desde el fondo de mi corazón! Y en este caso ni siquiera se trataba de amor, puesto que el hijo es de alguien a quien no quiere. Una chica que sufre, que está sola, está a merced de cualquiera. Por suerte, los hombres no lo saben... —Marianne se pasó lentamente las manos por las pálidas mejillas—. Tengo frío — murmuró.

—¿Frío? Si no corre un soplo de aire —dijo Antoine, y le tocó la mano—. ¡Pero si estás helada! Vas a beber un poco de alcohol.

Pararon delante de un cafetín desierto en la plaza de un pueblo cuyo nombre nunca sabrían. Estaba apartado de la carretera, cuyo rumor llegaba a los oídos de Marianne y Antoine debilitado, suavizado, como el fragor de la tormenta que se pierde en la lejanía. La terracita, en la que crecían unos

cuantos evónimos escuálidos, estaba vacía y Antoine rodeó el cuello de Marianne con el brazo en un gesto tierno y apenado.

—No llores... la salvarán...

—No lloro sólo por ella...

—Nunca se llora sólo por los demás.

Hablaban en voz baja. A su alrededor, todo dormía, sólo se oían los lentos pasos de una camarera.

Marianne lloraba sin parar, desconsolada, tapándose la cara con las manos. Antoine le acercó a los labios un vaso de aguardiente.

—Bebe —dijo con voz dulce.

Marianne obedeció mientras él recogía la boina que ella había dejado caer al suelo y le alisaba el pelo revuelto.

—Puedes ser bueno... —dijo Marianne en tono de sorpresa mirándolo a través de las lágrimas.

—Claro que puedo ser bueno, ¿por qué lo dices? —Marianne se encogió de hombros—. Este invierno he pensado en ti con mucho deseo y mucha ternura, Marianne; deseo y ternura a partes iguales... ¿qué más se necesita?

Esperó a que ella respondiera, pero Marianne lo escuchaba con frialdad y tristeza.

«Todo esto llega demasiado tarde —se dijo—. Si hace unos meses me hubiera dicho algo parecido, ¡qué alegría, qué paz! ¿Sigo queriéndolo? Sí, seguramente sí, sin duda, pero... Estoy cansada, quisiera dormir».

Se había puesto a trazar lentos círculos con el vaso en la mesa de mármol. Antoine quiso obligarla a beber un poco más, pero ella rechazó el vaso con suavidad y se quedó mirando aquella mano grande y morena de dedos largos y fuertes que durante mucho tiempo no había podido contemplar sin sentir el deseo de besarla, de recibir sus caricias. Entonces, de pronto todo su amor se apaciguó, volvió a asentarse en el fondo de su corazón como las olas del mar cuando el viento se calma:

siguen ahí, el menor soplo las haría levantarse, pero lo que se anuncia ya no es una tempestad, sino un tiempo de paz, un periodo de gracia. Suspiró mientras entornaba los ojos.

—Marianne —dijo—, hace mucho tiempo que pienso... —Volvió a callarse queriendo elegir bien las palabras, consciente de que se enfrentaba a uno de los momentos más importantes de su vida («el más importante después de la muerte», pensó) —. Marianne, lo que necesitamos es vivir juntos, ser marido y mujer. —Hablaba en voz muy baja, como animado por un ardor secreto y profundo que no le importaba mostrar pese a que siempre había procurado ocultarlo. Y ella lo veía. Se había agotado en vano tratando de conocerlo, buscando la clave de su alma, y hete aquí que él aparecía y se la entregaba, se la ponía él mismo en las manos. «¿Por qué ha esperado tanto? ¿Para qué tantas noches en vela, tantas lágrimas?», pensó Marianne, pero no dijo nada: se había vuelto más sabia. Que él guardara su parte de sombra, como todo ser humano: ella no penetraría allí, se conformaría con aquella garantía de paz, de tregua. Había llegado al final, estaba arribando a puerto, aunque desgraciadamente la ola del primer amor, del amor vivo, había pasado...—. Entonces, ¿es un sí?

—Sí —murmuró ella.

Su propia voz le sonaba débil y lejana. Eran novios, pero ¿era posible que ese momento que tanto había esperado, por el que tanto se había desesperado, estuviera fuera de su alcance, ya en el pasado; que hubiera tomado ese carácter solemne, irrevocable, con el que el tiempo transcurrido reviste nuestros actos?

—Siempre lo he sabido —dijo Antoine—. Cuando fui a tu casa por primera vez... llevabas un vestido rojo y me cogiste por los hombros... ¿te acuerdas? —Ella asintió con la cabeza—. Entonces pensé —continuó Antoine—: «Te casarás con ella». Quizá por eso, Marianne, mi actitud, mi comportamiento, no

tenían importancia: sabía que esto acabaría así. Durante la guerra llegué a sentir algo parecido: cuando estaba en primera línea, oía a veces, en el fondo de mi corazón, la misma voz segura y clara, la voz de alguien que sabe o que recuerda. Me decía: «No tengas miedo, vivirás». Y no puedo describirte la paz que me hacía sentir. —Hizo una pausa y sonrió—. Iba a decir: «Como hoy...». Pero no es verdad; cierto que estoy emocionado, ansioso, y sin embargo... ¡No, no! Pensándolo bien, sí es la misma calma. Dame la mano. —Ella posó la mano en la de él y la sintió temblar entre sus dedos—. ¿No tienes miedo?

—No, aunque sé que puedes ser cruel...

—Y yo que puedes ser voluble —repuso él.

Con un suspiro, unieron sus manos.

13

Los médicos consiguieron salvar a Solange a las puertas de la muerte, pero siguió tan grave que no pudo abandonar la clínica hasta comienzos del otoño. En septiembre la enviaron a Suiza. Siempre había tenido los pulmones delicados y una antigua dolencia se había reavivado en su cuerpo exhausto.

Dominique, que había tratado en vano de contactar con ella desde Francia, acabó viajando a Suiza a su vez.

La habían transferido, en compañía de una enfermera, a un sanatorio en la alta montaña, no muy lejos de Lausana, una parte del país que Dominique no conocía. Él llegó una mañana temprano; confiaba en poder verla al final de la jornada, cuando hubieran acabado las curas.

Dejó la maleta en el hotel y volvió a salir casi de inmediato: no podía estarse quieto. Bajó hasta el lago —que en invierno transformaban en una pista de hielo—. Estaba desierto bajo el cielo encapotado. Lloviznaba. Entró en un café situado en la orilla, prolongado por una terraza acristalada que se elevaba sobre el lago mismo. Allí tampoco había nadie. Oía el ruido de la llovizna en el techo de cristal y en el agua. Tuvo que llamar varias veces para que acudieran a atenderlo: era como si todo el mundo estuviera durmiendo. Por fin, apareció un muchacho que le trajo una taza de café solo y unas tostadas muy finas untadas con mantequilla. No tenía hambre; apartó el plato, pero se tomó con placer el café, flojo y caliente.

Preguntó dónde estaba el sanatorio. En París no había conseguido más que una dirección incompleta.

—¿Qué sanatorio? —preguntó el chico.

Parecía tan corto de alcances que Dominique procuró explicarse mejor:

—El sanatorio... ya sabes, donde cuidan a los enfermos.

—Aquí no hay más que enfermos —respondió el chico, y señaló las dos laderas de la montaña—. A este lado y al otro... en todas partes. Pero si le dice a cualquier médico el nombre del enfermo al que busca, seguro que podrá informarlo: los conocen a todos —aseguró, y dejó solo a Dominique.

Poco después escampó y unos débiles rayos de sol hicieron brillar las terrazas de los sanatorios. Dominique contó siete sólo en la ladera derecha de la montaña. Uno de ellos, todo de cristal, relucía en la cima. En los caminos cubiertos de barro aparecieron por fin seres humanos. Tenían aspecto saludable y llevaban ropa deportiva, pantalones de esquí, jerséis y gruesas manoplas de lana, pero Dominique sabía que la temporada de invierno aún no había empezado y supuso que eran enfermos. Bajaban con precaución, en parejas o en grupos, aunque la mayoría solos. Daban una, dos, tres vueltas alrededor del lago, se detenían para consultar la hora y emprendían el camino de regreso. Sus andares los delataban: la leve rigidez del cuerpo, el cuidado que ponían en que no pareciera que les faltaba el aire o que estaban fatigados. Le vino a la mente la aparente seguridad que a veces muestran los ciegos, que avanzan con paso vivo y la cabeza alta entre los videntes. Desvió la mirada. ¡Qué país tan triste! El cielo estaba pálido; los pinos, negros. Pagó y salió.

El tiempo estaba más tranquilo, sin viento, pero la peculiar opacidad del aire parecía ahogar los sonidos, y el barro y las pinochas que cubrían el camino silenciaban los pasos. Un poco más arriba se cruzó con enfermos graves que utilizaban bastón, iban envueltos en chales y parecían ligeramente azorados, como pájaros nocturnos sorprendidos por un rayo de luz. A mediodía oyó sonar las campanas que llamaban a los

huéspedes. Todos desaparecieron. Después de comer se encaminó de regreso al café del lago. Le había pedido a la patrona de su hotel que se informara por él, y ahora sabía que Solange residía en la jaula de cristal que coronaba la montaña. De las dos a las cuatro, mientras se realizaban las curas, no vio a nadie; después volvieron a aparecer, descendiendo hacia el valle, los mismos personajes de rasgos ya familiares. «Odiosamente familiares», pensó Dominique con un estremecimiento.

«Si me quedo aquí, soy capaz de no querer irme yo tampoco», se dijo con abatimiento acordándose de la novela de Thomas Mann.

Toda la desesperación que había sentido durante aquel espantoso verano, cuando a cada instante esperaba la muerte de Solange, había alcanzado su punto culminante en aquella estación de montaña donde la tuberculosis, que era una de las principales industrias del país, se explotaba como tal; en la que todo parecía aliarse, conspirar para retenerlo, para inmovilizarlo, para obligarlo a mirar de frente lo que él llamaba «el lado sórdido de la vida», los duros combates contra la muerte, el miedo a la oscuridad.

Se detuvo en el bosquecillo de abetos. Estaba solo. Miró los rojizos troncos de los árboles, aspiró el aroma a resina y se dio cuenta de que, por primera vez desde esa mañana, podía escapar de aquel olor a enfermedad, a muerte, que parecían despedir todas las paredes. Apoyó la espalda en un abeto y cerró los ojos, pero apenas unos instantes después volvieron a aparecer los lamentables paseantes, que lo miraban con avidez. Seguramente, para ellos cada rostro desconocido encerraba posibilidades indefinidas de aventuras, de sueños, de amistad. Dominique, más que andar, echó a correr hacia la cima de la montaña.

Entró en un gran vestíbulo, parecido al de cualquier hotel, y

dio su nombre. Por fin, una enfermera con un velo azul apareció y lo invitó a seguirla. Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos azules y la sonrisa inocente, radiante y fría que caracteriza a las personas de su profesión.

—¿Qué tal se encuentra la señorita Saint-Clair? —le preguntó Dominique en voz baja.

—Pues muy bien, realmente bien —respondió la mujer en ese tono cordial y tranquilizador que tiene como finalidad verter optimismo en el corazón de los enfermos y alejar lo antes posible a las visitas, parientes o amigos, todos indeseables y molestos, con sus incesantes preguntas y su desesperación inútil—. Desde luego, ha estado muy enferma, pero ahora se encuentra todo lo bien que se podía esperar.

«Seguramente —pensó Dominique—, cuando aquí arriba un enfermo se ahoga hasta casi morir, responderá: "Desde luego, está un poco cansado. Ha pasado mala noche. Pero se encuentra todo lo bien que permite su estado"».

Habían entrado en una zona distinta del edificio, muy caldeada, en cuyas paredes, pintadas de azul celeste, se veían de trecho en trecho grandes letreros blancos que rezaban: SILENCIO.

A Dominique, el olor a linóleo y desinfectantes se le agarró a la garganta. Empezó a toser.

—¿Está resfriado? —le preguntó la enfermera amablemente.

Y Dominique tuvo un momento de asco, de terror, como si estuviera rodeado de redes invisibles, como si todo amenazara su precario estado de hombre sano, de hombre vivo pero rodeado por todas partes, cercado, amenazado por las aguas oscuras y secretas de la muerte.

Entraron por fin en la habitación de Solange, que estaba tendida en una tumbona plana, sin cojines, en la terracita. Una manta de piel oscura le cubría las piernas. Lo primero que advirtió Dominique fue que llevaba el pelo recogido en dos

largas trenzas que descansaban a cada lado de su rostro, pálido pero tranquilo. Sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos. No pudo decir nada, apenas apretar la mano que ella le tendía.

Una segunda enfermera vestida de blanco y con un velo del mismo color que le caía sobre los hombros se levantó y murmuró discretamente:

—No se fatigue, señorita...

Y salió.

Solange lo miraba sonriendo; era una sonrisa débil que apenas curvaba la comisura de los labios y mantenía intacta la expresión de los ojos, seria y tranquila. Dominique nunca la había visto sonreír así: era otra mujer. Ya no llevaba las mejillas y los labios pintados. Estaba envuelta en un abrigo de piel marrón y tenía un pañuelo anudado en la cabeza.

—Siéntate —le dijo ella al fin.

Él se sentó en la tumbona, a sus pies, y levantando la manta besó con fervor y lágrimas de remordimiento, amor y compasión sus delgadas piernas y sus finos y estrechos pies, que sentía temblar bajo sus labios.

—¡Perdón! ¡Perdóname, Solange! Todo es culpa mía... pero ¿por qué lo hiciste? ¿Estabas segura de que el niño no era mío?

—Sí, segura. Pero de todas formas habría actuado igual... El escándalo, un parto clandestino, una boda precipitada... Eso —dijo poniéndose las manos sobre el vientre— es tan impropio de ti, tan poco conforme con lo que tú exiges... —Una leve ironía animaba su voz—. No, realmente no te veía en ese papel —repitió—. Y menos aún así... con el hijo de otro...

—De Gilbert Carmontel, ¿verdad? Pero yo habría aceptado a ese niño, habría podido acabar queriéndolo. Te has hecho de mí una imagen que no se corresponde con la verdad. No has querido ver más que una parte de mí, en lugar de verme todo entero. Puedo parecerte seco, inconstante, cínico; sin duda lo he sido, pero habría podido ser diferente. Habría aceptado a

ese niño al que mataste, lo habría adoptado... y jamás me habrías oído una palabra de reproche...

Ella negó suavemente con la cabeza.

—No. Eso crees, pero no es verdad. Te conozco mejor que tú mismo; lo que he vivido contigo no me permite engañarme: sólo eres sensible a la ficción, a una parte marginal de la vida, a un cierto halo que la rodea, pero que no es la vida como tal...

Solange se ahogaba al hablar. Se pasó el pañuelo por los labios.

—Espera, descansa —le dijo Dominique cogiéndole la mano.

Ella le indicó por señas que no, que no estaba cansada, y acabó precipitadamente en voz baja:

—He estado muy mal, aún estoy en peligro.

—¿Has sufrido mucho? —preguntó él tras un silencio.

—No: me inyectaban morfina... Luego la infección remitió, pero entonces empecé a escupir sangre. Ya sabes que mi padre murió de tuberculosis y que también yo he tenido siempre los pulmones amenazados. Una antigua lesión se reabrió.

Los labios de Dominique se contrajeron en una especie de mueca dolorosa que la hizo sonreír.

—Calla —murmuró él.

La puerta se abrió y la enfermera del velo blanco apareció en el umbral.

—Creo que debería descansar, señorita Saint-Clair. Me veo obligada a reñirla: habla demasiado...

—Ya me callo —dijo Solange—. Y tú, Dominique, vas a leer una carta que voy a darte, ¿sí?

Solange le pidió a la enfermera que le acercara la pequeña escribanía de tafilete rojo que estaba sobre la mesilla. Sacó una carta y se la tendió a Dominique.

—Lee... —Fuera no quedaban más que unos débiles rayos de luz que se filtraban entre los grandes abetos negros. Dominique se acercó a la ventana con la carta en la mano y lo primero que

vio fue la firma: *Gilbert*—. Falta la primera hoja —dijo Solange —, pero no importa. Lee, enseguida lo entenderás.

Dominique leyó:

...yo te enseñaré ese país que conozco bien. Y no hablo de Suiza, sino de la enfermedad, que es como un país distinto de los demás donde, sin embargo, puedes vivir si sabes adaptarte, igual que uno puede vivir decentemente en la pensión más modesta. No podemos estar separados. No te casarás con Dominique: ya no lo amas. Lo sé mejor que tú, lo comprendí cuando, en Fontainebleau, aceptaste no recibirlo, partir lejos de él creyendo que no te seguiría. Te amo, Solange, no me cansaré de escribírtelo. Tú nunca te has reído de mí, de mi loca devoción, que me hacía aceptar todo, querer todo lo que venía de ti, así que deja que vaya a verte, permíteme que te visite. Cuando esté ahí, ya nada será terrible, ya verás. Lo que es espantoso allí es la soledad, el aburrimiento, el miedo, ¡pero yo te daré tanto amor! Y cuando recuperes las fuerzas y estés curada, nos casaremos porque, aunque te pese, te he dejado una marca más profunda que la que Dominique haya podido dejarte nunca. No debiste hacer lo que... (Aquí faltaban varias palabras, que habían sido borradas). *Ese niño era mío, tú eres mía. Serás mi mujer. Deja que vaya a verte.*

Gilbert

Dominique alzó la cabeza.

—Entonces... ¿vas a casarte con Gilbert?

—Si me curo... me casaré con él...

—Pero no lo amas —dijo Dominique en voz baja, sin permitir que los rasgos de su rostro ni el tono de su voz lo traicionaran porque oía los pasos de la enfermera en la habitación de al lado, tras la puerta acristalada—, no es él a quien amas...

—Ya no amo a nadie. Recuerdo el momento exacto en que lo comprendí: en la clínica, el día en que peor me encontraba. Lo habían intentado todo y abandonado todo. Ya habían colocado una pantalla alrededor de mi cama: ésa es la señal más clara de que... Se permite a la familia permanecer en la habitación, pero

se le ahorran los espasmos de la agonía. Yo era consciente de todo, una monja me sostenía la mano. Comprendí que contaba los latidos de mi corazón para avisar a mi madre en los últimos instantes. Yo tenía perfecta conciencia, aunque sólo por momentos. Ya no me hablaban. Se inclinaban sobre mí, me miraban y luego se iban. Recuerdo que pensé en ti sin amor por primera vez: no tenía ganas de verte. Tu existencia me era indiferente. Anhelaba la vida, en cierto sentido, pero no el amor: estaba saturada de amor. Entonces tuve una maravillosa sensación de paz —dijo Solange en un tono levemente irónico que Dominique nunca antes había percibido en su voz: acababa de cambiar, de alejarse, de liberarse de él—. Y ya está, eso es todo.

Solange se quedó callada. Sonó una débil campanilla que sin duda anunciaba la cena y la enfermera apareció de nuevo.

—Tiene que irse, caballero —dijo sonriendo—. Perdóneme, pero la señorita Saint-Clair se agita y habla demasiado. Mañana estará cansada y no le permitirán ver al señor Carmontel.

—¡Ah! ¿Tu prometido llega mañana? —murmuró Dominique.

—Pues sí, lo esperamos mañana por la mañana —dijo la enfermera en el tono jovial inherente a su profesión mientras Solange guardaba silencio.

Él se despidió de las dos mujeres y salió. En el pasillo, encima de las puertas pintadas de azul celeste, se encendían aquí y allí las bombillas correspondientes a los timbres de las habitaciones. La fiebre, el insomnio, los sueños y la tos, alejados temporalmente por el respiro del día, volvían por sus fueros. Se marchó.

14

La boda de Antoine y Marianne se celebró a principios de otoño. Era un día templado, pero brumoso e inestable, que no permitía hacer ningún pronóstico. Unos débiles rayos de sol parecían querer atravesar y ahuyentar para siempre las nubes; sin embargo, éstas volvían a formarse de inmediato. Todo era como de costumbre: el sonido de las campanas y el órgano, las flores blancas y frías de las canastillas nupciales, el aroma a incienso, el chisporroteo de la cera ardiendo, el bosque de cirios al pie del altar... El sacerdote pronunciaba las palabras consagradas que caían sobre los asistentes y parecían perderse en ellos, hundirse en ellos como en un océano de indiferencia.

—Prefiero los entierros, son más alegres —le dijo un hombre a su vecina, una señora de la edad de Marise Segré tocada con un sombrero rosa.

—Cállese —respondió ella con voz ahogada.

Pensaba en vestidos, en amantes y en deudas, pero no podía evitar mirar a las jóvenes, a aquel ramillete de vestidos azules, a aquellas chicas tan lozanas e insolentes, tan seguras de sí mismas, y luego volver la vista con placer hacia la novia, que ya no era uno de aquellos veleros felices, temblorosos de impaciencia, que todavía no habían sido azotados por los vientos, aparejados y singlando como si no fuera todo tan lastimosamente conocido, banal, cotidiano... esa vana repetición, ese inútil fluir del tiempo, esa banalidad que acababa por perturbar el alma... «Para la recién casada, se acabaron las risas», pensaba aquella señora con satisfacción mientras susurraba:

—Dicen que las hijas de los Segré se acuestan con todo quisqui...

Mientras tanto, en la calle, delante de la iglesia, las niñeras del barrio, meciendo con una mano nerviosa los cochecitos de niño, calculaban el precio de las flores y, franco arriba, franco abajo, el del vestido de la novia, sintiendo más que nunca la injusticia social que las privaría del velo de encaje, de los ramos de flores y los regalos. Dentro, arrodillados uno al lado del otro, Marianne y Antoine inclinaban la cabeza al mismo tiempo mientras soplaban las ráfagas del órgano y, por primera vez en su vida, se sentían en las manos de alguien más poderoso que ellos.

Después de la boda, los recién casados partieron hacia España, donde pasaron varias semanas, y a principios de diciembre de 1920 volvieron a París, al piso de la Île Saint-Louis donde iban a vivir. Dominique Hériot, que les había cedido su parte de la casa, se había marchado a Londres.

El viaje a través de España y Portugal les había dejado el recuerdo de algunos instantes maravillosos y largos periodos de tedio y descontento de sí mismos.

«Ni amantes (haces el amor con placer, lo que ya es algo... pero sin encontrar la novedad, la intensidad de ciertas sensaciones), ni amigos aún...», pensaba Antoine.

Les parecía que ya lo habían sentido todo el uno por el otro y echaban de menos la triste y loca embriaguez del amor.

La tarde de su regreso encontraron en casa una breve carta de Gilbert, que les anunciaba su boda con Solange. Pensaban quedarse en Suiza algún tiempo más.

A Marianne, el piso de la Île Saint-Louis le pareció aún más gélido e inhabitable que antes. En aquella casa, nada había sido acogedor nunca: los muebles y las paredes sólo le traían recuerdos de lágrimas, de humillación, de amargura.

Cenaron en una mesita plegable colocada delante de la

ventana, donde Antoine solía comer desde siempre. Era una noche oscura sobre el Sena, se oían silbar los barcos.

«A esta hora en mi casa...», pensaba Marianne.

Porque aquélla no era su casa. ¿Qué estarían haciendo sus hermanas? Pensó en Évelyne, quien, sin duda, en esos momentos se estaría vistiendo para un baile. Era la temporada que precedía a la Navidad, se bailaba todas las noches. También ella habría podido salir con Antoine, vestirse, bailar, pero no tenía ropa nueva, no estaba peinada... y, sobre todo, se sentía cansada y pesada. Desde hacía unos días, sospechaba que estaba encinta.

«El año pasado por estas fechas me estaba vistiendo para correr a encontrarme con Antoine. Los vestidos, los zapatos, las joyas... tenían un valor supersticioso, sentimental, que sólo yo podía comprender».

Se acordó de un vestido de muselina azul con volantes que a sus hermanas les parecía horroroso.

«Nunca me divertía tanto como cuando llevaba ese vestido... Bailar, amar, no pensar más que en el placer, ¡qué alegría, qué tranquilidad! Sin embargo, nada ha cambiado, nada tiene por qué cambiar —siguió pensando—. Soy feliz, y no es difícil habituarse a la felicidad, pero... ahora hace más de un año que somos amantes».

Se miraron por encima de la estrecha mesa y de pronto se sintieron tan extraños el uno para el otro, tan solos, que se asustaron. Hablaron de Gilbert y Solange, de ciertos recuerdos de su viaje. Luego, Antoine le sonrió al criado que les servía.

—Martin no se las ha apañado tan mal... —dijo.

—Claro que no —respondió Marianne recordando que Martin era el mismo hombre que, unos meses antes, contestaba al teléfono con su voz discreta y gélida: «El señor Carmontel no está en casa, señorita... Ignoro a dónde ha ido y cuándo volverá».

¡Dios! Todavía le parecía estar oyéndolo...

Habían acabado de cenar.

—¿Le importa que corra las cortinas? —preguntó Marianne.

—Como quiera —respondió él, y al instante pensó con asombro: «Tiene derecho no solamente a correr las cortinas, sino a encender la lámpara o cambiar de sitio los libros: está en su casa. Antes, cuando tenía ganas de estar solo, cerraba mi puerta. Dominique no se habría atrevido a entrar en la parte del piso que me correspondía, y las mujeres, Nicole, o ésta... sí, ésta... tenían que esperar a que me apeteciera verlas»—. Se está bien aquí —añadió amablemente.

No se estaba bien: hacía frío. No tenían ganas de hacer el amor, él rehuía su mirada. De repente, ella se dio cuenta de que no lo conocía mejor que antes, contrariamente a lo que había esperado... pero que, de todos modos, ya no tenía ganas de conocerlo. Sentía una extraña pereza mental.

—El fuego se está apagando —dijo en voz alta.

—Sí. Llame a Martin, ¿quiere?

—No es necesario, el carbón está ahí.

Pero ninguno de los dos se movió.

—Vayámonos a dormir, Marion —dijo al fin Antoine con un suspiro.

15

Los señores Carmontel habían pasado el verano en su propiedad de Saint-Elme, en Normandía, y aún no habían regresado.

A comienzos del invierno, Antoine se enteró de que su padre estaba enfermo; sin embargo, leyendo la carta de su madre, llena de confusas quejas sobre su propio estado de salud, sobre la ausencia de Pascal, la boda de Gilbert y el tiempo bochornoso y húmedo («...una verdadera porquería de tiempo... todos los días lluvia...»), era imposible comprender qué enfermedad tenía exactamente. Había adelgazado, dormía mal, se quejaba de dolores en el costado... Sin saber por qué, de inmediato temió lo peor y, unos días antes de Navidad, decidió ir a Saint-Elme, pero sin Marianne, cansada por el embarazo. Su visita tenía un segundo objetivo: hasta entonces había vivido desahogadamente con el dinero que le daba su padre; no obstante, esa cantidad resultaba insuficiente para una pareja y con mayor razón para una familia. Marianne no había aportado una dote, de modo que él debía preocuparse más que nunca por sus medios de subsistencia. A la aprensión que le producía el estado de su padre se unían miedos justificados respecto a su propio futuro. Ignoraba el monto exacto de la fortuna de su familia, pero sabía que había disminuido considerablemente durante los últimos años debido a la caída de los valores rusos y a diversas especulaciones. Empezaba a temer, y con razón, que su padre no dejaría nada o casi nada a su muerte. La misma propiedad de Saint-Elme estaba fuertemente hipotecada, así que no podía esperar liberalidades de parte de su madre y

sus hermanos mayores. Si le correspondía algún dinero, pensaba, lo emplearía para montar un negocio, una empresa. Pero ¿cuál? No se veía haciendo trabajo de oficina, los estudios interrumpidos no le permitían plantearse otro camino... Ante todo, necesitaba saber exactamente qué le esperaba.

Saint-Elme era una casa grande y sencilla rodeada por un río que se perdía en los campos y formaba marjales donde Antoine y sus hermanos habían pescado y cazado aves acuáticas a menudo. Pese a todo, él tenía muy pocos recuerdos agradables de Saint-Elme. En su memoria volvía a ver una serie ininterrumpida de discusiones familiares, de peleas entre sus padres cuyos ecos le llegaban a través de las puertas cerradas, de rivalidades entre sus hermanos y él. Allí había sentido crecer en su interior una intensa necesidad de independencia, frenada constantemente por la estricta disciplina que imponía su madre, por las pesadas lecciones; allí, en fin, había sufrido la injusticia que lo separaba de sus hermanos mayores, los preferidos.

Pese a todo, esperaba cosas buenas de aquel viaje: quedarse tranquilo respecto a su padre y obtener la ayuda, el respaldo y el aliento de los suyos.

«No les pido dinero, ninguna ayuda concreta —se decía—, sólo consejo, y con la lata que da la familia al menos se le puede exigir eso...».

Había salido de París de buena mañana, pero, cuando llegó, el crepúsculo daba paso a una noche cerrada. Tuvo que esperar un buen rato delante de la verja a que el jardinero fuera a abrirle. Los goznes de la puerta emitieron un largo gemido que Antoine reconoció al instante y que volvió a sumergirlo en la atmósfera de sus quince años, cuando regresaba, hambriento y empapado, de alguna larga excursión por los pantanos y los campos, y Joseph, el jardinero, lo recibía bromeando: «¡Creo que no queda nada de comer, señorito Antoine!».

—¿Cómo está mi padre? —preguntó Antoine mientras la verja se abría delante del coche.

—Muy cansado —respondió Joseph.

La casa se alzaba al final del camino recto y oscuro, sobre una pequeña elevación del terreno. A un golpe de gong del jardinero, la puerta de la terraza se entreabrió lentamente. El vestíbulo enlosado, frío y desnudo, estaba desierto. A Antoine lo asaltaron pensamientos funestos: aquella calma, aquel silencio, aquel recogimiento anunciaban, preludiaban, la muerte.

Para su sorpresa, encontró a sus hermanos en la biblioteca. Pascal lo recibió como de costumbre, con una cordialidad despectiva y la misma actitud desconfiada y vigilante que le había mostrado siempre durante la infancia.

Gilbert le tendió las puntas de los blancos y fríos dedos y murmuró:

—Aún no ha ocurrido nada grave...

—Pero ¿qué tiene? —preguntó Antoine—. No entiendo...

—Pues verás, sufrió una gripe estomacal de la que no se ha repuesto, complicada por problemas relacionados con el hígado. Hasta hace unos días, el médico no estaba preocupado, pero siente un cansancio tan grande...

—Podríais haberme avisado... —dijo él colérico.

—Afortunadamente, hasta ahora no ha habido necesidad de convocar a la familia —respondió Pascal.

—Pero vosotros estáis aquí...

—Mamá quería vernos...

—¿Y a mí?

—¿A ti? Últimamente le has mostrado tan poco interés... Según ella, no le has escrito ni dos veces en dos meses.

—A decir verdad —terció Pascal—, tu boda no le hizo mucha gracia...

Antoine se encogió de hombros.

—Que yo sepa, no le ha hecho gracia la boda de ninguno de los tres. —«Pero a ellos se les perdona todo...», pensó, y luego le preguntó a Gilbert en voz alta—: ¿Y Solange?

—La espero mañana.

Se pusieron a hablar tranquilamente, pero Antoine sentía que un odio reprimido agitaba a Gilbert, que había apoyado los codos en los brazos del sillón y juntado las puntas de los dedos con tal fuerza que las uñas se le habían puesto blancas. Para Antoine, era una señal inequívoca: en la adolescencia, cuando su hermano empezaba a recitar una lección que no se sabía o respondía en un tono de desprecio cortante a la acusación fundada de uno de sus maestros, nunca parecía perder la calma, pero apretaba con fuerza los dedos hasta que las yemas se le quedaban lívidas, y ese gesto resultaba, a sus ojos, más revelador que una confesión.

«Qué estúpido disimular entre hermanos —pensé—. Sé lo que tiene en la cabeza: ese gesto, esa falsa calma acaban de revelármelo; para él soy alguien que conoce la vida de Solange antes de que se casara. Sabe que, con Dominique, en casa... ¡pobre Gilbert! Querría cerrar los ojos, engañarse, olvidar... ¡y podría hacerlo! Dominique está lejos y él podría convencerse de que nadie más sabe nada; pero no, imposible: estoy yo, el amigo de Dominique y, por añadidura, el marido de Marianne, que conoce la vida de Solange mejor que él mismo».

Se levantó.

—Me gustaría ver a papá... —dijo escuetamente.

—Ahora es imposible, está durmiendo.

—Pero ¿cenarás con nosotros? —intervino Pascal—. Podrás verlo un momento antes de la cena...

—¿Y mamá?

—Está con él, no lo deja solo ni un momento.

—Pobre papá...

Había sido testigo de las largas y silenciosas veladas del

matrimonio, veladas tristes durante las cuales ninguno de los dos abría la boca. Se puso a pensar con curiosidad y pena en el pasado de sus padres; no sólo en su vida conyugal, sino en su existencia entera. ¡Se le antojaba tan vacía! Daba la impresión de que su padre no había tenido otra ambición que encerrarse con un libro y evitar cualquier conflicto familiar. Él había percibido muchas veces los celos enfermizos de su madre, pero ¿estaban fundados? ¿Había tenido su padre otras mujeres? ¿Qué era? ¿Un sabio? ¿Un hombre resignado? ¿Un temperamento frío? ¿Era simplemente un tipo inteligente? Culto sin duda, y también cortés, benévolo, generoso... pero ¿algo más?

«¿Y yo?», siguió pensando Antoine. (Siempre que esperamos la muerte de alguien que no es indispensable para nuestra existencia, para que sigamos respirando, pensamos menos en él que en nosotros mismos. Imaginando la vida de su padre, sus últimos pensamientos, su muerte, Antoine se veía mentalmente con su misma edad, al final del camino, entre la anciana que sería Marianne, con derecho a robarle hasta la soledad de la muerte, y unos hijos desconocidos). «¿Y yo? ¿Es posible que mi vida se parezca a la suya? El trabajo, la familia, ninguna pasión, ningún riesgo que correr, ninguna aventura noble que vivir y, para acabar, la muerte. No se puede aceptar de entrada la idea de que eso basta para llenar una vida, la propia vida, inestimable y única, y sin embargo... Empiezo a creer que cualquier vida, la más gris, la más anodina, puede cansar a un hombre lo suficiente para que, una vez ha envejecido, aspire al descanso. Y al contrario, cuanto más apasionada y plena haya sido su vida, más comprensible sería que el moribundo exclamara: "¿Cómo? ¿Ya está? ¡Pero si aún no he hecho nada! ¡No me ha dado tiempo: no he vivido!"».

Estaba tan profundamente ensimismado que apenas oyó entrar al criado, que venía a buscarlo de parte de la señora

Carmontel.

Su madre lo esperaba en la salita que precedía al dormitorio conyugal. Lo besó fríamente.

—¿Cómo está? —le preguntó él en voz baja.

Los labios de la señora Carmontel se contrajeron, pero no dio otras muestras de emoción.

—Lo que nos preocupa es esa debilidad —respondió.

—¿Puedo entrar?

—Sí, entra, pero con calma.

Antoine empujó la puerta con cuidado y se detuvo ante la cama en la que descansaba su padre. Jamás habría imaginado semejante cambio, y tan rápido: el rostro pálido, casi gris, parecía empequeñecido, medio consumido; los ojos estaban rodeados de negras ojeras; la boca, con los labios retraídos, mostraba los dientes.

Estremecido, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

«Espero que no me vea llorar...».

Pero su padre, preocupado por sí mismo y por su estado, apenas se fijó en él.

—¿Puedo hacer algo por ti? —le preguntó Antoine.

—No, gracias, hijo mío. ¿Pasarás la noche aquí?

—Pensaba irme después de cenar, pero si hago falta...

—No, no —dijo el señor Carmontel con voz débil mientras negaba con la cabeza—. Voy a dormirme ya...

Antoine cenó con sus hermanos y con Raymonde —a la señora Carmontel le llevaban una bandeja con sopa y una fruta a la habitación contigua a la del enfermo—. Tras los postres, Raymonde se levantó y dejó solos a los hombres. La conversación derivó, entonces, hacia los asuntos que les preocupaban a los tres.

Antoine expuso su situación y pidió aclaraciones sobre la situación de la fortuna familiar. Sus hermanos mayores intercambiaron miradas como si ya hubieran previsto esa

situación, y Pascal tomó la palabra:

—Es muy simple: los últimos años han sido desastrosos. Para tapar el agujero que dejó el desplome de los valores rusos, papá especuló, y esas operaciones resultaron francamente malas, por no decir desastrosas. Te nos has adelantado: queríamos hablar seriamente contigo. Ocurra lo que ocurra, en el futuro será imposible pasarte una pensión como se ha hecho hasta ahora. Entre paréntesis: yo ignoraba la cantidad exacta y me parece inmensa. Confío, por tu bien, en que hayas ahorrado. Puedo mostrarte en detalle mi propio presupuesto, con papeles en la mano: casado, cabeza de familia, con tres hijos pequeños, yo...

—Ya es suficiente —murmuró Antoine con impaciencia.

—Naturalmente, si ocurre una desgracia, lo que hay se dividirá entre nosotros y tendrás la posibilidad de verificar cada cantidad, pero pagados los gastos quedará bien poco. Naturalmente, no tengo en cuenta la fortuna personal de nuestra madre, que sólo le pertenece a ella...

«Y a vosotros», pensó Antoine.

Sin duda, sus dos hermanos sabían a qué atenerse desde hacía mucho tiempo: habrían tomado sus precauciones. Debía de haberles sorprendido el monto de su pensión, que desde luego no conocían, pese a haberse ocupado directamente de ciertos negocios paternos. Estaba claro que su padre, que siempre lo había mimado, había mantenido esa cifra en el mayor secreto.

«Si muere —se dijo—, no quiero volver a ver ni a estos dos ni a mi madre. ¿Para qué? Puedo soportar la hipocresía, la frialdad, la hostilidad mientras él viva, pero luego...».

Escuchaba a Pascal y miraba a Gilbert inmóvil, mudo, con la boca cerrada y los párpados entornados. Se sentía rechazado, excluido por ellos, y no dejaba de recordar una habitación llena de sol, allí mismo, en Saint-Elme, tres camas de cobre, sus hermanos y él, y sus risas... Oían los pasos de su madre al otro

lado de la puerta, sabían que venía a reñirlos; su voz enfadada les llegaba ya: «¿Queréis callaros y vestiros de una vez?», y unas risas locas, dichosas, brotaban de sus gargantas y los lanzaban contra los barrotes de sus camas. El recuerdo era tan nítido, el eco de aquellas risas tan perceptible aún que no pudo evitar mirar a Gilbert con asombro, buscar en su rostro algún rasgo de aquel niño flaco vestido con un camisón festoneado de rojo a caballo sobre la barra de cobre de la cama.

Se levantó y se despidió de ellos, que no intentaron retenerlo. Se fue con el corazón encogido.

16

El último día del año era cálido, luminoso, agradable: una falsa primavera.

Estaba previsto que todo el antiguo grupo, los viejos amigos de Marianne, los que formaban lo que ella llamaba «el clan», o «la pandilla», fueran a pasar la noche de fin de año a su casa. Desde hacía algún tiempo, ella se negaba a salir por las noches: la maternidad, antes de transformar su cuerpo, había cambiado su corazón, haciéndola desear la paz, el silencio, el sueño.

Antoine entró en la habitación mientras ella se estaba arreglando. Se había puesto un vestido de encaje negro y un collar de jade. Sus conocidos coincidían en que, después de casada, estaba más delgada y más fea. Ella misma lo notaba, y se afligía.

Miró a Antoine con preocupación.

—¿Me encuentra usted fea?

—Claro que no —dijo él con sinceridad, porque ya había dejado de verla.

Maridos y esposas ya no ven las facciones de su cónyuge, no realizan el trabajo mental consistente en comparar de manera continua la imagen que conservan en la memoria con la que percibe la vista: miran la sonrisa, no la boca como tal; la expresión de los ojos, no su forma; y esto es así durante diez o quince años... luego, de repente, una noche como cualquier otra, mientras él lee y ella cose, uno de los dos alza los ojos. Puede que el otro, sintiéndose observado, pregunte: «¿Pasa algo?», a lo que el interpelado responderá: «No, nada», o quizá: «Te quiero» o alguna otra frase socorrida, pero lo cierto es que,

por un momento, ese marido o esposa ha visto el rostro de la persona con quien comparte su vida, y es posible que haya tenido que hacer un esfuerzo imperceptible para reconocerlo.

—Me han hablado de un piso... —dijo Marianne.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—En Passy.

—Habría que verlo... pero en ningún sitio tendremos tanta luz como aquí.

—Es demasiada —dijo Marianne—: para ser feliz hace falta oscuridad y silencio.

—Pues entonces no seremos felices hasta que nos muramos.

Marianne sonrió, pero Antoine hablaba en serio: la idea de la muerte lo obsesionaba. Ella no lo conocía aún con la suficiente profundidad para adivinarlo, pero lo que él sufría era uno de esos estados de ánimo insoportables en los que todo parece anticipar, anunciar, la muerte, en los que se la ve surgir al final de cualquier acción humana, en los que la muerte amarga el sabor de todas las cosas. Entretanto, Marianne pensaba en el fin de año anterior: mientras Antoine cenaba en casa de Nicole, ella, en un desesperado gesto de desafío, se dejaba besar por jóvenes de los que había olvidado hasta el nombre, hasta la cara. ¡Cómo había cambiado todo! Pensó en las mañanas en que se despertaba al lado de Antoine dormido, siempre medio desnudo, con el pelo revuelto y los dos largos brazos estrechando con fuerza la almohada, en esos instantes entre el sueño y la vigilia en que ella se sorprendía de ver a su amante acostado a su lado y de pronto se acordaba, y se ponía a imaginar esa larga vida común, todos esos años todavía brumosos...

Martín había puesto en el salón una larga mesa adornada con flores de pascua. Los primeros invitados llegaron cerca de las once. Enseguida, Marianne reconoció la atmósfera de las fiestas de antaño, más libre aún, aunque empañada por una

imperceptible vulgaridad. ¿O era sólo una impresión suya? Bailaba, bebía, escuchaba la suave música de fondo, pero el encanto, el misterio, había dejado de existir. Permaneció fría y tranquila.

«Decididamente, me aburro con ellos —pensó—. ¿Por qué será?».

Miró a Évelyne y su belleza la impresionó; a su lado se sentía pesada y sin gracia... Évelyne era... una beldad, se decía contemplando la esbelta espalda desnuda, los magníficos hombros de su hermana, sus cabellos de oro pálido y sus largas piernas torneadas y nerviosas. («Piernas esculturales: las piernas que pintaba el Primaticcio», pensaba). Évelyne se le acercó, últimamente se pintaba los ojos de un tono gris espolvoreado de oro. Llevaba un vestido de grueso satén cerrado por delante, pero que dejaba la espalda al aire, y un collar de rubíes en forma de estrella que Marianne reconoció.

—Se lo has robado a mamá —dijo sonriendo.

—No —respondió Évelyne—, ahora a mamá ya no le importa prestar sus joyas. Ha envejecido, ¿no te has dado cuenta?

—No lo había notado.

—¡Claro! Eso es porque ya no vives en casa. De todas formas, empezó en tus tiempos, sólo que tú no veías nada: estabas enamorada de tu Antoine, lo que te cegaba... Te aseguro que desde hace unos años la vida en casa es muy triste... no exterior, sino esencialmente: papá y mamá envejecen, y envejecen mal; el dinero escasea; Régine se ha vuelto una solterona amargada desde que su boda se frustró; Odile está prometida con Robert Bacher y va a dejarnos para hacer vida de gran burguesa: la escandalizamos... En cuanto a ti, vas de visita, lo que me parece inmoral, espantoso, y ni siquiera para vernos a nosotros, sino en busca de viejos recuerdos, para saborear, por contraste, tu felicidad presente. ¿Me equivoco? —preguntó en voz baja—. Y yo... yo estoy casi prometida,

¿sabes?

—¿Con quién?

—Con uno, emparentado con la futura familia de Odile. No lo conoces. Es rico. ¡Hay que sentar la cabeza!

—¿A los veinte años? ¡Idiota!

—Hay que sentar la cabeza —repitió Évelyne encogiéndose de hombros y mirando a su hermana con una sonrisa irónica y triste—. La vida que llevo, la que llevaste tú, sólo es divertida si dura poco: un ataque de locura, una borrachera, pero breve, ¿comprendes? Debe terminar pronto, pasar pronto, como en tu caso y en el de Solange. Y aun así, Solange sufrió; yo no quiero sufrir —dijo con ligereza, sonriendo.

—Pero no hay por qué sufrir, hermana...

Sin saber por qué, la compadecía. «¿Por qué? Es igual que yo... Yo no era más sensata que ella...».

Sin embargo, en su interior existía un equilibrio entre la razón y los sentidos del que Évelyne carecía. «Es inevitable temer por ella», pensó.

Évelyne se había puesto a bailar con Antoine y fueron a parar junto a ella. La hermana menor miró a los esposos con gran atención, casi con ansiedad.

—¿Sois felices? —les preguntó.

—Pero ¿a qué viene eso?

—Bueno, supongo que podréis decirme si sois felices... Antoine, sírveme —dijo tendiéndole la copa a su cuñado, que se la llenó e hizo lo propio con la suya—. He decidido tutearte, ya que tu mujer ha cogido la estúpida costumbre de tratarte de usted...

Antoine y Évelyne se llevaron la copa a los labios y bebieron a la vez. Miraban el rostro del otro y el movimiento de sus labios, y de repente entre ellos pasó ese relámpago de deseo que convierte a un hombre y una mujer, indiferentes hasta ese momento, en dos seres que nunca podrán acercarse el uno al

otro sin amor o sin el recuerdo de ese amor: pregunta muda, silencioso consentimiento, complicidad que los une sin que hayan dicho una palabra o intercambiado un beso. Fue tan intenso y tan extraño que los dos palidecieron y se quedaron temblando ante los ojos de Marianne.

—Sigamos bailando —dijo Évelyne.

Se alejaron juntos, Marianne los vio abrirse paso entre las demás parejas y de pronto se llenó de inquietud y de deseo, de la perturbación de los sentidos que experimentaba en otros tiempos en noches como aquélla. Miró el humo denso y leve, las copas vacías en el suelo, el mismo escenario de antaño...

«Soy demasiado joven para hacer el papel de señora respetable —pensó—. Esto me gustaba, debe de seguir gustándome... Hace mucho que no bebo ni una gota de champán, hace mucho que no sentía esta deliciosa exasperación de todos los sentidos a la vez: la vista, el oído, el tacto...».

Pero la llama del deseo ya se había apagado para ella, dejándola atónita, tranquila y distante: aquellos besos, aquella embriaguez, aquel simulacro de amor... de pronto, todo lo que le había gustado adquiría a sus ojos tintes sórdidos, parecía pobre, sin riesgo ni grandeza; un juego vil, en suma, que aún podía irritar los sentidos, pero fugazmente, y por eso mismo perdía su poder.

—Ya es medianoche —dijo alguien.

El reloj que Marianne había colocado en la mesa sonó: doce toques débiles, rápidos, insignificantes. Y ya estaba: el año había acabado.

«El año de mis esponsales, el año de mi boda, el año en que he concebido a un nuevo ser», pensó Marianne confusa y tumultuosamente.

—¡Ay, Dios mío! ¡Tengo miedo! ¡Apiádate de mí! Tengo miedo... —murmuró.

Levantó la copa de champán que le había dado Antoine.

—¡Feliz año! —le dijo en voz baja.

—¡Feliz año! —respondió él, y por un segundo se olvidó de Évelyne, bajó la vista hacia el talle de Marianne y murmuró—: Feliz año, cariño...

Y la ternura de su tono, tan rara en él, los emocionó a los dos.

En ese momento alguien abrió la ventana y, en silencio, oyeron dar las doce, primero en una casa vecina; luego, con unos segundos de retraso, en otra; después en el campanario de una iglesia y por fin, muy lejos, en la otra orilla, doce campanadas: las últimas, sonoras y melancólicas. Les pareció que decían: «Pues sí, así es... qué se le va a hacer... Se ha ido otro año... vosotros también os iréis...».

El baile continuó. Antoine apretaba contra sí el cuerpo semidesnudo de Évelyne. Le estaba agradecido por aquel apetito de vivir que había despertado en él como si una fuente de alegría hubiera vuelto a manar en su corazón. Marianne le había hecho sentir lo mismo durante unos días, pero ya habían quedado atrás.

«No es más que un ataque de locura... mañana se me habrá pasado», pensaba.

—¡1920 ha muerto, viva 1921! —gritaban todos, bailando—. ¡Viva el nuevo año!

Los invitados se marcharon temprano: la noche de fin de año no podía celebrarse en un solo sitio, pero ni Antoine ni Marianne quisieron acompañarlos. Oyeron los pasos rápidos bajar la escalera, cruzar el patio, alejarse, las alegres voces perdiéndose en la distancia.

Antoine recogió los discos esparcidos por la alfombra y una rosa pisada que colocó en una copa todavía llena.

—¿Qué opina, Marianne? Creo que el champán le sentará mejor que el agua; además, no tengo ganas de moverme...

Ande, venga. Vamos a dormir...

Cerraron la puerta que separaba su habitación del salón en desorden. Dentro, el fuego ardía; la cama estaba preparada. Marianne dejó en la mesilla los dos platitos de cerezas caramelizadas que habían sobrevivido al pillaje y encendió la lámpara. Se oían las primeras campanas del año. Nunca había mirado aquellas paredes con tanta simpatía...

Compadecía a Évelyne: Évelyne aún se debatía, aún avanzaba penosamente por un camino que ella conocía bien y en el que cada piedra, cada zarza, la habían herido.

«Mientras que yo ya he llegado: yo descanso», pensó acariciándose suavemente el vientre. Los malentendidos, las traiciones, las lágrimas amargas... la intensa y desesperada alegría de los comienzos del amor... en el fondo, ¿no eran eso? ¿No eran un niño que quería nacer?

Se estaba quitando las medias lentamente. Antoine se inclinó hacia ella para besarle la pierna desnuda que había apoyado en la cama. Pero veía a Évelyne. Se pasó la mano por la frente: ¿aún le duraba eso?

Se acostaron el uno junto al otro, separados por sus esperanzas, sus anhelos, sus sueños, pero unidos por el calor de los cuerpos, por el dulce sopor del sueño; dos en espíritu, pero una sola carne ya.

17

El temido telegrama no tardó en llegar: «Papá muy mal, ven».

Una vez más, Antoine se vio obligado a viajar solo: Marianne tenía un comienzo de embarazo difícil, debía permanecer en cama durante unos días. El coche estaba en el taller, así que tuvo que coger el tren, algo que habitualmente odiaba y que, dadas las circunstancias, le resultó aún más odioso: la obligada inacción le parecía insoportable.

Saint-Elme estaba bastante lejos de la estación. Además, nadie había ido a recogerlo, pues habían dado por sentado que llegaría en coche. Tuvo que subirse al viejo Delage de un vecino que se desviaría para dejarlo en su puerta. El automóvil avanzaba con lentitud, la angustia lo devoraba. Por fin, distinguió la verja. Saltó fuera del vehículo y llamó con todas sus fuerzas.

—Es el final —dijo Joseph sin darle tiempo a preguntar.

Antoine subió directamente a la habitación de su padre. En la salita que la precedía se encontraban su madre, Pascal, Gilbert y sus cuñadas. Sí, aquella esbelta mujer rubia, pálida y delgada que le estrechaba la mano era Solange. El leve sobresalto que le produjo la sorpresa hizo que Antoine la viera realmente y pudiera escuchar lo que le decía, mientras que los demás sólo eran vanas sombras.

Después de aquellos kilómetros en coche en medio de las tinieblas y el viento nocturno, el aire de la habitación le pareció sofocante. Hasta pasados unos instantes no notó el frío, las bocanadas de gélida humedad que ningún medio de calefacción había podido remediar nunca y que guardaba en la

memoria como la atmósfera misma de Saint-Elme, el hálito de sus viejos muros.

Se acercó a su padre conteniendo la respiración y las lágrimas. El anciano no se movía, tenía la cabeza vuelta hacia el pasillo que separaba la cama de la pared. Bajo la sábana, sólo un hombro se agitaba con un movimiento espasmódico, terrible y casi grotesco. La cabeza, carente de fuerza, colgaba fuera de la cama. Instintivamente, Antoine extendió la mano hacia ella e intentó ponerla de nuevo sobre la almohada; lo obedecía, pero en cuanto la soltaba volvía a deslizarse, se le escapaba como arrastrada por un peso invisible hacia la tierra. Antoine había esperado sentir el hielo y el mármol de la muerte bajo los dedos, pero su padre aún vivía y estaba ardiendo de fiebre. La señora Carmontel entró sin hacer ruido, se sentó junto a la cama y posó la mano con suavidad sobre el cuerpo de su marido, agitado por espasmos. Luego se inclinó hacia su oído y, en voz baja, pero articulando las palabras, dijo:

—Antoine está aquí... —Y acto seguido—: ¿Quieres algo?

Antoine vio moverse las manos y luego los brazos del moribundo que, como los de un recién nacido, parecían no obedecerlo. Intentaba expresar un deseo, era evidente: una parte de su ser parecía inconsciente, habitada ya por una fuerza extraña a él, pero otra seguía siendo suya, su propiedad exclusiva, y era, toda entera, deseo. Tocó la madera de la mesilla, su propio pecho, cuya delgadez estremeció a Antoine, la sábana...

«Dios mío —pensó con el corazón lleno de remordimientos —, ¿cómo he podido dejarlo? Debería haber estado aquí día y noche, contar cada latido de su corazón, cada suspiro. ¡Yo, su hijo preferido! ¡Merezco que me castiguen! Mi hijo se encargará más adelante, sin duda», se dijo arrodillándose al pie de la cama con la cabeza escondida entre los brazos.

Inclinada sobre el moribundo, la señora Carmontel intentaba

en vano comprender lo que deseaba. Creyó que quería beber, cogió el vaso y lo acercó a los labios expirantes, pero el anciano no bebió; sus dientes golpearon la pared del vaso y apartó la cara con un débil gesto de impaciencia. A continuación, pensando que señalaba la luz, su esposa acercó la lámpara a la cama y luego la apartó, pero no... tampoco era eso... Por fin, con un gemido apenas audible, el anciano cogió la mano de su mujer. Antoine había alzado la cabeza y lo miraba. Eso era lo que quería su padre, que se calmó de inmediato. Su esposa, que se había sentado en el borde de la cama, sostuvo la débil mano, agitada por espasmos, en la suya mientras las lágrimas resbalaban por su rostro ajado y pálido. Los tres hijos, inmóviles, pensaban que, desde que tenían uso de razón, nunca habían sorprendido ni una sola palabra cariñosa entre sus padres, ni más caricias que los besos fríos en el momento de partir de vacaciones o en las mañanas de cumpleaños. De pronto, Antoine vio que los labios de su padre se movían y lo oyó exhalar un nombre como un suspiro. Creyó entender «Manou» o «Manouche». Otra mujer, sin duda... una mujer a la que su padre creería estar viendo... «¿Una mujer que aún vive? —se preguntó—. ¿Muerta ya? ¿Abandonada?».

Su madre inclinó aún más la cabeza y las lágrimas corrieron en abundancia por su rostro. Los labios del moribundo se movieron de nuevo; debió de creer que pronunciaba otras palabras, pero su boca sólo exhaló suspiros ahogados.

—Sí, cariño, sí... —dijo su mujer levantándole la cabeza y apoyándola en su delgado pecho.

Pascal hizo amago de acercarse a ayudarla, pero ella se apartó y volvió a dejar la cabeza que tenía entre las manos bien derecha y rígida sobre la almohada. No se decidía a soltarla, sus dedos acariciaban suavemente las pálidas mejillas. Por fin, bajó los párpados sobre los ojos del difunto. Inclinada sobre él, impidiendo a sus propios hijos que se acercaran, lo había

rodeado con los brazos, protegido con el cuerpo, calentado con su aliento hasta el último instante.

18

El tren que Antoine había cogido poco después del entierro había estado detenido más de una hora a las puertas de París: un vagón de mercancías había descarrilado y estaban reparando la vía. Cuando reanudó la marcha, lo hizo con gran lentitud. «Sólo me faltaba esto», pensaba.

Con el rostro cansado, envejecido en pocas horas, caminaba por el pasillo del vagón y miraba las negras ventanillas en las que el hielo formaba lágrimas inmóviles y relucientes. Aunque la calefacción estaba alta, él tenía frío, un frío penetrante que le helaba los huesos y el corazón.

La muerte de su padre, la frialdad y hostilidad del resto de su familia y la sensación de que, hiciera lo que hiciese, no quedaría entre él y los suyos más que la típica hipocresía de las relaciones familiares, atenta tan sólo a las formas, lo llenaban de amargura, y esa misma amargura lo sorprendía: veía en ella una señal de debilidad. Él, que había luchado contra las constricciones que le imponía su familia y el tedio que emanaba de ellas; él, que nunca había querido ni a sus hermanos ni a su madre y se lo había confesado tantas veces a sí mismo, que era tan rápido en reconocer las ridiculeces de sus hermanos, que nunca había perdonado a su madre su injusta preferencia por ellos, ¿por qué sufría ahora?

«Ni ellos me necesitan a mí ni yo a ellos. Alguna conversación más sobre el tema de la herencia, con la correspondiente polémica, y nada me impedirá no tener más relación con ellos que una visita a mi madre de higos a brevas, por cumplir, sabiendo que ella no desea más... ¿Por qué

siempre me habrá mostrado tan poco cariño? Por lo general, los últimos en nacer son los preferidos, y yo no era peor ni más tonto que mis hermanos», pensaba volviendo a encontrar de pronto y sin esfuerzo, intactos en su mente, los vanos interrogantes del niño que había sido. Recordó que, a los cinco años, le había preguntado a su niñera si realmente era «hijo de mamá», si no era un expósito. Después, todo eso se había moderado, atenuado: los lazos que lo unían a su familia, por débiles que fueran, bastaron para que dejara de imaginar una fractura entre su pasado y su presente, y el tiempo se encargó de ir quitándoles el veneno a los malos recuerdos y poniendo a los buenos en primer lugar, de modo que su memoria pudiera formar la imagen convencional de felicidad que el ser humano necesita para que el pasado lo deje en paz. Por desgracia, la muerte de su padre y la lejanía con los de su sangre lo obligaban a reexaminarlo todo; de nuevo, igual que en la adolescencia, se sentía decepcionado, frustrado, solo...

«En realidad, ni Pascal ni Gilbert querían a papá», concluyó.

Le dolía la frialdad que habían mostrado mientras a él se le partía el corazón.

—Bueno, ya estamos en París... —murmuró al ver al fin las luces de la estación.

No tenía ganas de volver... Allí, los problemas de dinero no tardarían en agobiarlo. No podía desentenderse de ese aspecto de la cuestión, no tenía derecho: estaba casado e iba a ser padre. «¿Qué me quedará? Cien, doscientos mil francos, según las explicaciones que Pascal me dio la última vez. No puedo esperar mucho más...». Sus deudas de juventud ascendían casi a esa cantidad.

Por fin llegaban. Se dijo que no iría a casa de inmediato: Marianne no lo esperaba hasta la noche. Se comería un sándwich con una copa de vino. La soledad de un bar le sentaría mejor que la compañía de una mujer.

Salió de la estación, cogió un taxi y dio la dirección de un bar al que Dominique y él tenían costumbre de ir en tiempos. Echaba en falta a Dominique, se dijo. Qué bien se entendía con él... ¿Por qué las mujeres y el matrimonio habían tenido que complicar esa vida tan sencilla, tan agradable? De todas formas, no podía durar: requería dinero y la ociosidad que ya no podría volver a permitirse. Envidió a Dominique: él sólo tenía inquietudes de tipo espiritual. «Preocupaciones nobles», pensó con una ironía rayana en la sorna. «Mientras que a mí me han quedado las mezquinas, que despreciábamos porque nos parecía que tenían muy poca relación con la vida real, así que hacíamos como si no existieran». ¿Dónde estaría Dominique? La última vez le había escrito desde Italia y no decía nada de volver.

Se había tomado una copa y luego otra, se había comido unas patatas fritas frías... Se levantó. Estaba cansado, asqueado, perdido. Había pasado dos noches en blanco, velando a su padre hasta el límite de sus fuerzas. Se iría a casa, haría que le prepararan la cama en el salón, se acostaría entre sábanas limpias y dormiría unas horas. Entraría un momento a ver a Marianne. Seguro que todavía estaba acostada: el médico le había recomendado reposo durante el resto de la semana.

Abrió con cuidado la puerta de casa, pero en cuanto la cruzó oyó la voz de Marianne, que lo llamaba.

—¿Se encuentra usted peor, querida? —le preguntó Antoine acercándose a la cama.

—No, al contrario, desde ayer estoy mucho mejor. Debería haberlo acompañado. ¿Sufrió mucho su padre?

Antoine se encogió de hombros.

—Quién sabe... yo creo que no...

—¿Lo han enterrado esta mañana?

—Sí, hace unas horas.

—Pensaba que quizá se quedaría otro día con su madre...

Antoine frunció los labios.

—Allí no me necesita nadie... —repuso con frialdad.

La miró: Marianne no sabía nada de su vida más íntima, más profunda.

—He pedido que le prepararan el baño —dijo ella.

Antoine sonrió con agradecimiento: en esos momentos lo que más deseaba era una bañera llena de agua muy caliente seguida de una ducha helada.

—Buena chica —dijo con voz suave.

Le agradecía su silencio, que no lo obligara a hacerle confidencias, que no le ofreciera compasión y amor antes de que él se los pidiera.

Después de bañarse, volvió a la habitación, se sentó en la cama junto a ella y la rodeó con el brazo. En silencio, apoyó la frente en el hueco de su hombro y empujó con impaciencia, como si quisiera penetrar en ella, refugiarse en ella como el niño que llevaba en las entrañas.

—Es duro... —murmuró al fin en voz tan baja que, más que oír lo que decía, Marianne lo adivinó.

Nunca se había quejado delante de una mujer.

«Qué impúdico es el matrimonio», pensó con una irritación extraña en la que no faltaban ni la ternura ni la vergüenza.

—¿Y los demás? —preguntó Marianne.

—No quiero volver a verlos. No me han hecho nada, pero no quiero volver a verlos. Nunca los he querido, y no por actos ni palabras concretos, sino por toda una atmósfera de frialdad, de hipocresía, de sospechas intolerables. Ahora mismo, mamá y Pascal piensan que sólo me importaba la generosidad de mi padre, la vida fácil que me proporcionaba y que ha quedado atrás inevitablemente. En cuanto a Gilbert, directamente me odia. Él cree que es por Solange, por lo que sé de Solange, pero se engaña a sí mismo: siente hacia mí ese odio irracional y ciego que sólo pueden inspirarnos los de nuestra sangre. No

quiero saber nada de ellos, no quiero volverlos a ver... —Se calló, avergonzado de haber hablado tanto, pero se sentía más ligero, aliviado, como después de un ataque de llanto—. Hágame sitio a su lado —dijo al fin en un tono más suave.

Marianne se arrimó en silencio a la pared y su marido se tumbó a su lado, aplastándole el brazo, se tapó con la colcha y se quedó dormido enseguida.

19

En su juventud, Albert Carmontel había sido socio de una empresa que vendía pasta de papel. Al nacer Antoine ya había presentado su dimisión y cedido sus acciones a los demás socios, entre los que se encontraba su hermano Jérôme, que había muerto hacía algunos años.

De niño, Antoine solía pasar las vacaciones de Semana Santa en casa del tío Jérôme, en el norte. Jérôme despreciaba a su hermano, que vivía de las rentas y la enorme fortuna de su mujer y educaba a sus hijos para que ejercieran profesiones liberales. En casa del tío Jérôme, Antoine entraba en contacto con un mundo distinto al suyo, más modesto en apariencia y con virtudes más sólidas, pero que encontraba asfixiante. Sin embargo, cuando tuvo que pensar en ganarse la vida, cuando, una vez saldadas las deudas, se vio con un pequeño capital al que había que sacar partido porque era insuficiente para vivir de él, fueron esos viejos recuerdos los que dirigieron su mente hacia una industria similar a la que había conocido. Recordó que el padre de uno de sus amigos, Jean Lennart, había fundado una empresa que importaba pasta de madera a Francia y que, tras su muerte, dicha empresa, respetable y gestionada con prudencia hasta ese momento, había caído en las manos del joven Lennart, que no había tardado en confirmar los negros presagios de su padre, quien, en el lecho de muerte, había murmurado: «Este imbécil dará al traste con todo». Desde que estaba a cargo de Jean Lennart, el negocio había sufrido serias pérdidas, pero, sin saber por qué, a Antoine le inspiraba confianza, le parecía sólido. En contra de los consejos de

muchas personas, fue a Jean Lennart, que aceptaba de mil amores el dinero fresco, a quien confió el pequeño capital que le quedaba, y la antigua compañía Lennart e Hijo se dispuso a convertirse en Lennart y Carmontel.

«En realidad, no entiendo ni jota —se decía Antoine—, pero las palabras "pasta de papel", "celulosa", "rondines", etcétera, me resultan familiares». Se acordaba de las comidas dominicales en casa del tío Jérôme, que solía invitar a los directores y a sus esposas. «Hablaban y yo no los escuchaba: recitaba mentalmente versos de Rimbaud, o pensaba en una chica a la que había acariciado en el bosque de la Fourche. Y ahora resulta que no recuerdo los nombres de esas chicas, pero sí aquellas palabras que entonces me pasaban por alto o ignoraba de plano; y no sólo las conservo en la memoria, sino que las encuentro tranquilizadoras. Gracias a ellas no me siento perdido. Digo instintiva y aproximadamente lo que conviene, o al menos lo suficiente para impresionar al idiota de Lennart. ¡Vaya, parece que ya siento hacia él lo que se suele sentir por un socio! En realidad, cuando pienso en la seriedad del tío Jérôme, me parece inapropiado que una empresa tan importante, vital, tenga en su origen esta camaradería de juventud, que entre Jean Lennart, al que vapuleaba en el colegio para quitarle las canicas, y yo se establezca una relación similar a la que unía al solemne tío Jérôme, y a Chartron, *el Gordo* Chartron, su socio, que me pellizcaba la mejilla y me llamaba "jovencito". "¿Cómo van los estudios, jovencito?"»

En su memoria, volvió a ver a los dos hombres maduros encerrarse en la sala de fumadores después de comer, y recordó el silencio que se adueñaba entonces de la casa. «Niños, no hagáis ruido: vuestro tío está tratando cuestiones de negocios», decía la tía Irène. «Y nosotros los despreciábamos a más no poder precisamente por su seriedad, cuando a lo mejor se

ponían a hablar de mujeres, o de sus familias, o incluso de nosotros, los niños... ¡Cuánto hay que haber vivido para descubrir rasgos humanos en nuestros padres y maestros! Y seguramente la vida se reduce a ese lento cambio de óptica», pensaba Antoine.

El día en que Lennart y Antoine acordaron por fin las bases de un contrato, Marianne cenaba en casa de sus padres. Antoine había prometido que iría a buscarla hacia medianoche. Hizo el trayecto a pie. Tenía la cabeza llena de números, pero al llegar ante la casa de los Segré alzó la vista y se dijo a sí mismo: «Mira, estos últimos meses no han sido más que un sueño. Todavía eres libre y ahora vas a encontrarte con Marianne, una joven que es tu amante».

Antaño, cuando visitaba la casa de los Segré casi siempre había baile, y él se detenía, como esta vez, levantaba la vista y buscaba entre aquellas sombras planas, silueteadas por la luz de las lámparas, la de Marianne, que bailaba en brazos de otro chico.

Cruzó el jardincito —el gato blanco de los Segré hacía guardia en la puerta—, entró y, al instante, la atmósfera amorosa que tantas tardes lo había cautivado volvió a hacérsele palpable. No sabía por qué, pero en cuanto vio de nuevo las paredes del estudio y la luz de la lámpara bajo el retrato de Évelyne niña se olvidó de Lennart, del dinero, del contrato y del mundo entero, y se dejó invadir por una emoción gozosa y tierna, inexplicable.

«No conozco otra casa en la que se respire tanta poesía, tanta locura y tanto amor como en ésta», pensó.

Buscó desde el umbral los ojos de Marianne. Estaba sentada en el sofá con Odile. Llevaba luto por su suegro. La cercanía de la maternidad la había engordado y afeado: el niño nacería en cuatro meses. Era marzo.

Antoine le besó la punta de los dedos.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó, pero no escuchó la respuesta porque la sonrisa de su mujer y la fuerte y tranquila presión de su mano le dijeron que todo iba bien.

—¿Ha visto a Lennart? —le preguntó ella.

—Claro, mañana firmamos.

Se sonrieron afectuosamente y él se alejó. Su suegro le ofreció una copa de champán: en casa de los Segré el champán corría como el agua. Bebió con placer. Al cabo de unos instantes, todo a su alrededor era como siempre había sido. Segré y una de las hermosas mujeres que se encontraban allí desaparecieron, se amortiguaron las luces, se atizó el fuego. Los jóvenes se sentaron en corro sobre la alfombra a los pies de las mujeres. Évelyne era la única que no estaba abajo.

La buscó, inconscientemente al principio, luego con el corazón rebosante de deseo, inquietud y vergüenza. Nada más sencillo que preguntarles a Marianne u Odile dónde estaba su hermana, pero no se atrevía a hacerlo.

Las risas de las chicas, sus frases atrevidas y aquella semioscuridad empezaron a irritarlo. Abandonó el estudio silenciosamente. Un vestíbulo precedía al salón, y allí, bajo la luz de una lámpara, había un espejo en el cual, al entrar o salir, las mujeres se miraban y se arreglaban el pelo. Él se quedó un rato solo frente a su imagen. La expresión de su rostro le mostraba mejor que el tumulto de su alma lo que habría preferido ignorar. Intentó tranquilizarse, disculparse.

«Aquí vuelvo a encontrar el sabor de las emociones pasadas... Évelyne es sólo un reflejo de Marianne joven; no es otra cosa, no puede serlo...».

Nadie lo veía, nadie lo habría buscado allí. De hecho, nadie se preocupaba de él: en aquella casa, todo el mundo hacía lo que le apetecía sin más. Incluso Marianne parecía haberse olvidado de él. «Qué a gusto está con su familia, con su clan —se dijo—. Qué a gusto se la ve aquí». Comparó mentalmente a

Marianne y Évelyne, no sus rostros o sus cuerpos, eso no se habría atrevido a hacerlo, sino su respectiva inteligencia y carácter. Ya no veía a Marianne tal como había sido, sino como le parecía que era ahora: vivaz e inteligente, pero sin la abundancia y la diversidad de las dotes de Évelyne. Ésta destacaba en todo: la música, el deporte, el baile... sus gustos coincidían con los de él.

«Las cuatro tocan instrumentos —constató—, pero sólo Évelyne tiene verdadero talento. Viste mejor que Marianne: a Marianne le quedan bien los trajes sastre, los vestidos negros, los cuellos plisados de linón, pero Évelyne está preciosa... regia... con su vestido blanco con pasamanería de azabache; Marianne puede ser tan alegre como una niña o mostrarse triste y huraña, Évelyne vive cada instante como si fuera el último, con un placer desesperado, y así es como hay que vivir», concluyó olvidando que antaño había apodado la Llama a Marianne.

En ese momento, un coche se detuvo ante la verja del jardín y él oyó abrirse y cerrarse la portezuela; luego reconoció los pasos de Évelyne. La oyó subir rápidamente los peldaños de la entrada y abrir la puerta. Se había quitado el abrigo de piel, que llevaba en el brazo. Lucía un vestido negro ceñido a la cintura con un lazo dorado. Al verlo a él se detuvo y, con un deje de placer y ternura, le dijo en voz baja:

—Estás aquí. —Y luego—: ¿Y tu mujer?

Antoine respondió, pero no oyó sus propias palabras. Évelyne, por su parte, también dijo unas cuantas frases banales:

—¿Te has divertido? No creía que fueras a venir. Qué noche tan agradable, ¿no?

Sin embargo, ninguno de los dos escuchaba las palabras inútiles que pronunciaban sus labios, sólo el sonido de sus voces roncas, alteradas, extrañas. Sus miradas no se separaban. Por fin, ella hizo ademán de pasar y él se apartó, pero tan

despacio que sus manos se tocaron. Antoine rozó sus dedos anillados y le tomó las manos para besárselas, pero volvió a dejarlas caer sin atreverse a hacerlo. Los dos temblaban.

—¿Has estado con ese chico que quiere casarse contigo? —murmuró él al fin.

Évelyne asintió con la cabeza.

—No tenías por qué —siguió Antoine en voz aún más baja, y su mirada asustada se apartó de la de ella—. Si no lo amas, déjalo...

Como en Nochevieja, prácticamente sin hablar y desde luego sin besarse, estuvieron seguros del amor, o al menos del deseo, que sentían el uno por el otro. Aquella voz sorda que dudaba en pronunciar ciertas palabras insignificantes, cargadas de significado para ellos, la respuesta de ella, con apenas un hilo de voz: «Bien»... no hacía falta nada más. Ella le apretó la mano con suavidad y subió a su habitación, él volvió al lado su mujer. Se fueron poco después de medianoche.

20

La hija de Antoine y Marianne vino al mundo una noche de julio. El verano, que ese año se había adelantado, era sofocante y pródigo en ruidosas tormentas y trombas de agua que no refrescaban ni un poco el aire abrasador.

Antoine había iniciado ya la vida a dos bandas que llevaría durante largos años: por un lado, Évelyne; por otro, Marianne y la familia. Évelyne ocupaba el lugar que la noche y los sueños tienen en la vida de un enfermo para el cual las alucinaciones adquieren tanta fuerza que acaban suplantando a la vida real, pero sin perder nunca ese carácter de misterio y extrañeza que es su rasgo distintivo.

En presencia de Évelyne, Antoine era él mismo, con sus pasiones, su debilidad, su crueldad y sus deseos sin freno; en compañía de Marianne y de su hija recién nacida, o en la oficina con Lennart, empezaba ya a dar forma al hombre que deseaba ser y que, más tarde, verían en él sus hijos, que dirían tras su muerte: «Era un hombre tranquilo, frío, prudente, sin demasiada vida interior... muy distinto del joven que había sido...».

En algunos momentos, él era consciente de ello. «Entre los veinticinco y los cuarenta años —se decía— todo hombre modela su propia estatua».

Aquel hombre que se le parecía, pero no era él, se había sentido feliz al nacer su hija, había padecido con el sufrimiento de Marianne y estaba contento de verla recuperarse y constatar la buena salud y el crecimiento de su hijita.

Ya hacía quince días que había nacido. Por las tardes, la

niñera dejaba al bebé en la habitación de Marianne y se retiraba una hora; ellos se quedaban solos. Pero aún no se había ido.

Ese día, el calor había sido especialmente asfixiante. Antoine descorrió las cortinas y abrió las ventanas. Un poco de viento se alzaba por fin sobre el río. Tuvo miedo por la niña. Levantó con cuidado la capota del moisés. La pequeña dormía con la carita enrojecida, apretando los pequeños puños con el talante obstinado, furioso y sufriente que tienen los recién nacidos. Antoine se dio la vuelta, se acercó a la cama y acarició con suavidad la cabeza de su mujer, que sonrió.

—¡Ay, cómo me gustaría que todo esto hubiera acabado, que ya estuviera usted bien!

—Pero si me encuentro perfectamente... —respondió ella, y oyendo el ruido del viento, que había arreciado e hinchaba las cortinas, murmuró—: Otra vez tormenta...

—¿Ha venido mucha gente hoy?

—Ha estado Solange. Creo que su marido acabará secuestrándola: la ha encerrado en la casa que se acaban de hacer en el campo y cada vez que ella quiere venir a París le monta una escena. Y tampoco le gusta que nadie la visite. Pone como excusa su salud, pero lo que ocurre es que es celoso. —Marianne se interrumpió para escuchar los lejanos rugidos de los truenos—. La tormenta... ¡Ay, si mañana hiciera un poco más de fresco!

—Habría que cerrar las ventanas, ¿no cree usted, querida?

—No, si cierra nos ahogaremos. ¿La niña está bien tapada? ¿No le da el aire?

—No, donde está es imposible. Duerme. ¿Qué es? —preguntó cogiendo la labor, que Marianne había dejado caer al suelo.

—Una mantita para la cuna.

Pero Antoine no oyó la respuesta: el ruido del viento lo impresionaba. ¡Qué tormenta se veía venir!

«Esta noche no saldré», se dijo. Évelyne lo esperaba.

Marianne entrecerró los ojos.

«¿Cuándo podré levantarme y salir, Dios mío? Es extraño, pero nunca había sentido tantas ganas de vivir. Deben de ser restos de juventud que aún fermentan».

Estaban callados...

Él pensaba que el tiempo de la pasión todavía no había acabado para ninguno de los dos, que aún no estaban en la edad en la que el corazón se sosiega, que ambos buscarían durante muchos años más ese estado de semilocura del amor, pero que, ciertamente, ya no podían ofrecer al otro ni placeres ni tormentos, eso se había acabado.

Sin embargo, no dijo nada: en cuanto empezaban a hablar de asuntos delicados, profundos, más allá de los simples hechos cotidianos, se apoderaba de ellos una sensación de malestar. Se cuidaban mucho de insistir; dudaban, como en el umbral de una habitación prohibida, y, presos del pudor y del miedo, retrocedían y se refugiaban de común acuerdo en las trivialidades del día a día.

—Su madre ha mandado una canastilla preciosa para la niña...

—¡Ah, es verdad! No me ha contado usted nada sobre su visita de ayer. ¿Le dijo algo desagradable?

—Sólo que la niña se parece a usted y que sería difícil educarla, «si el parecido se extiende al carácter».

Los dos rieron. Una ráfaga de viento ululó a lo largo del Sena.

—¿Ya llueve?

—No, pero no tardará mucho.

La niñera llamó a la puerta.

—Vengo a llevarme a la niña... en esta habitación hace mucho aire.

Antes de llevarse el moisés fuera del dormitorio, se lo acercó

a los padres. La niña se había despertado, pero aún no lloraba: esperaba a que fuera de noche y en la casa reinara la calma. Tenía unos grandes ojos azul oscuro, ya con pestañas.

—Es un animalillo enternecedor —dijo Antoine.

No quería dejar a Marianne. El silencio del piso, la claridad de la lámpara, las manos de su esposa cerca de las suyas; todo lo retenía, lo adormecía como el calor del pecho duerme al niño. Ya no deseaba nada y sentía un gran sosiego en el corazón: vivir sin volver a ver a Évelyne le parecía fácil. Sabía que la niñera no tardaría en echarlo de la habitación, así que se apretó contra Marianne apoyando la mejilla en su hombro desnudo.

El ruido de la lluvia era ensordecedor. Se arrimaron el uno al otro. Pronunciadas a tan corta distancia en medio de aquel fragor salvaje, sus palabras parecían más amables y dulces.

Hablaron de la niñera, de las exigencias de Martin —que había dejado de ser el temible guardián de los paraísos prohibidos para convertirse, sencillamente, en un buen criado al cual, sin embargo, había que saber llevar porque tenía sus caprichos y soportaba mal el yugo de su patrona, quien, por cierto, miraba esa transformación con una mezcla de asombro e ironía—, de un sofá que había que volver a tapizar, de la carita de la niña...

—Tiene la misma forma de ojos que su abuelo materno —aseguró Antoine—. ¿Cómo estaba hoy?

Segré había sufrido un accidente de coche en el mes de mayo y, desde entonces, parecía demacrado, debilitado, aunque nadie quería reconocerlo, como suele ocurrir en las familias que, durante mucho tiempo, por un feliz concurso de circunstancias, no han conocido la enfermedad ni la muerte, y que creen exorcizarlas negándolas.

Marianne, que seguía siendo «muy Segré», respondió:

—No estaba mal, creo yo, aunque tenía un poco de fiebre.

La tormenta se alejaba, los rugidos de los truenos eran más roncos y más suaves. El aguacero se calmaba, se extinguía.

La niñera llamó a la puerta.

—Es hora de prepararse para la noche, señora.

—Esta mujer es odiosa —murmuró Antoine entre dientes y, alzando la voz, respondió—: Desde luego, ya me voy... Buenas noches, señora Leroy; buenas noches, Marianne —dijo, y le besó la mano a su mujer con ternura—. Que duerma usted bien, buenas noches.

—¿Esta noche no saldrá?

—No, creo que no. Tal vez.

21

Volvió a su habitación y se asomó un momento a la ventana que daba al Sena. Fuera, todo estaba oscuro. Unas nubes bajas se deslizaban en el horizonte y breves relámpagos iluminaban sus flancos pesados y rojizos. La niña se había despertado; lloró un rato y por fin se calló. Antoine cogió el reloj, las monedas, el encendedor y las llaves, que había arrojado a la mesa al llegar. Colocó bajo la lámpara la nota que dejaba preparada todas las tardes, por si Marianne lo necesitaba durante la noche:

Me duele la cabeza, querida. No quiero despertarla. Salgo a tomar una copa en la terraza de algún bar. Vuelvo pronto.

Love,
Antoine

Comprobó con cuidado el manojo de llaves y la cadenilla que las sujetaba, apagó la luz y salió sin hacer ruido. La lluvia, que había cesado unos instantes, caía de nuevo con redoblada fuerza: el corto trayecto de la casa al garaje bastó para que se le empapara la ropa y la cara. Antes de alejarse, lanzó una rápida mirada a sus espaldas, a su casa. «Espero que esta noche vaya todo bien, que Marianne duerma bien, que no tenga fiebre... Que la niña...».

¿Sería eso la felicidad: la casa, Marianne, la niña? Quizá, pero lo que sentía sobre todo, salvo en raros momentos de deliciosa paz, era una preocupación constante, el miedo que se apodera de un hombre cuando se ve —él, pobre criatura

humana— en la obligación de proporcionar el pan, la seguridad, la felicidad a otros aún más débiles que él... Pero sí, puede que aquello fuera la felicidad, ¡qué poca cosa! Torció en la calle de los Segré y se detuvo ante la verja del jardín, tocó la señal convenida con el claxon, dio marcha atrás, ocultó el coche en la oscuridad y esperó. Évelyne no aparecía. Paró el motor y bajó del vehículo. La lluvia y el viento que le azotaban con fuerza la cara lo traían sin cuidado. Vaya noche... ¿Dónde pasarían aquellas horas robadas, aquellos breves momentos antes del amanecer? ¡A qué esperaba Évelyne! Deprisa, deprisa... «Ven, apresúrate —le suplicaba en su corazón—. Quiero verte, tocarte. Ven».

Évelyne salió al fin de la casa, corriendo. Se había echado un impermeable blanco sobre el vestido, pero llevaba la cabeza descubierta. Antoine le abrió la puerta del coche, lo rodeó y entró por el otro lado. Entonces, una fuerza ciega pareció lanzarlos al uno hacia el otro. Estaban al pie de las ventanas de los Segré, alguien podía salir en cualquier momento y verlos bajo el precario amparo de la penumbra, abrazados sin hablar, sin besarse siquiera, pero aferrados el uno al otro como si los arrastrara un río furioso.

—¿Vienes? —murmuró él al fin.

Ella pareció dudar.

—Esta noche no... —respondió.

—¿Cómo? ¡Yo quiero que vengas!

¡Ay, ya que la tenía allí, pensar que no podría acariciarla, amarla, era insoportable!

La abrazó con todas sus fuerzas.

—Está bien —dijo ella en voz baja—, vamos.

Se marcharon. Solían pasar la noche en la suite del Château de Madrid en la que, en otros tiempos, Dominique se encontraba con Solange.

Allí estaban tranquilos, pero a cada momento uno de los dos

se soltaba de los brazos del otro para mirar el reloj de Antoine, que descansaba en la mesilla.

—Aún tenemos dos horas... aún tenemos una... aún tenemos...

Casi era de día. «En mi casa no tardarán en despertar», pensaba Antoine. Había que volver. En voz baja y jadeante hacían planes, proyectos.

—¿Mañana?

—Sí, pero sólo un momento, a las seis.

—Te esperaré.

—¿Cuándo podremos cenar juntos?

—¿Cuándo podremos pasar todo un día juntos?

—Y una noche, amor mío, toda una noche...

—Pero no como ésta, temblando, mirando la hora a cada momento... ¡Ay, las cuatro ya! ¡Ya clarea!

—Cómo odio esta época del año; en invierno, la noche es larga... te protege, te oculta... ¿Oyes a la gente que baila ahí afuera? Toda una noche juntos, tranquilos, lejos de París... despertarnos uno al lado del otro...

—Pero es imposible.

—Mira, ve mañana a mi casa... —No se atrevió a decir «a ver a Marianne»—...A cenar. A las seis. Sólo sería un momento, pero te vería y después guardaría tu imagen toda la noche...

—Pero en tu casa esa niñera no nos quita ojo. Se diría que sospecha...

—No, claro que no... ¿qué nos importa? ¡Son las cuatro, Évelyne, tengo que volver!

Hablaban en voz baja; sus caras, sus bocas se tocaban. Las palabras se precipitaban ansiosas, mitad respiración, mitad besos.

—Entonces, ¿irás mañana?

—No lo sé, papá está peor. No sé si podré ir, ya esta noche...

Se había levantado y se estaba vistiendo a toda prisa. No se

necesitaba mucho tiempo para cubrir aquel cuerpo hermoso. No llevaba cinturón. Bajo el vestido, sus pechos iban desnudos. Antoine se acordó de Marianne, tan lenta, tan pesada aquellos últimos meses. Pensando que era un infame, besó en el cuello a Évelyne.

—Deja, amor mío... —murmuró ella.

Antoine advirtió al fin que estaba pálida.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Qué ha pasado? ¿No querías venir por tu padre? ¿Por qué no me lo has dicho?

—Es que quería venir, pero... —respondió ella en voz baja.

—¿Qué le pasa?

—Pues... hace un rato... no —dijo ella estremeciéndose y mirando el reloj—. Ayer tarde tuvo un ataque de tos y... escupió un poco de sangre.

—¿Fue a verlo el médico?

De pronto, ella ocultó el rostro entre las manos.

—Iba a ir esta noche y yo no esperé.

—Pero, Évelyne, ¿y si te llaman durante la noche?

—Pues simplemente no me encontrarán —respondió ella con dureza.

—Yo también... —dijo Antoine tras un breve silencio—, yo también lo he dejado todo por ti...

—Es mejor no decirle nada a Marianne —sugirió Évelyne bajando aún más la voz—. ¿Para qué preocuparla? Lo quiere mucho.

—Tú también lo quieres, mi amor.

—¡No, yo ya no quiero a nadie en el mundo! —respondió Évelyne con una vehemencia salvaje, y se abrazó a él—. ¡Sólo a ti! ¿Crees que es grave?

—No lo sé, ¿y tú?

—Yo creo que está en las últimas.

En ese momento, Antoine notó que lloraba. Le hizo apoyar la cabeza en su hombro y la meció. Sin embargo, no sentía pena

por ella: su pena, su ternura, eran para la otra, sólo las conocía la otra, Marianne, su mujer. Deseaba demasiado a Évelyne para no disfrutar con un sufrimiento que la sometía aún más a él, que le impedía pensar en otros hombres. Le habría gustado hacerle daño.

«Como antaño a Marianne —pensó—. Antaño, ahora no: es mi mujer y, cuando la hago sufrir, es a mí a quien golpeo. Ella es mía, en cambio ésta...». ¡No, Évelyne no era suya, por desgracia! ¡Seguía siendo tan libre, tan independiente de él!

Apretó los labios contra los de ella.

—Júrame que mañana irás a cenar a mi casa aunque tu padre empeore, aunque se muera... Júrame que irás.

22

Desde la muerte de su marido, la señora Carmontel ya no recibía a sus hijos los domingos para cenar con ellos. A las seis, la doncella la llevaba a la cama, le servía una cena ligera y se quedaba con ella hasta que se dormía. Llevaba diecisiete años a su servicio. Era una solterona trabajadora, tacaña y taciturna; cosía de maravilla; estaba al tanto de todas las enfermedades de su señora y era capaz de encontrar a la primera, en los fajos de recetas de hacía cinco o diez años, la que el capricho de la anciana deseaba desempolvar; conocía a sus hijos desde que eran adolescentes; había cuidado y velado a Albert Carmontel y se había convertido, para su viuda, en la única persona del mundo que le hacía la vida soportable, la única con la que disfrutaba de momentos de paz. «Bajo la influencia de Joséphine —decían sus hijos—, mamá se ha vuelto avara: no se cansa de acumular acciones».

La señora Carmontel se sumía en profundos cálculos: «¿A cuánto cotizaba la Royal Dutch? Ya no me acuerdo. Los chicos se burlan de mí, pero es en ellos en quien pienso, mientras que ellos...».

—¿Cuándo fue la última vez que vino Antoine, Joséphine?

—¡Uy, pronto hará tres meses, señora!

—En vida de mi pobre marido lo veíamos más a menudo...

—Puede que no viniera simplemente por afecto, señora...

Berthe Carmontel soltó un suspiro que expresaba su total acuerdo con las palabras de su doncella («¡Qué me vas a contar!», parecía decir), aunque refrenado por su posición de señora —frente a una sirvienta a la que sólo puede mostrar sus

pensamientos más íntimos dentro de ciertos límites— y el sentimiento cristiano del perdón de las ofensas. Apretó los ajados labios, como si dijera: «De todas formas, soy una madre, y una madre pone la otra mejilla...».

Estaba en la cama, cómodamente recostada en dos grandes almohadones. Llevaba una bata de seda acolchada de un azul descolorido y el pelo bien peinado y recogido en una especie de concha sobre la frente.

Tejía una mantita para la hija de Antoine al tiempo que, en una silla cerca de la cama, Joséphine, vestida de negro y con el estrecho busto cubierto por el peto blanco del delantal, le hacía deshilados a un camisón de su señora.

En Saint-Elme, Berthe Carmontel nunca había podido dormir una noche entera sin pesadillas, sin gritos, sin ahogos, pero allí estaba tranquila. Se sentía mejor que nunca en los diecisiete años que Joséphine llevaba a su lado.

—Suele pasarles a personas nerviosas como la señora —decía Joséphine en la recocina—: una desgracia que las sacude con fuerza las purifica por dentro y acaba por hacerles bien.

Hablando de Joséphine, la señora Carmontel afirmaba:

—Me tiene auténtica devoción: haría lo que fuera por mí.

Como el niño que, para ser feliz, necesita sentirse amado en exclusiva por su madre o su nodriza, todo adulto se resigna sin dificultad a la indiferencia y a la frialdad de los demás a condición de reinar en solitario al menos en uno o dos corazones. Cuando llega a viejo, pese a las consoladoras ficciones del amor filial y conyugal, sabe a ciencia cierta, y cada día con más claridad, que su dominio sobre esos corazones se debilita, que ya no lo quieren, que lo compadecen, que lo respetan y lo soportan, pero su presencia, su existencia, ya no es necesaria para nadie.

Para Berthe Carmontel, desde que sus hijos se habían casado, en el mundo sólo había dos personas de cuyo afecto estaba

segura: el pequeño Bruno, el hijo mayor de Pascal, y Joséphine. (De su marido, nunca había estado segura, y ése había sido su mayor problema). Cuando, en ciertas ocasiones, le daba por pensar que, desde que iba al instituto, Bruno se aburría a su lado, o que Joséphine sentía apego no tanto por ella como por la casa, por los grandes aparadores de la recocina, por la blanca lencería, por la rutina de diecisiete años, sentía crecer en su corazón una fúnebre y aplastante conciencia de la banalidad de todas las cosas que se traducía, en su interior, en un deseo de morir de una buena vez, y exteriormente en una actitud llena de manías, de exigencias y de quejas. En esos momentos nada la satisfacía, se sentía más enferma, incluso creía que la Royal Dutch podía hundirse en cualquier momento: el mundo se tambaleaba.

—Pásame la cinta azul —le pidió a Joséphine mostrándole la mantita terminada—. Creo que voy a ponerle un ribete...

—¿No le parece a la señora que ya ha trabajado bastante?

La anciana no respondió de inmediato, pero dejó caer la labor sobre la cama.

—¿Te acuerdas, Joséphine, del juego de cuna, la manta, la funda de almohada y el abriguito que bordé para Bruno? Todo en satén acolchado y piqué... ¡cuánto trabajo!

—Y no se puede decir que se lo agradecieran mucho, señora —respondió Joséphine.

Berthe sabía que aquel «se» designaba a Raymonde, su nuera, a la que ninguna de las dos soportaba.

Guardaron silencio, conscientes de que iban a hablar de temas delicados, que eran los habituales en esas conversaciones vespertinas, pero que siempre abordaban con la mayor prudencia.

Joséphine bajó la cabeza.

—El señorito Gilbert no tiene buena cara... —empezó a decir.

—Lo que tiene el señorito Gilbert es la preocupación que le

causa su mujer.

—Ella, sin embargo, está mejor de salud, ¡mucho mejor! Pero el señorito Gilbert tiene tan buen corazón... Recuerdo —continuó Joséphine— cuando se casó mi sobrino, el hijo de mi hermana, al que la señora conoce...

Pero en ese punto la señora Carmontel le quitó la palabra, en primer lugar, porque su familia no le interesaba; después, porque la misma idea de que Joséphine pudiera tener una familia y dedicarle un pensamiento le resultaba chocante; y, por último, porque quería hablar de Gilbert.

—Gilbert es tan sensible, tan nervioso... nadie lo comprende. Desgraciadamente, creo que la única que lo conoce de verdad soy yo.

—Desde luego, el señorito Antoine no se le parece en nada...

La señora Carmontel, que sospechaba que Joséphine estaba al corriente de algún hecho que ella ignoraba, le lanzó una mirada inquisitiva, pero aquélla guardó silencio. Confidencia por confidencia: no hablaría hasta que supiera todo lo concerniente a Gilbert y su mujer.

—Lo que necesitaría la esposa del señorito Gilbert es un bebé... no hay nada como los hijos para unir a un matrimonio.

—Mejor que no sean muchos...

—Desde luego, pero uno o dos...

—Es lo que le dije a Gilbert el otro día, cuando vino a quejarse de que su mujer parecía aburrirse. ¡De todas formas, a quién se le ocurre aislarse todo el año en el campo! En fin, le dije: «Hijo mío, lo que tu mujer necesita es una criatura». —Al recordar la mirada de Gilbert, se interrumpió un momento—. Parece que el médico se lo ha prohibido —añadió.

—¿Prohibido? Creía que la esposa del señorito ya estaba completamente recuperada...

—Sí, pero parece que es demasiado endeble para parir —respondió Berthe Carmontel plegando lentamente la mantita

blanca.

«Es mejor que no tenga hijos, mamá —le había dicho Gilbert —. Todos los médicos están de acuerdo en que correría un gran riesgo».

«Pero sería la única manera de que Gilbert se tranquilizara — pensó la señora Carmontel—. Saberla calmada, fea, enferma, a su merced. ¿Qué más dijo? "¡Éramos tan felices en Suiza!" Pues claro, sin otros hombres alrededor, sin celos, sin esas vanas esperas cuando ella pasa una noche en París, sin temer ese viaje a Londres que quiere hacer en Navidades» (Dominique estaba en Londres). «Pero no puedo poner su vida en peligro, mamá», había dicho él.

—Sí, puede que sea demasiado debilucha, pero como le dije a Gilbert: «Las mujeres son más fuertes de lo que se cree. Muchas veces se dice de fulana o mengana: "¡Ésta nunca podrá tener hijos! Siempre está enferma", y luego tiene unas criaturas hermosas y se encuentra la mar de bien... Y, en cambio, más de una chica joven y sana se muere». De hecho, yo, en su lugar, si quisiera a mi marido, creo que preferiría enfrentarme al peligro y ser como las demás, correr la suerte de todas. En cualquier caso, lo indudable es que una mujer joven como ella necesita ser madre para darle un objetivo a su vida; sin eso, ¿qué hay? Se aburrirá cada vez más, Gilbert se sentirá infeliz y todo acabará en un divorcio o, lo que es peor, en años de malentendidos, de peleas, mientras que el riesgo y lo que opinan los médicos...

—¡Desde luego! Si hubiera que creerse todo lo que dicen...

La señora Carmontel había vuelto a coger la labor mecánicamente y las dos trabajaban a una velocidad prodigiosa: la agradable excitación que sentían se traducía en una actividad intensificada, en una mayor agudeza de la vista, del oído, del tacto, en el olvido del cansancio y el sueño.

Hacía mucho tiempo que las dos habían dejado de ser

mujeres, pero ahora viejos recuerdos, lejanas emociones decantadas, suavizadas, purgadas de su veneno, se avivaban en ellas. Durante unos instantes, el peso mismo de los años se aligeró. Suspiraban, hablaban en voz más baja:

—Digan lo que digan, en mis tiempos las mujeres éramos más valientes. Yo casi me muero cuando tuve a Antoine... ¡Ay, si él supiera, si los hijos supieran las penas, los sufrimientos que nos causan, serían menos ingratos! —murmuró la anciana recordando ese cruel pasado: las operaciones, el dolor, el miedo, las noches en blanco, la enfermedad que al principio esconde su verdadera cara, que sólo aparece a medias, conciliadora, dócil, que parece que acabará obedeciendo las órdenes del médico y desaparecerá, pero que poco a poco se instala, lo ocupa todo, se apodera de una parte cada vez mayor de la vida, se convierte en la vida misma—. Lo que habré sufrido, lo que habré soportado, Dios mío, lo que sigo soportando cada día...

Pensó en las noches en vela durante las que esperaba a Albert, que se había desentendido de ella, que se había cansado de vivir con una enferma, que buscaba otras mujeres... «¿Por qué va a ser otra más feliz de lo que he sido yo?», pensó. ¿Por qué iba a tener Solange pasiones maravillosas, el amor de su marido, sus celos, sus cuidados, y dejar a las demás los males y la amarga soledad?

—Yo también era joven... a mí también me hubiera gustado vivir sin preocupaciones; bailar, que me cortejaran —murmuró clavando la aguja en la lana como si la hundiera en el corazón de Solange—. Yo también... ¡Qué cómodo eludir todas las obligaciones, todos los deberes! Ya se lo dije a Gilbert: «Hijo mío, tú haz lo que quieras, yo no soy más que una vieja, pero yo que tú no le diría nada a tu mujer sobre la opinión de los médicos». Se lo han ocultado para no impresionarla. «Me pondría en manos de Dios —le dije— y tendría hijos». ¡Un

nieto de Gilbert! —añadió de pronto, y una ola de ternura inundó su corazón y suavizó sus facciones y su boca rígida—. ¡Qué guapo era de pequeño! Y tan bueno... Los otros dos eran unos berreones, pero Pascal chillaba de puro sano, mientras que Antoine lo hacía más bien por maldad: se pasaba las noches llorando como un becerro. No había nodriza que lo soportara: los dos primeros meses... Siempre ha tenido un carácter difícil...

—Hablando del señorito Antoine... —dijo Joséphine con fingida indiferencia—. ¿Sabe la señora a quién vi el otro día? A Martin.

—¡Ah! ¿De veras? —dijo la señora Carmontel muerta de curiosidad—. ¿Y qué te contó?

—Bueno, hablamos de esto y de aquello... Parece que el señorito Antoine se lleva muy bien con su familia política, sobre todo con una de las hermanas de su mujer, la más joven, con la que se lo ve muy a menudo...

«¡Vaya! Así que era eso...», se dijo la señora Carmontel.

Ya sabía lo que quería saber. Ya tenía su ración de pensamientos, de preocupaciones, de emociones. De pronto temió cansarse en exceso. Se obligó a trabajar sin hablar ni pensar durante unos instantes y el movimiento de las manos acabó calmándola.

Joséphine también callaba. Las dos se sentían más felices, más ligeras y relajadas, preparadas para la noche y los sueños.

Cuando la señora Carmontel se dirigió de nuevo a su doncella, lo hizo en un tono distante que indicaba el final de las confidencias y el retorno a las conveniencias y las tradiciones.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de recogerlo todo...

—Sí, señora.

—Ayer, la tila no estaba lo bastante caliente, y le faltaba

azúcar.

—Bien, señora.

—Mañana, empezaré con los nuevos polvos del doctor Budin.

—¿Quiere ya la poción la señora?

Uno tras otro, cumplieron los ritos de la noche.

23

La enfermedad de Segré retuvo a su familia en París todo el verano. Antoine alquiló una casita en el bosque de Compiègne para Marianne y la niña; así, él tendría libertad.

Su trabajo se volvía más absorbente cada día; su socio, Jean Lennart, frívolo y vano como una mujer, era incapaz de un esfuerzo continuado, de manera que todo el peso de aquel complicado negocio recaía en Antoine, a quien la agobiante calorina del verano y el cansancio mantenían en un estado de sobrexcitación nerviosa que sólo Évelyne conseguía aliviar.

Las noches en que dormían juntos en el piso vacío, las pocas horas que podían pasar lejos de París, sus citas en la calle, cada vez más escasas y breves, o en casa de los Segré, a toda prisa, les procuraban una felicidad casi aterradora.

Los dos tenían la suerte de que, cuando estaban juntos y a solas, podían alejar de sí mismos hasta la sombra de un remordimiento: no sentían ni vergüenza ni escrúpulos. Juntos, recuperaban el ardor de la adolescencia, a la que sólo satisfacen los sentimientos excesivos y en la que el deseo físico es tan vehemente, tan poderoso, que ahoga las débiles protestas del alma.

En el piso desierto, aligerado de alfombras y colgaduras, donde sus pasos hacían crujir las tablillas del parqué, donde todo hablaba de Marianne, en ningún momento se acordaban de ella. Évelyne, en especial, sabía vivir el instante, cerrar los ojos y dejarse llevar como por las olas del mar.

A principios de otoño, tres días antes de que regresara Marianne, aún eran capaces de no pensar en su regreso, de

olvidarse de él, de borrarlo por completo de su mente, pero esos días pasaron. Sólo quedaban una tarde y una noche.

Ese día, Antoine había citado a su amante en la placita en la que antaño lo esperaba Marianne. Desde hacía una semana, el tiempo había cambiado: el calor implacable se había suavizado y transformado en lluvia. A las seis, la hora acordada, empezó a alzarse del suelo una niebla, tenue al principio, que se adensaba por momentos. Al instante, todo adquirió tintes otoñales, las hojas mojadas se desprendían de los árboles y llenaban el aire de un olor amargo y delicioso a agua, a tierra, a bruma.

No tardó en oscurecer y los viandantes en hacerse cada vez más esporádicos en aquel barrio tranquilo. Antoine oía cada paso que se dirigía hacia la verja, pero ninguno era el que conocía tan bien, el que habría reconocido entre mil incluso en el lecho de muerte...

Iba de un lado a otro pasando ante el banco en el que a veces, dos años antes, esperaba a Marianne... («¿Sólo dos años?», pensaba) o donde, más a menudo, Marianne lo esperaba a él... El jardincillo estaba vacío, los niños se habían ido, no había nadie en los bancos, no se oía una voz, un trino de pájaro... era el triste otoño, llegado de improviso.

Maquinalmente, golpeó el suelo con el pie. En aquella parte del jardín se encontraba la zona de arena reservada a los niños, que la lluvia de los últimos días había cubierto de agua y convertido en un lodo amarillento parecido al pegajoso barro de los cementerios y las trincheras. ¡Ay, aquellos tiempos, la guerra... qué lejos estaban ya! «Entonces era más listo, más viejo —se dijo—. Lo único que buscaba en el amor era el placer, en cambio ahora...».

Pensaba asustado en la fuerza de la atracción que sentía por Évelyne. «Pero un día me dejará. Para ella, esta aventura sólo puede ser algo pasajero que, dentro de diez años, la

avergonzará, que ya no comprenderá, como Marianne ya no comprende a la joven que fue.

»Sí, dentro de diez años, Évelyne, casada, mayor, calmada, pensará: "Estaba loca." Quizá me eche de menos porque la juventud se echa de menos sin importar lo alocada o reprobable que haya sido, pero Évelyne, feliz, tranquila, será entonces otra mujer que ni siquiera puedo imaginar. A Marianne, en cambio, la conozco en el presente y el futuro, sé más o menos cómo será a los cuarenta, a los cincuenta años, en su relación conmigo, con su hija... y puedo imaginar su cuerpo de aquí a diez, veinte años (encanecerá pronto, ya tiene algunos cabellos blancos... estará demasiado delgada, tendrá el cuello demasiado largo, ajado antes de tiempo, pero sus ojos seguirán siendo hermosos), igual que me resulta fácil anticipar sus actos y casi sus pensamientos. Pronto dejará de estar enamorada de mí, pero nunca me abandonará. Naturalmente, cambiará, pero ese cambio no puede producirse más que en una dirección previsible, mientras que una joven como Évelyne es un ser múltiple, inestable, dividido, que encierra en su interior todas las posibilidades, que puede convertirse en la peor golfa o en la esposa más casta, en una enferma como Solange o en una mujer medio loca como mi madre... El hecho de que sea mi amante no cambia nada, sólo el matrimonio fijará en ella rasgos que luego permanecerán inmutables».

De pronto se imaginó una cena en casa de los Segré después de diez años.

«Diez años pasan enseguida... Lo de aquella playa del norte, aquellas chicas tumbadas conmigo en las dunas, fue hace diez años, en 1912, ¡ayer! Del mismo modo, dentro de diez años veré a Évelyne cambiada, tranquila, feliz, indiferente... ¡Dios! Sin duda se avergonzará de mí. —Pensó de nuevo en Marianne —: ¿Se avergüenza ella? No, lo ha olvidado todo: sólo le preocupa que ya no tiene tanta leche, que la niña no aumenta

lo suficiente de peso, que no le han traído la bandeja para postres que encargó... Marianne, que me esperaba aquí mismo, como yo espero ahora... en vano; Marianne, dócil, apasionada, enamorada, tan completamente mía, tan a mi merced que a una palabra mía habría dejado su casa, a su familia, y se habría ido conmigo a donde me hubiera apetecido; Marianne, que ahora me llama "mi pobre niño", que está segura de mí, tan segura, pese a todas las apariencias, y con razón... Del mismo modo, en un futuro, Évelyne pasará por este mismo lugar del brazo de su marido y pensará: "¿Cómo pude actuar así?" Y yo debería alegrarme —se dijo—, porque, de lo contrario, ¿qué sería de nosotros?».

De vez en cuando se detenía y miraba la hora a la luz de su encendedor o de un farol de gas que horadaba la niebla. Las siete, las ocho... Pero no se iría. La esperaría. Era la última tarde.

Esa noche, Évelyne no se presentó: en el momento en que Antoine abandonaba el jardín en el que esta vez le había tocado a él esperar en vano, Segré, con un suspiro de dolor, con un supremo esfuerzo para ver, oír, recordar, Segré, agotado, moría...

24

Para Antoine y Marianne, el invierno de 1923-1924 pasó con una rapidez escalofriante. Tuvieron un hijo que habían deseado ansiosamente. Era un niño débil, lloraba sin parar y exigía cuidados constantes. La vida de Antoine parecía hecha de instantes arrancados con esfuerzo, con dolor, a Marianne o al trabajo y entregados a su amante, instantes tan breves que cualquier alegría desaparecía de ellos por adelantado.

Hacía ya algunos años que los Segré estaban prácticamente arruinados, pero seguían viviendo como siempre. A la muerte de Didier Segré, las deudas acorralaron a su viuda. Régine se había ido a Londres, donde había abierto una tienda de antigüedades con una amiga; Odile estaba casada; Évelyne compartía la vida de su madre, que gastaba alocadamente lo poco que les quedaba. Marise Segré contaba con que Évelyne encontraría un buen partido, pero, mientras tanto, era Antoine quien mantenía a madre e hija. La empresa de éste marchaba bien (corrían buenos tiempos y la Bolsa lo ayudaba), pero, pese a todo, cada final de mes era un problema al que había que añadir la amargura y la incomodidad que esas cuestiones de dinero introducían en las relaciones, ya de por sí extrañas y penosas, de Antoine y su amante. Él era demasiado celoso para permitirle trabajar o casarse y por tanto se obligaba a sí mismo a trabajar hasta el límite de sus fuerzas arrastrando a su socio Lennart como un peso muerto. Había llegado a tal grado de cansancio que, a veces, sus únicos momentos de respiro eran ciertas noches que pasaba con Marianne, ambos en silencio, él angustiado por las múltiples dificultades de la vida y ella por el

niño. Se acostaban casi nada más cenar y, tumbados uno al lado del otro en el calor de la gran cama, hablaban en voz baja de los asuntos más banales, esforzándose en retrasar el momento en que se quedarían dormidos, en que Antoine se reencontraría con Évelyne en sueños y Marianne, en mitad de la noche, oiría, procedente del pasillo, el destemplado llanto de su hijo, que no dormía, que rechazaba cualquier alimento, que tan sólo se calmaba unas cuantas horas de la mañana en sus brazos.

Cuando estaban juntos, sus preocupaciones dejaban de tener rasgos definidos, sólo les quedaba un difuso sentimiento de fatiga, como si hubieran estado arrastrando un pesado fardo que, de pronto, se hubiera aligerado misteriosamente dejándolos descansar, respirar. Se quedaban callados, fingían tener mucho sueño. El piso estaba en silencio, la habitación, en penumbra. Marianne apagaba la lamparita de su mesilla de noche, Antoine dejaba la suya encendida para iluminar un libro abierto que apenas leía. El frío de la noche penetraba por la ventana entreabierta, pero en la cama se estaba bien, y el calor del lecho compartido, el silencio, la precaria paz, los adormecían uniéndolos, al mismo tiempo, como nunca habían estado unidos en el tumulto del día, ni siquiera en el amor. Cada uno intuía en el otro pensamientos ocultos que podían amenazar su propio bienestar, su descanso, pero no intentaba conocerlos; al contrario, hacía todo lo que podía para ignorarlos, les oponía una confianza voluntariosa, un deseo de felicidad tal que esas turbias imágenes se detenían al pie del lecho conyugal, en las sombras, esperando pacientemente a que llegara el sueño, que, más sincero que ellos, liberaría lo que los dos ocultaban con tanto cuidado, con tanta habilidad, en el fondo de sus corazones.

Rara vez tenían invitados, y salían aún más raramente. En esa época, la vida era fácil, loca, pero ellos ya estaban

cansados, hastiados. Évelyne, entretanto, seguía haciendo la vida de antaño: era la fachada perfecta para su relación con Antoine. Y a él, conocer de primera mano ese mundo y esa vida le ocasionaba unos celos constantes y un interminable tormento. Estaba obsesionado con pasar unas semanas solo con ella, pero el tiempo transcurría y su deseo parecía cada vez más irrealizable. Tenía la sensación de que, con la edad, sus deberes y responsabilidades no hacían sino aumentar, que lo agobiaban hasta el punto de hacer que él, el verdadero Antoine, con sus deseos y sus pasiones, se sintiera aplastado por otro Antoine creado por las exigencias y expectativas de la gente con la que hacía negocios, de sus allegados y familiares, de su mujer y sus dos hijos, que, siendo tan pequeños aún, reinaban sobre su vida y la de Marianne con sus enfermedades, sus gritos, sus caprichos y los interminables gastos que ocasionaban.

Por fin, en abril de 1924, tuvo la oportunidad de viajar a Estados Unidos por negocios. Évelyne embarcó por su cuenta con el pretexto de un crucero con amigos y los dos se encontraron en Inglaterra, desde donde partieron hacia Nueva York. Hasta entonces, exceptuando las primeras semanas de su relación, no habían sido felices: el amor que ha sobrepasado ciertos límites del egoísmo y las conveniencias personales está rodeado de una atmósfera irrespirable. Al principio, el corazón, exaltado por ella, parece latir con más ligereza, como en la cima de las altas montañas, cuando el aire se enrarece y uno siente lástima de quienes viven en los valles, pero poco a poco se empiezan a experimentar angustia y vértigo. Lo que se experimenta entonces ya no es el amor, que puede hacer feliz a quien lo siente, sino la pasión, cuyo mismo nombre significa sufrimiento.

En Estados Unidos, la libertad absoluta de la que disfrutaban ambos, y la ausencia de otros hombres alrededor de Évelyne —porque vivían celosamente solos—, suavizó por primera vez lo

que Antoine, en el secreto de su corazón, llamaba «mi infierno».

Al fin podían dormir juntos, vivir juntos, dejar de esconderse, de tener prisa. La carrera agotadora y vana en que se había convertido su vida en Francia se ralentizaba y les dejaba tiempo para la reflexión, la ternura, el conocimiento mutuo. Una noche, mientras regresaban en coche de un concierto, maravillándose de compartir los mismos gustos, Évelyne dijo riendo:

—Hasta ahora no habíamos tenido tiempo para hablar, sólo para hacer el amor. —Le cogió la mano y se la apretó suavemente—. En realidad, era lo único que nos faltaba para ser felices...

Los últimos días que pasaron en Estados Unidos fueron especialmente alegres. Évelyne parecía tranquila y contenta; sin embargo, una noche, mientras la tenía en sus brazos, Antoine, que la creía dormida, se dio cuenta de que estaba llorando. No abrió la boca: ¿qué podía decir? Sabía perfectamente lo que le pasaba... Por fin, ella, con lágrimas en los ojos, murmuró:

—No imaginaba que se pudiera ser tan feliz... Hasta ahora, nunca habíamos tenido esto: esta libertad, esta paz... ¡Ay, dichosa Marianne, dichosa Marianne!

—No digas eso.

Ella lo atrajo hacia sí y, con la boca casi pegada a la suya, en un susurro que apenas formaba las palabras, le preguntó:

—¿La dejarías?

—No lo sé —dijo él con voz cansada—. Sólo si eso es lo que quieres, entonces lo haría enseguida.

Évelyne permaneció callada unos instantes y luego negó con la cabeza.

—No, no la dejarías.

—Pero hasta ahora tú y yo hemos sido felices, amor mío...

—¿Felices? Pero si es un infierno... —dijo ella en voz baja—.

Esas noches, esos días enteros, pendientes de un solo instante, de una cita de una hora... ¿Y el resto del tiempo? Nada: esperar. Sí, sé lo que vas a decir: que tú también. Cierto, pero ¿acaso crees que eso es un consuelo? ¡Pues es mil veces peor! Tú eres un hombre, puedes encontrar placer en hacerme sufrir, pero yo... ¡yo quiero tu bien! —dijo esforzándose en sonreír—. Y verte siempre triste, muerto de cansancio, lleno de preocupaciones, devorado por los celos cuando ves cerca de mí la sombra de otro varón, me desespera. Me reprochas mis amistades y lo que llamas mis «placeres», ¡pero es que necesito respirar libremente, reír, vivir, olvidarme de ti! ¡Tú bien que te olvidas de mí! ¡Lo quieras o no, con tu mujer, con tus hijos, mientras trabajas, te liberas de mí! ¿Sabes? —siguió diciendo con voz más suave—. Creo que ésa es la fuerza del matrimonio, en el que el amor no posee, ya no posee, tanto peso: que se deja de pensar en el otro, que ya no se tiene conciencia del otro. Nosotros la tenemos de forma dolorosa, como se tiene conciencia de una herida, y a mí me hace daño —murmuró llorando.

Antoine no encontraba la fuerza para calmarla, para consolarla, ni siquiera para apaciguarla con caricias. Se le partía el corazón. «No deberíamos haber hecho este viaje, no deberíamos haber conocido esta felicidad que no es para nosotros».

—No podemos cambiar nada —dijo al fin con abatimiento.

Unos días después llegaban a Francia. Antes de separarse, pasaron un día más, con su noche, en El Havre. Évelyne se durmió al amanecer, pero Antoine no podía conciliar el sueño. Era a comienzos de junio y hacía un calor sofocante. Se levantó, llenó la bañera de agua fría, se dio un corto baño y volvió junto a Évelyne. El sol naciente penetraba por los postigos entornados y la ventana, abierta de par en par. Temía que la luz despertara a Évelyne, así que corrió las cortinas

oscuras y las superpuso de tal manera que no se abrieran y luego se puso a mirarla con ternura. ¡Cuánto la amaba! Pero con un amor celoso, triste y funesto que hacía mucho tiempo que había dejado de proporcionarle ni una pizca de felicidad...

«¡Quiero ser viejo! —pensó con rabia—. ¡Quiero librarme del amor! ¡Eso es lo único que deseo en este mundo!».

Pero a veces abrigaba otro deseo: había momentos en que deseaba la muerte de su amante.

Se movió para alejarse de la cama y ella se despertó.

—¿Ya es hora de irnos? —preguntó.

—No, no... apenas es de día. Duerme.

Ella soltó un largo suspiro.

—Entonces, aquí es donde acaba el viaje...

Antoine se había alejado de la cama. De pronto ocultó la cara en la cortina de la ventana y se echó a llorar como un niño. Évelyne nunca lo había visto llorar.

—Qué cansada estoy... —se quejó en voz baja—. Sólo tengo veinticuatro años y estoy tan cansada como una vieja. ¡Ay, si fuéramos sensatos! —Antoine le tapó la boca con la mano para hacerla callar—. Deja, no me toques —dijo ella—. Si me besas, el mundo entero dejará de existir otra vez.

—¡Pero eso es nuestra salvación!

—¡No! Y lo sabes de sobra: no es más que un instante. El beso tendrá que acabar y nosotros tendremos que separarnos y empezar otra vez a pasarnos los días esperando una cita de una hora, y volver a separarnos, y volver a esperar hasta el momento en que, inevitablemente, Marianne lo adivine todo.

—A veces lo deseo.

—Jamás la dejarás, jamás: es tu esposa, estás en su poder... tú no sabes hasta qué punto, pero yo sí: en la misma medida en que no estás en el mío... ¿Te acuerdas de aquel chico que quería casarse conmigo en otros tiempos... antes...? Déjame hablar. Me ha escrito, he vuelto a verlo. No lo amo, pero es lo

que tengo a mano. Vive en el extranjero, así que, por fuerza, estaremos separados.

—¡No, jamás!

Évelyne lo miró en silencio y una débil sonrisa asomó en sus labios. Le cogió la mano y se la apretó.

—Mírame. ¿Te atreverías a ser sincero?

—Contigo, siempre lo he sido. Equivocadamente, quizá. No me das lástima, hay momentos en los que me parece que eres más fuerte, más decidida que yo. En mí hay una debilidad que odio y que nunca le he mostrado a nadie, ni siquiera a Marianne; sólo a ti, pero contigo no tengo vergüenza: incluso he podido llorar delante de ti sin pudor. Sí, seré sincero.

—Yo creo que, si me fuera, lo que te haría sufrir no sería mi ausencia, sino la idea de que estoy con otro; a veces, los celos casi ahogan el amor dentro de ti, y hace mucho tiempo que ahogaron la ternura. No intentes negarlo, lo sé. Mírame y dime: «Te prohíbo que me dejes por otro».

—Te prohíbo que me dejes por otro.

Se soltaron las manos lentamente.

—Bien —dijo Évelyne.

Suspiró y volvió la cabeza. Luego, con la cara hundida en la almohada, parecía tan tranquila que Antoine la creyó dormida. Se levantó y empezó a guardar sus cosas en el neceser que había dejado al pie de la cama.

25

Évelyne se levantó a las diez y empezó a arreglarse. Parecía tranquila; por el contrario, Antoine se sentía avergonzado de su exaltación y su debilidad de esa noche. En todo caso, los dos hablaban fingiendo la mayor serenidad, pero de pronto Évelyne, que se estaba peinando sentada en una silla baja ante el espejo, se dejó caer los cabellos sobre los hombros y, tras una vacilación, dijo:

—No me apetece volver contigo a París; al fin y al cabo, se supone que aún estoy en Inglaterra. Nuestra idea original era una estupidez. —Habían decidido separarse en la última estación antes de París para que Antoine llegara solo; ella se quedaría en un hotel cercano al que Antoine iría a buscarla más tarde—. Estos primeros días vas a estar muy ocupado... apenas podré verte. Además, te vendrá bien pasar unos días sin mí. Mírate, tienes una cara que da miedo. A veces me asombra que Marianne no lea la verdad en ella.

—Cuando estás casado ya no ves a tu pareja —murmuró Antoine.

Évelyne suspiró.

—¿De veras? Qué descanso...

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Sencillamente quedarme cinco o seis días con una amiga que tiene una casita en la costa de Grâce.

Antoine pasó un buen rato intentando averiguar quién era esa amiga: Évelyne no quería decírselo, simplemente lo miraba sonriendo. Al fin, se echó a reír (y, más adelante, esa risa de niña en aquellos labios de mujer resonaría en los sueños más

lúgubres de Antoine).

—¡Te comportas igual que un crío, mi pobre Antoine! ¿No conociste a nuestra institutriz inglesa, la anciana miss Tone? Vive cerca de El Havre y en verano alquila habitaciones. Iré allí. Me pasaré el día bebiendo té negro, pasearé y dormiré. Es todo lo que necesito. Ella me conoce y me dejará en paz. Me sentará bien: estoy reventada. ¡Y ahora vete, vete! —dijo cogiéndole las manos y mirándolo con ternura—. ¡Vete!

Se separaron. Antoine temía el reencuentro con Marianne y, efectivamente, los primeros instantes fueron incómodos. Se besaron en el andén de la estación, luego subieron al coche y, sentados a cierta distancia uno del otro, se obligaron a hablar y reír, pero sin sentir verdadera alegría por estar juntos, simplemente poniendo todo su empeño en comportarse como esposos modelo y diciendo con afecto: «Cuánto lo he echado de menos» y «Estoy contenta de tenerlo de nuevo a mi lado», o «Por fin ha acabado este maldito viaje», como buenos actores que ensayan un papel que aún no viven, pero se esfuerzan tanto que cada réplica suena más creíble porque la buena voluntad acaba por crear la emoción.

Se separaron al cabo de una hora porque Antoine tenía que ir al despacho, pero volvió temprano por la tarde para pasar un rato con los niños antes de que los acostaran. Gisèle, la mayor, empezaba a andar. Al pequeño François le estaban saliendo los dientes; era un niño pálido aunque vigoroso, que no paraba de moverse y agitarse en la cuna mientras lloraba a gritos. Antoine quiso cogerlo en brazos, pero el chiquitín lo rechazó golpeándolo varias veces con toda la fuerza de sus puñitos y echándose hacia atrás con tal violencia que Marianne se asustó.

—Déjelo. Se le va a caer. Tenga cuidado. —Se lo quitó, lo arrulló un instante y luego se lo dio a la niñera—. Lléveselo. Llévese a los dos. —Cuando se quedaron solos, le comentó a Antoine—: Es muy nervioso, pero está cada vez más fuerte;

come bien.

Antoine estaba serio y callado. Cerró la puerta y dijo:

—Nunca me ha hablado de la institutriz inglesa que las educó a sus hermanas y a usted: miss Tone.

—Claro que sí —respondió Marianne—. Vive en El Havre, ¿por qué?

—Por nada —dijo Antoine con una sensación de paz y una alegría indescriptibles. Se inventó que la tal miss Tone enseñaba a los hijos de uno de sus correspondientes en El Havre. Hablaba con más ligereza, con más animación. Miró a su alrededor sonriendo—. Qué tranquilidad hay aquí...

—¿Tiene hambre?

—Pues sí, me encantaría cenar algo —respondió, aunque se sentía incapaz de probar bocado.

¡Por fin, qué liberación! Évelyne no le había mentido, no se había quedado en El Havre por motivos inconfesables, se alojaba en casa de la anciana miss Tone, sola. Ya podía olvidarse de ella. ¿Olvidarse? No, dejar de tener conciencia de ella durante unos días. Algunas heridas son menos dolorosas en los momentos de inmovilidad total; eso era lo que necesitaba: la inmovilidad, la pesadez mental, el cansancio extremo que aleja los temores, los recuerdos, las imágenes inoportunas y sólo deja espacio para deseos débiles y limitados, la sed, el sueño.

Les sirvieron la cena, que apenas probó. Inmediatamente después se sentó en un sillón y cerró los ojos.

—¿Quiere acostarse ya? —le preguntó Marianne.

Antoine se estremeció.

—No, todavía no...

Temía la noche al lado de aquella mujer cuyo olor, cuyo cuerpo, había olvidado. Temía las palabras que podía pronunciar él, el nombre que podía venirle a la boca al dormirse. Temía hasta sus sueños.

La miró esforzándose en sonreír.

—¿Está contenta de verme, Marianne?

—Sí —repuso ella.

Él miró a su alrededor y vio que el viejo sillón estaba en un lugar distinto que antes.

—¡Vaya, ahí está mucho mejor!

—¿Verdad?

—Cómo ha cambiado este salón...

—Sí, y ¿sabe? —dijo Marianne captando el pensamiento inexpresado de Antoine con la rapidez y la agudeza de percepción que sólo se adquieren en el matrimonio, adivinando que él volvía a ver mentalmente aquella habitación en los tiempos de su juventud, cuando «la casa» no era más que su piso de soltero—. He visto a amigos de aquellos tiempos.

—¿Sí? ¿A quién?

—Para empezar, a Nicole.

—¿Nicole? —repitió Antoine sin recordarla—. ¡Ah, sí! No me diga... ¿dónde?

—Ayer, en la peluquería, figúrese. Ha engordado. Y también vi a Dominique Hériot.

—¿En serio? ¿Cómo está?

—Como siempre: entre viajes, mujeres, preocupaciones intelectuales y morales... Es extraño: se cree cínico cuando sólo es tímido.

—Siempre ha vivido al margen de la vida —opinó Antoine.

Pasado el primer momento de sorpresa, Dominique dejó de interesarle: ya nada hacía mella en su mente, ocupada enteramente por Évelyne.

Sin embargo, en su día había sentido mucho afecto por Dominique. Se acordó de sus mutuas confidencias sobre Solange y Marianne cuando ellas sólo eran sus amantes, el pasatiempo de una noche, y eso le desagradó como le había desagradado que Marianne le recordara la existencia de Nicole:

los amigos de juventud no deberían salir inopinadamente de la sombra en la que los dejamos, en la que es cómodo y decente guardar los viejos recuerdos; allí se decantan, se purifican, pierden su sospechoso olor. Sólo se desentierran sin peligro en la vejez, cuando todas las pasiones se han apagado. ¿Llegaría el día en que podría oír decir a su mujer: «Ayer vi a Évelyne, está igual» tranquilamente, con apenas un asomo de sorpresa, de melancolía, de incomodidad?

—¿Sabe en qué pienso? —le preguntó Marianne de repente —. En nuestra primera noche aquí: las maletas abiertas sobre la mesa del vestíbulo, como ahora; los baúles que Martin deshacía en nuestra habitación; a usted sentado en el mismo sitio... Luego, cenamos aquí, en esta mesa, pero no había niños ni flores... ¿se acuerda?

—Perfectamente. Me parece que no éramos muy felices...

—¿Éramos menos felices que ahora? —preguntó Marianne.

—Eso creo...

«¡Si ella supiera qué es lo que sueño! —pensaba Antoine—. La verdad es que, lejos de tener miedo de que lo sepa, lo deseo. Creo que ella lo comprendería... creo que, siendo lo inteligente que es, podría ayudarme... Se supone que debemos apoyarnos el uno al otro en la tristeza, en la pobreza, en la enfermedad ¿y me está prohibido buscar su ayuda? ¡Sí, mil veces prohibido! Entre nosotros, la sinceridad no es posible: el lazo conyugal es tan fuerte porque está basado en la hipocresía y la obligación. Dos esposos, libres el uno respecto al otro, tolerantes; dos cónyuges que no se refugiaran ni en el silencio ni en la mentira podrían ser amantes, grandes amigos, camaradas, pero dejarían de ser esposos. El matrimonio no necesita al personaje real, sino apariencias, máscaras. Marianne tiene que ver en mí al marido fiel y trabajador, como yo tengo que ver en ella a la mujer perfecta. En realidad, ¿quién es? ¿Por qué estoy tan seguro de que ha pasado estas últimas semanas cuidando de la

casa y de los niños, si cuando la conocí era igual que Évelyne, tan frívola y tan apasionada como ella? Pero para vivir felices necesitamos la apariencia de la seguridad, necesitamos crear una leyenda que poco a poco irá creándose también fuera de nosotros. Dentro de unos años me indignaré sinceramente si alguien se atreve a insinuar, por ejemplo, que Marianne empezó siendo mi amante, ¡si ya casi no puedo creerlo!», se dijo descubriendo en sí mismo el germen de una débil negación, como si, en su interior, alguien exclamara: «Pero ¿de verdad fue tu amante?». «¡Pues sí, sí! —replicó mentalmente a aquel interlocutor invisible—. ¡Qué lástima que la fuerza de esa mentira no se pueda emplear fuera del matrimonio! Si pudiera rechazar en mi interior ciertos deseos... esa crueldad inexplicable que me lleva a desear la muerte de Évelyne... ¡sí, su muerte!, para librarme de ella, para respirar al fin...».

Hizo un movimiento y abrió los ojos. Se había adormilado. Marianne siguió bordando sin alzar la vista. Se pusieron a hablar de los niños, Marianne decía que Gisèle era tranquila, afectuosa, obediente, y el bebé, muy despierto para su edad porque reconocía a todos lo que lo rodeaban y le sonreía a su madre. Antoine pensó que a él le parecían dos niños normales y corrientes, una cría caprichosa y un bebé enclenque, dos animalillos sin alma aún, pero seguro que eso también era necesario: para encariñarse con ellos desde su nacimiento era necesario ver, no a los niños que eran, sino a unos seres imaginarios, mucho más fuertes, mucho más guapos de lo que eran en realidad, sólo eso permitiría sacrificarse por ellos, desvivirse por ellos gustosamente, estar orgulloso de ellos y de uno mismo.

—¿Está usted bien? —le preguntó Marianne de improviso.

Él inclinó la cabeza, suspiró y dijo:

—Muy bien.

Qué cansado se sentía... Se acordó de lo que había dicho

Évelyne... (¿Cuándo? ¿Esa misma mañana? ¿Era posible?): «Estoy tan cansada como una vieja...».

«¿Y yo como si tuviera cien años...».

Marianne se pasó lentamente la mano por el pelo revuelto.

—Voy a desnudarme y vuelvo. Debería acostarse, querido. De pronto parece agotado. Venga.

—Enseguida, enseguida... —respondió él sin mirarla.

Ella se levantó, dobló la labor, guardó las tijeras, el dedal y la aguja con el hilo de seda en el costurero que tenía delante y salió.

Una vez solo, Antoine se tapó la cara con las manos y permaneció inmóvil. Un misericordioso agotamiento lo liberaba al fin de la sombra, del recuerdo de Évelyne. De pronto, ya no temía dormir; de pronto, el hilo de la costumbre había vuelto a atarlo a Marianne. Había bastado un gesto que había olvidado, pero que conocía bien: los movimientos con los que, llegada la noche, Marianne plegaba la labor y guardaba las tijeras y el dedal en el costurero que tenía sobre las rodillas. Ya no era la enemiga, el obstáculo a su felicidad, el miedo constante de su vida, la mujer a la que Évelyne y él no podían mencionar sin temblar. («Cuando Marianne se entere... El día que Marianne sospeche...»). El recuerdo de Évelyne lo dejaba al fin en paz.

Una gabarra pasó por el río y, cuando el remolcador hizo sonar su silbato, Antoine dio un respingo: en aquellas semanas de ausencia había olvidado los sonidos familiares. Se acordó de la cama de El Havre, desde la que también se oían aquellos silbidos agudos, melancólicos y penetrantes, y una extraña tristeza, casi fúnebre, se apoderó de él.

«¡Venga, vete! ¡Déjame descansar, déjame en paz! —le ordenó mentalmente a la imagen de Évelyne—. Con lo bien que estaba hace un momento, con lo tranquilo que estaba...».

Su mujer entró y Antoine fue a su encuentro, la besó y escondió la cara en su hombro.

—Quiero dormir, Marion. Dormir, dormir.

—Pero si ya está dormido... —respondió ella acariciándole la mejilla.

26

Pasados unos días, una tarde, Antoine recibió una carta de Évelyne.

Al abrirla, vio que había arrancado la parte superior de la hoja, probablemente para eliminar el membrete del hotel. Leyó:

Me enamoré de ti cuando empezó a gustarte Marianne. Podrías haberte fijado en mí y todo habría sido diferente, pero quería ser leal: era joven y no me conocía a mí misma. A ti ya no te quedan fuerzas para amarme como me has amado, ni para soportar la presión, la mentira envilecedora, el miedo. Quería dejarte, pero no es eso lo que tú quieres, amor mío, lo que quieres es librarte del deseo que sientes por mí y yo, librarme de cualquier deseo y, por añadidura, de la vida. No he amado a nadie más que a ti.

Évelyne

La carta había sido enviada a su despacho, como toda su correspondencia personal, pero el azar quiso que esa tarde Marianne fuera a buscarlo y que se sentara frente a él mientras leía. Él dobló la carta lentamente, se la guardó en un bolsillo y cruzó las manos sobre las rodillas, que le temblaban. Guardó silencio unos instantes y luego, como el teléfono no paraba de sonar en el despacho vacío de al lado porque la secretaria acababa de salir, se levantó y fue a cogerlo, pero al descolgar comprendió que no podía articular palabra: se había quedado sin voz. Volvió a colgar y dejó la mano durante unos instantes sobre el aparato, sintiendo bajo la palma su vano y largo zumbido. Después, regresó junto a Marianne.

Pero esos breves momentos le habían permitido serenarse.

—¡Qué fastidio! Acaban de comunicarme que van a operar con urgencia a Jaurat —dijo nombrando al azar a uno de sus empleados—. Tiene unos documentos importantes sobre el *affaire* Schmidt que debía entregarme, voy a buscarlos.

—¿Cómo? ¿A estas horas? ¿No pueden esperar?

—No, no, tengo que ir. No vive en París, sino con unos familiares, cerca de Sens. Pasaré la noche allí, no me esperes hasta mañana.

Marianne lo acompañó a casa.

Iba callada y de tanto en tanto lo miraba disimuladamente. ¿Sospecharía algo? A veces, él tenía la sensación de que su mujer apartaba ciertos hechos de su mente de forma deliberada.

«¡Bah, que crea lo que quiera! —se dijo—. Ahora todo me da igual».

Una vez en casa, metió un poco de ropa en una maleta, besó a toda prisa a Marianne y se fue. Sólo cuando ya había salido de París cayó en la cuenta de que no llevaba abrigo ni sombrero. Hacía frío, había llovido: era un mes de junio tan fresco y húmedo como los últimos días del otoño. Poco después se puso a llover de nuevo. Llevaba la ventanilla abierta, el agua le salpicaba la cara y él se la secaba mecánicamente con el dorso de la mano. Cada vez iba más deprisa, pero los minutos corrían más que él. ¡Sin embargo, llegaría a tiempo! ¡Llegaría! ¡No podía estar muerta! No debía permitir que esa idea tomara cuerpo y realidad en él, tenía que concentrarse en la carretera, contar uno tras otro los árboles iluminados por los faros, contar las pasadas del limpiaparabrisas, fuertes y rápidas, que quién sabía por qué lo calmaban, tenía que repetir como un conjuro aquellas palabras: «Está viva, respira, me espera. Está viva...».

Alrededor de la medianoche tuvo que parar para repostar. Entró en un cafetín oscuro y apestoso a humo, despertó al dueño, se tomó una copa y reanudó la marcha. La luz de los

faros corría delante de él y hacía surgir de la oscuridad, uno tras otro, los árboles de la carretera; luego, sucesivamente, una casa blanca, un puente... Por momentos tenía la sensación de que había dejado de avanzar, de que volvía a pasar una y otra vez por un tramo que ya había recorrido.

No empezó a preguntarse cómo encontrar a Évelyne hasta que estaba llegando a El Havre. El sobre llevaba un sello de la ciudad, pero ¿y si la había abandonado después de echar la carta? ¿Dónde la buscaría? ¿En el hotel en el que la había dejado? ¿En otro? ¿En casa de miss Tone? ¿Por qué había arrancado el membrete? Puede que, mientras él corría hacia El Havre, ella estuviera agonizando en París.

No, había decidido quedarse en aquella ciudad en la que nadie la conocía para que la dejaran tranquila, para que nadie interviniera, para hacer con calma lo que seguramente había decidido hacer muchos días antes.

«Empezó a pensar en el suicidio cuando estábamos en Nueva York —se dijo Antoine—. Parecía estar apurando los últimos instantes de su vida. ¿Cómo no lo comprendí? Esas ganas de ser feliz y esa calma casi inhumana en todos sus actos; esa audacia, esa crueldad... El día en que Marianne me escribió diciendo que uno de los niños estaba enfermo, hizo un rebujo con la carta y me soltó: "No es nada, no pienses en eso." Digo que no lo comprendí, que no sospeché nada, pero miento: lo sabía; lo sabía cuando la dejé y, más claramente, aquella noche, en casa, cuando deseé que muriera. ¿Deseé? No, pero lo acepté en mi corazón: soy yo quien merece morir, no ella, ¡yo, mil veces yo!».

—¡Dios mío, ayúdame! —murmuró.

No había vuelto a rezar desde que era niño, pero de pronto sintió ganas de retroceder hasta al atrio de una iglesia ante la que acababa de pasar. ¡Sí, dar marcha atrás, prosternarse en la escalinata de esa iglesia e implorarle a Dios! ¡Pero no, no

podía, tenía que apresurarse, apresurarse!

Cruzó un paso a nivel y enseguida oyó el estrépito de un tren que pasaba a sus espaldas. Momentos después llegaba a El Havre.

Aún era noche cerrada. Se detuvo delante del hotel que había dejado una semana antes. Tuvo que esperar a que despertaran al portero de día.

No, la joven a la que buscaba ya no estaba alojada allí: se había ido apenas unas horas después de él. Ignoraban dónde estaba.

Antoine sabía la dirección de miss Tone en la costa de Grâce. Por un momento, cuando vio a la luz de los faros la preciosa casita y el jardín florecido, pensó: «Es imposible que haya muerto. Está viva: esa anciana, miss Tone, habrá sabido cuidarla». Pero una vez más, en su interior, un voz cínica y desesperada le susurró: «De todas formas es la única solución; si vive, ¿qué será de nosotros?».

Se detuvo ante la verja cerrada. ¡Cuánto silencio! Durante un segundo y casi a su pesar, permitió a su cuerpo agotado saborear la tranquilidad de la noche.

Bajó del coche y empujó la puerta, que se abrió lentamente retenida por las plantas trepadoras. Cruzó un jardín estrecho y se detuvo ante una pequeña veranda acristalada cerrada por todas partes. Llamó al timbre y esperó largos instantes. Por fin, tras el cristal apareció una anciana menuda y asustada en camisón con un quinqué encendido en la mano. Antoine le dijo su nombre y le explicó que buscaba a Évelyne. La mujer dejó escapar una débil exclamación y, tras dudar un instante, abrió. Antoine entró.

—¿Está aquí?

—¡No!

—Pero ¿ha estado? ¿Se ha alojado aquí?

—¿Aquí? Pero ¿cuándo? No comprendo.

—Pues hace una semana.

—No, no, Évelyne no ha venido. No la he visto. Ni siquiera sabía que fuera a pasar por El Havre.

—¿No le escribió?

—No me escribe nunca. Marianne, alguna vez, y ayer recibí una carta de Odile, pero de Évelyne, nunca...

—Usted la conoce bien, ¿no es así?

—¿A Évelyne? ¡Dios mío! Como si fuera mi hija. Cuando entré a trabajar en casa de los Segré acababa de nacer y la tuve conmigo hasta los quince años.

—Creo que ha ocurrido una desgracia, miss Tone —dijo Antoine.

—¿Se ha matado?

—¿La cree capaz?

La anciana alzó el quinqué a la altura de sus ojos y miró a los de Antoine.

—¡Si hay alguien capaz de matarse, es ella!

Antoine apretó entre sí las temblorosas manos.

—Regreso a El Havre. Adiós.

Volvió a subirse al coche y se marchó sin más. Aquella carrera en mitad de la noche cada vez se parecía más a un sueño: había momentos en que no era consciente de la situación, en que olvidaba lo que había pasado, y otros en los que razonaba con fría lucidez. Así, mientras regresaba a El Havre se acordó de que en París había cenado varias veces con el diputado René Alquin, originario de esa ciudad. Se presentó en la comisaría y dio el nombre del parlamentario.

El comisario era un hombre todavía joven y muy amable que lo recibió de inmediato, se esforzó en tranquilizarlo y se apresuró a consultar el archivo de desaparecidos. No se había registrado ningún suicidio o accidente en el que pudiera estar implicada Évelyne.

—Así que ya lo ve, señor Carmontel, nada nos autoriza a

pensar que su pariente haya encontrado la muerte. Si lo desea, puedo hacer que le acompañen a visitar los hoteles de la ciudad. Las pesquisas pueden realizarse con la mayor discreción, y si no encuentra a esa joven será porque ha dejado El Havre, en cuyo caso extenderemos la búsqueda a otros lugares y nos pondremos en contacto con París. —Miró el rostro demacrado de Antoine—. Pero discúlpeme, señor, puede que esas indagaciones le resulten penosas: si prefiere esperar, puedo enviar a uno de mis hombres a preguntar y él nos informará si descubre algo.

Pero Antoine ni siquiera contempló esta última posibilidad: mientras tuviera la sensación de que estaba actuando podría mostrarse calmado y expresarse con coherencia, pero no podría soportar la incertidumbre y la espera. Le presentaron al agente que lo acompañaría y se fue con él.

Pasarían los años y hasta el recuerdo de Évelyne se borraría, pero Antoine nunca olvidaría aquellas puertas cerradas, aquellas calles recorridas bajo la lluvia, aquellas caras curiosas o burlonas, aquellas siniestras formalidades, aquella espera mortal mientras una mano indiferente hojeaba los registros. Nada, otra vez nada. Pero Antoine ya no tenía esperanza. Fuera, los árboles verdes de junio chorreaban agua y se doblaban bajo la lluvia y el viento. Había momentos en que el exceso de preocupación y el cansancio oscurecían de tal manera su mente que se sorprendía pensando: «¿Qué hago aquí?».

Habían visitado los grandes hoteles de la ciudad; luego, otros más modestos y, por último, los tenebrosos hostales del puerto. Al volante de su coche, él ejecutaba mecánicamente los movimientos necesarios para conducir, frenaba o aceleraba cuando correspondía, incluso conseguía intercambiar alguna frase con el hombre que iba sentado junto a él. De vez en cuando se llevaba un cigarrillo a los labios, pero apenas

encendido lo arrojaba por la ventanilla. El limpiaparabrisas se había averiado, así que tenía que secar el cristal con la mano. Echaba de menos su rápido y rítmico siseo en la oscuridad.

El día despuntaba, pálido, pero no dejaba de llover. Otra calle, otro hostal: la jaula de cristal del encargado, una escalera cubierta con una alfombra, rostros indiferentes, maletas bloqueando el paso que él tenía que apartar con el pie; luego, otro más, apenas diferente del que acababa de abandonar. Avanzaba por un pasillo parecido al que había recorrido en vano momentos antes, percibía el olor de las paredes pintadas, idéntico en todos los sitios... y nada. Encima de algunas puertas se encendían bombillas, las miraba y se imaginaba ocupando el lugar de cualquiera de aquellos viajeros desconocidos cuyas vidas y miserias pasadas, presentes y futuras le parecían preferibles a lo que sentía en esos momentos.

Visitaron las callejas que rodeaban el puerto.

—¡No, no, es imposible! —decía Antoine mirando aquellas puertas bajas, aquellos cristales negruzcos—. No ha podido venir aquí...

—Nunca se sabe —respondía con suavidad el hombre que lo acompañaba—. Nunca se sabe, señor Carmontel...

Pero nada, otra vez nada.

En una pensión les dijeron que allí había una mujer enferma desde el día anterior. Entraron en una habitación y se encontraron con una desconocida que, tumbada en la cama, volvió hacia ellos el rostro aturdido, encendido por la fiebre o el alcohol mientras sus manos descansaban inertes sobre la sábana. Volvieron a cerrar la puerta, se marcharon y siguieron buscando. La mañana era tan oscura que tenían que ir encendiendo a su paso esas bombillas protegidas por una especie de platillo de porcelana que cuelgan de un cable, idénticas en todas las pensiones de mala muerte. Una luz rojiza y temblorosa caía del techo sobre rostros indiferentes o

dormidos; de vez en cuando, Antoine se apretaba las sienes con fuerza, y eso lo calmaba unos instantes. Luego se veía otra vez fuera, bajo la lluvia, y pensaba: «¡Por qué no parará de una vez!».

Pero la lluvia caía sin descanso, y su ruido, que al principio él no oía, pero que se había ido abriendo paso hasta su conciencia, lo volvía loco. El agua azotaba el techo y las ventanillas del coche, saltaba bajo las ruedas...

Por fin, cuando ya habían visitado todos los hoteles de El Havre, el agente dijo:

—En las afueras de la ciudad hay uno en el que hace dos años se suicidaron dos chicos. Ya sabe: a veces hay sitios así, que atraen... —añadió dejando la frase en suspenso e intentando expresar lo que pensaba con un gesto de la mano.

Se dirigieron hacia la costa de Grâce, donde Antoine había estado sólo unas horas antes. El agente llevaba los brazos cruzados sobre el pecho y guardaba silencio. Tenía una gran cara honesta y afable. Antoine tenía tal necesidad de consuelo, de solidaridad humana, que la presencia de aquel hombre, lejos de ser una molestia, lo reconfortaba. Le puso en la mano algún dinero, que el otro aceptó con apuro. Por fin, se detuvieron ante una casa rodeada por un jardín.

—Quédese en el coche, señor Carmontel —dijo el agente—. Está usted agotado. Si hace falta, vendré a buscarlo.

Antoine esperó. El estuario estaba apenas a unos metros. Contempló sacar el coche de la carretera, hacerlo avanzar un poco más y despeñarse con él, hundirse en el agua, borrar para siempre los recuerdos, el amor, los remordimientos...

«Pero no puedo —pensó con desesperación—. Están Marianne y los niños... Porque el amor y el adulterio no tienen nada que ver con el hecho ineludible de que debo alimentarlos, de que me he echado sobre los hombros la terrible carga que es una familia a la que no puedo dejar en la calle».

El tiempo pasaba.

«¡Dios mío! ¡Está aquí! ¡Está muerta!», se decía Antoine.

En ese momento, el agente volvió a salir, abrió la puerta del coche y, tras vacilar un instante, murmuró:

—La señora está aquí, señor Carmontel, pero...

—¿Muerta? —murmuró Antoine.

—Por desgracia, se ha quitado la vida esta noche. Con veronal. Llevaba varios días aquí. Ayer pidió que no la molestaran, que no cenaría. No sospechaban nada, pero he hecho que abrieran la puerta y...

—¿Muerta? —repitió Antoine.

—Sí, señor Carmontel.

—¿Puedo verla? —balbuceó Antoine sintiendo que los labios le temblaban y sólo le permitían pronunciar sílabas deformadas.

Entró en una coqueta habitación tapizada de cretona rosa con una cama estrecha de cobre arrimada a la ventana. Évelyne estaba tendida en ella y al principio, como la almohada le ocultaba la cara, no vio más que su pelo revuelto. Lo cogió y lo apartó: era tan suave y estaba tan tibio, tan vivo que, por un instante, tuvo una esperanza absurda. Pero el cuerpo ya estaba frío. Volvió el rostro de Évelyne hacia él, lo contempló con una mezcla de incredulidad y horror, y luego lo dejó caer de nuevo hacia atrás, le cerró los ojos con los dedos y huyó de allí.

27

De vuelta en París, Antoine se enteró por Marianne de que había recibido una llamada del comisario de policía de El Havre. A nadie le extrañó su palidez, su emoción: su cuñada y él siempre habían mostrado una gran camaradería, la apariencia de una amistad fraternal que les permitía verse a menudo y salir juntos sin Marianne.

Antoine repitió el viaje a El Havre, esta vez acompañado del marido de Odile, y regresó a París con los restos de su amante. La familia Segré sospechaba la verdad: ningún ser humano es totalmente impenetrable. Puede que lo conozcamos de un modo imperfecto, o que malinterpretemos aquello que decide revelarnos, pero la imagen que busca dar de sí mismo lo traiciona y termina dejando entrever lo que intenta mantener en secreto. De hecho, el mismo cuidado que pone en ocultar determinados aspectos de su vida nos permite avanzar a tientas, a base de intuiciones y deducciones, hacia el descubrimiento de una verdad oscurecida pero aún visible, como un agua profunda atravesada por un fugaz rayo de luz. Incluso en la relación de Antoine y Évelyne, favorecidos por una suerte extraordinaria, su precaución dejaba a la vista de los demás algo turbio de lo que todos se apartaban como si se hubiesen puesto de acuerdo.

El entierro de Évelyne tuvo lugar a comienzos de la semana siguiente, uno de los últimos días de junio. Más adelante, Antoine sólo recordaría el ruido de los pasos detrás del ataúd, las pisadas que se ralentizaban y detenían ante la tumba abierta y el canto de los pájaros, claro y agudo, en medio del

silencio. Sostenía del brazo a Marianne, que lloraba a su lado. La había llevado, guiado entre las tumbas, pero en un momento dado la soltó y avanzó unos pasos solo. Al cabo de un instante, ella lo siguió, llamándolo con suavidad. El rostro de Antoine permanecía impasible, pero hasta esa impasibilidad era extraña: parecía haber perdido la conciencia de lo que lo rodeaba. Tuvo que tocarle el brazo varias veces para que aceptara seguirla, pero el resto del día se mostró tan tranquilo y sereno como de costumbre.

Una noche, transcurrida una semana desde el entierro, Marianne, que se había acostado temprano y dormía profundamente, se despertó al oír llorar a François. Antoine no reaccionó; ella, en cambio, se levantó, cruzó el dormitorio sin despertar a su marido y entró en la habitación de los niños.

La salud de François estaba mejorando mucho —los médicos aseguraban que sería tan vigoroso como cualquier otro niño—, pero seguía pasándose noches enteras sin dejar de llorar. La niñera aseguraba que no era más que una maña para que lo sacaran de la cuna y lo tuvieran en brazos, pero Marianne no podía evitar que la lástima y la preocupación le encogieran el corazón: aquel niño no parecía sufrir, sino rechazar con furia, con aversión, la vida que le habían impuesto; su reacción ante el sueño, el alimento, las caricias, era siempre la resistencia, el rechazo, incluso el odio, y a continuación se lanzaba ávidamente sobre el pecho que le ofrecían, como si quisiera hundirse en él, fundirse con él, morderlo, o se quedaba dormido con la boca aún entreabierta y las lágrimas resbalándole por la cara.

Una noche más, Marianne pudo calmarlo, pero cuando lo consiguió se encontraba tan agitada y tan exhausta que ya no le apetecía volver a la cama. Se sentó junto a la cuna y permaneció largo rato en la silla baja con los brazos sobre el barandal de la camita y la cabeza apoyada en ellos. Como

ocurre a veces en la oscuridad y el silencio, en esos instantes afloraron en su mente ciertos pensamientos estancados, turbios, informes, pesados, que el tumulto del día impedía ascender del fondo de su alma y llegar hasta las regiones de su conciencia. Pensaba en Évelyne y en sí misma, envidiaba la vida y la muerte de su hermana: un amor breve y suficientemente apasionado para nutrir toda una vida y acabar consumiéndola era un destino envidiable.

«Y fue un amor dichoso», se dijo Marianne. Su rostro no era el de una joven decepcionada, sino el de una mujer triunfante, una mujer feliz y satisfecha. Murió porque un amante la abandonó, o ella tuvo que dejarlo, pero hasta entonces fue feliz, y eso es lo importante. ¿Qué habría hecho si hubiera vivido más? ¿Lo que hizo Solange? Envejecer antes de tiempo, sobrevivir triste, amargada, enferma; o yo, la esposa perfecta... ¿Soy feliz yo? Desde luego, tengo lo que deseaba: tengo a Antoine, pero ya no lo quiero... aunque ésa es una afirmación demasiado tajante, precipitada y sin matices... Lo quiero, es un buen compañero, su muerte me desesperaría, pero ya no tiene ningún poder sobre mí... ya no está en condiciones de hacerme sufrir ni de darme la felicidad. Mientras ha estado ausente no he sido infeliz; su regreso me proporcionó un instante de alegría, pero sólo un instante... Su presencia me tranquiliza... pero ya no siento por él ni deseo ni curiosidad... ¡Cuántas lágrimas, cuántas noches sin dormir intentando entenderlo, conocerlo! ¿Puedo decir que ahora lo conozco? Por desgracia, no. ¡Menos que antes! Sigue siendo impenetrable, a veces hostil... pero ya no hago nada para descubrir lo que quiere ocultarme: ya no me interesa. Y esa falta de curiosidad y esa pasividad han eliminado en mi interior la principal fuente de sufrimiento y de felicidad; estoy viva, pero más fría que el fantasma de Évelyne... Para volver a sentir calor al lado de Antoine, entre sus brazos, necesito pensar constantemente en el

pasado, reencontrarme con él, recrearlo... con su sabor a lágrimas viejas. Quizá, contrariamente a lo que he creído durante tanto tiempo, no estábamos hechos el uno para el otro... y ahora, ¡cuántos lazos nos atan, y nos atarán siempre a nuestro pesar! ¡Qué prisa tenemos por amar cuando somos jóvenes! ¡Qué miedo nos da esperar! ¡Qué pronto elegimos, lanzamos nuestra vida en una dirección o en otra! Reprochamos a la vida su dosis de fatalidad, contra la que no podemos hacer nada, pero en realidad es demasiado dócil, demasiado maleable: adopta con demasiada facilidad, si no la forma, al menos la caricatura de nuestros deseos».

Suspiró y miró a sus hijos dormidos. Hacía un calor asfixiante. Separó un poco más las hojas de la ventana y abrió la puerta de la habitación de al lado, en la que dormía la niñera, que acababa de acostarse y hacía chirriar la cama bajo el peso de su grueso cuerpo.

Volvió a su habitación. Se acostó, pero no consiguió conciliar el sueño. El corazón le latía sordamente. Escuchó en la oscuridad la extraña respiración de Antoine, sibilante, ahogada. Estuvo un buen rato dando vueltas en la cama. Movió la almohada, la abrazó, la apartó... Tenía sed. Encendió la lámpara de la mesilla, cogió la damajuana, llenó el vaso y bebió, pero el agua estaba tibia. No, era inútil buscar el sueño: esa noche ya no dormiría.

Quiso coger un libro. Extendió la mano con cuidado para no tropezar con algún objeto de la mesilla y despertar a Antoine, pero sin querer golpeó la tulipa de la lámpara, que rodó por el suelo. Miró a Antoine: no se había despertado, ¡qué sueño tan profundo! Desde hacía algún tiempo, su marido se dormía en cuanto posaba la cabeza en la almohada, ¡y qué sueño tan pesado, tan invencible! Por la mañana, el criado solía tener que llamarlo varias veces para que abriera los ojos. Mientras dormía, se había tapado los hombros y la cabeza con el

embozo, Marianne lo destapó con suavidad y, mientras lo hacía, vio sobre la mesilla de noche de su marido un tubo de somníferos del que faltaban varios comprimidos. ¡Pero si nunca se había quejado de insomnio! Volvió con mucho cuidado la luz de la lámpara hacia su rostro y descubrió que estaba llorando. Su sorpresa fue tal que por un momento no dio crédito a lo que veía: su marido, aquel hombre dueño de sí, impasible e indiferente hasta el punto de la frialdad, parecía inerme, devuelto a la fragilidad y la inocencia de la infancia por el sueño. Tenía la cara bañada en lágrimas, cuando ella nunca lo había visto llorar. «Está soñando», pensó.

Quiso despertarlo, sacarlo de su pesadilla. Se inclinó sobre él y le rozó la mejilla con un beso. Él se estremeció, entreabrió los ojos y la miró.

—¡Ah, es usted! —murmuró.

Movía los labios con dificultad, como si aún durmiera y hablara desde el fondo de un sueño, pero ¡qué tono de decepción y cansancio! «No es más que usted», parecía que hubiera dicho eso.

Antoine se tapó los ojos con las manos y volvió a dormirse. Fue entonces cuando Marianne se dio cuenta: «Évelyne se mató por él».

A veces vemos las motivaciones secretas de los otros con una lucidez que no requiere esfuerzo. No se trata de reflexión, de deducción, mucho menos de sospecha: las vemos sin más, las conocemos. En esos casos, cuando esa verdad se hace, más tarde, evidente para todos, puede que nos duela, pero no nos sorprende. Del mismo modo, a veces vemos la muerte en el rostro de un hombre todavía joven y en apariencia rebosante de salud. «¡Qué estupidez!», nos decimos, y no volvemos a pensar en ello, pero cuando esa muerte se produce recordamos el momento preciso en que alguien más viejo y más sabio que vive en nuestro interior (y quizá nos sobreviva) quiso hacernos

ver una verdad a la que, sin embargo, nos resistimos.

Marianne tuvo miedo: quiso borrar aquel instante de clarividencia, aquel conocimiento súbito y terrible de una verdad irremediable. «Estoy loca —se dijo—. ¿Por qué pienso eso? No tengo ningún motivo. ¿Por qué?».

Negaba con la cabeza insistentemente, pero ahora que había visto la verdad ya no podía negarla, dejar de verla. Cerrar los ojos, olvidar, era imposible ya.

Hizo un movimiento: extendió la mano rápidamente y la puso a modo de pantalla ante la lamparita encendida: tenía que preservar el sueño de Antoine, salvaguardar la mentira. No decir nada, no oír nada, olvidar.

«Évelyne está muerta: lo que hubo entre ambos ha acabado, pero una palabra mía puede dar cuerpo a los fantasmas más temibles, mientras que el silencio la sepultará por segunda vez. Prefiero callarme —pensó—. No soy celosa; lo era, lo fui con mujeres como Nicole, mujeres que sólo atravesaron la vida de Antoine y desaparecieron sin dejar huella ni en su memoria ni en su corazón; sin embargo, no puedo estar celosa de Évelyne: no puedo estar celosa de una muerta, de una sombra. Aunque lo que siento: este cansancio, esta piedad amarga, este deseo de olvidar, es peor».

Apagó la luz y, en la oscuridad, dejó que sus lágrimas corrieran libremente.

28

A mediados del verano, Antoine seguía negándose, con diversos pretextos, a abandonar París; Marianne acabó dejándolo solo y se instaló con los niños en las Landas, en una zona salvaje y hermosa situada entre playas y pinares.

Antoine no salía de casa más que para ir al trabajo, donde la rutina de los negocios —recibir a los clientes, dictar cartas, comprobar balances... esa clase de tareas mecánicas— le permitía distraerse y encontrar cierta paz que se vio reforzada con la soledad y el silencio del piso en ausencia de Marianne y los niños. Como suele ocurrir, una existencia austera y metódica terminaba imponiendo su ritmo a su vida interior, haciéndola soportable. Cuando, a principios de octubre, Marianne le escribió que quería volver, sólo pudo pensar en conseguir que ella y sus hijos se quedaran de vacaciones durante más tiempo.

«Me estoy volviendo un salvaje: ya no soporto a los seres humanos», se decía.

Vivía escondido en su soledad, esclavo de un horario calculado al minuto, trabajando todas las horas posibles y cargándose de responsabilidades. Para retrasar el regreso de su familia se inventó un motivo tras otro: habían pintado la habitación de los niños y aún no se iba el olor del barniz, Martin se había tomado quince días de vacaciones, etcétera, etcétera. Con todo, sólo consiguió un respiro de un mes; luego, Marianne y los niños volvieron.

Hasta entonces, él y su esposa no habían conocido la maldición congénita del matrimonio: las peleas sin motivo que

estallan repentinamente, como una tormenta en pleno verano, y que, raras al principio y motivo de vergüenza para los dos cónyuges, acaban ocupando el tiempo y la mente de ambos y produciéndoles un oscuro placer. Para subsistir, todo amor humano debe nutrirse de pasión y, cuando ésta se apaga, exige que se lo alimente con palabras de odio y actos hostiles, con todo aquello que aún es movimiento, ardor, fuego, en el corazón de los esposos.

Sus discusiones sólo se interrumpían a esa hora misericordiosa, inmediatamente antes de dormir, en que la costumbre de haber compartido el lecho durante largo tiempo acerca los cuerpos el uno al otro, forma un hueco en el costado de la mujer y hace que el hombre busque el lugar tibio —cerca de los pechos desnudos— donde tantas noches ha encontrado descanso, mezcla las respiraciones y las sosiega, une un instante a los esposos antes de separarlos de un modo seguro e inexorable arrastrando a cada uno hacia sus sueños.

Ese invierno, los dos habían empezado de nuevo a salir y a recibir en casa: el luto había acabado, pero las cosas más fútiles provocaban conflictos que, soterrados al principio, se volvían cada día más violentos. Marianne mostraba un nerviosismo y un mal humor crecientes; Antoine rara vez se enfurecía, pero sus frases irónicas y su tono frío irritaban a Marianne como no lo habría hecho un estallido. A veces, sólo oír los pasos de su marido, ver el movimiento de sus labios, observar determinado tic o cierta mirada, le provocaba una exasperación aterradora, casi enfermiza. Una noche, mientras se estaba vistiendo, Antoine entró al dormitorio y la encontró con un vestido en la mano.

—Ése no se lo había visto... —comentó esforzándose en hablar con tranquilidad—. ¿Otro vestido blanco?

—Sí, ¿por qué? ¿Es que no le gusta? —preguntó Marianne—. ¿Le parece que el blanco me queda mal?

—Creo que el blanco no la favorece.

«Lo aterrador —pensaba Marianne— es que las frases que nos decimos sólo son banales en apariencia; en realidad, están llenas de significado, cargadas de recuerdos y emociones que no podemos compartir y que, por tanto, nos ahogan. Yo, al igual que él, recuerdo a cada momento los vestidos blancos de Évelyne, su hermoso rostro, su cuerpo disuelto ya en la tierra, la tersura de sus hombros, de su espalda desnuda. Pero ¿qué otra cosa vamos a decirnos? No, es mejor contestar lo que voy a contestarle: "No entiendes nada. ¡Déjame en paz!", es mejor lanzar al suelo la lima de uñas que tengo en la mano y oírlo dar un portazo furioso antes que llamar por su nombre al mal que sufre y, de ese modo, darle vida y volverlo invencible...».

—¡Déjeme en paz de una vez! —gritó de pronto ella, que antes nunca levantaba la voz.

Luego se echó a llorar y, así, la pelea se prolongó, resucitando viejos agravios, repitiendo las mismas frases, golpeando en los mismos sitios con ciego ensañamiento y, al final, dejándolos a los dos exhaustos y liberados.

29

Volvió la primavera con su luz y su calor, y las promesas de felicidad que flotaban en el aire avivaron aún más la desesperación de Antoine. Cuando pensaba en lo que habría podido ser, la añoranza lo consumía. Todas las noches se reencontraba en sueños con Évelyne, viva. Temía el momento de irse a dormir, lo retrasaba todo lo que podía, permanecía despierto hasta altas horas de la noche con un libro o con el trabajo que se había llevado del despacho; a veces, ni siquiera se metía en la cama: se quedaba sentado en el sillón sin quitarse más que la chaqueta y el cuello duro, pero aun así, si se dormía, enseguida aparecían las imágenes de siempre: Évelyne no había muerto, regresaba de un largo viaje. Estaba pálida, cansada y débil; sus rasgos, difusos, resultaban perfectamente reconocibles, como sólo pueden serlo los de los muertos queridos en sueños. Siempre iba vestida de negro. Estaba inquieta, con prisas: alguien que la esperaba estaba llamándola. Se dejaba acariciar, pero sin placer, apartando la cara. Él sentía en las manos la tibieza de sus cabellos vivos, intentaba estrecharla contra su pecho y de pronto se acordaba de que estaba muerta, pero aún no estaba seguro, y el recuerdo y el sueño luchaban en su interior. Entonces, el corazón empezaba a latirle con fuerza; le hablaba y ella no respondía; procuraba asirla de algún modo, pero la angustia lo despertaba y se veía de nuevo sentado en el sillón con las carpetas en el regazo y la lámpara todavía encendida, helado, desesperado, solo.

Siempre había sido impasible y frío a los ojos de los otros: un

hombre dueño de sí mismo y parco en palabras, pero ahora, temiendo exteriorizar aquella especie de locura que lo poseía, se obligaba a mostrarse aún más impasible y más frío, y en ese juego de acciones y reacciones extrañas, imprevisibles, que termina dando forma a nuestro carácter y determinando nuestro destino, esa vida sentimental secreta y la actitud que promovía en él favorecían enormemente su vida profesional; de hecho, en los momentos en que estaba más cerca de la locura y el suicidio, producía en los demás una impresión de fuerza, calma y severidad que imponía respeto. En casa, sus hijos le tenían miedo. Los quería, pero el ruido de sus juegos lo impacientaba, sus risas lo hastiaban, su vitalidad lo agraviaba; en su presencia, las peleas y las rabietas cesaban.

El verano siguiente, padres e hijos partieron pronto hacia Bretaña, donde habían alquilado una casita, pero sólo llegar Gisèle y François contrajeron la tosferina. La casa era pequeña y los tabiques, tan delgados que sus ataques de tos y sus llantos desvelaban a sus padres. El tiempo, espléndido en París, se estropeó a mediados de julio: no paraba de llover, así que, apenas se calmaban los niños, Marianne tenía que prepararse, tensa y exasperada, para el estruendo del aguacero y las ráfagas de viento cargado de arena que golpeaban los postigos. La lluvia se abatía sobre los tejados, el jardín y el mar y ella se dejaba invadir por esa inquietud sombría y absurda que se apodera del ser humano al acercarse la noche y que, más que un estado de ánimo, parece un estado del cuerpo, cansado y ansioso. Se acordaba de todas las enfermedades que habían sufrido sus hijos, temía todas las complicaciones posibles, maldecía el tiempo...

«Con lo bien que dormía hace sólo cinco años en noches como ésta —pensaba—. De hecho, me encantaban. ¡Qué liviano y qué fácil era todo entonces, nada tenía importancia! El viento soplaba y te llevaba a este sitio o a aquel otro y, en

realidad, podrías haber vivido en cualquiera. Ahora la vida está marcada, modelada, completa: es la única posible y hay que protegerla de la enfermedad, de la desgracia, de la muerte... Pero ¿por qué pienso en la muerte? ¿Por qué tiemblo a todas horas? ¿Por qué?

»¡Ay, que deje de llover un rato! ¡Que pare el viento, por favor! Quiero dormir, y ya están tosiendo otra vez», pensaba sintiendo en su propio pecho el dolor de esos ataques de tos tras los cuales los niños volvían a dormirse, mientras que su madre apenas se atrevía a respirar, oprimida por el temor, la espera, la angustia.

«Uno de los dos llora... ¡es François, siempre es François! El más débil, el que más peligro corre, el más querido... ¡Qué vulnerables nos volvemos después de los veinte años! Los golpes pueden llegar de tantas partes... Antaño no era así: quería a mis padres y a mis hermanas aunque mi vida les fuera ajena, aunque la viviera a sus espaldas; en cambio, creo que no soportaría perder a este hombre que está acostado junto a mí, que sueña con otra, que llora a otra, y sin embargo no lo amo. Su presencia me es necesaria, pero ya no me hace feliz, del mismo modo que el acto de respirar, sin el cual vivir es imposible, no nos produce alegría. Por desgracia, ni Antoine ni yo somos felices: cada pareja tiende a crear para sí misma y para los demás una leyenda de fidelidad, de comprensión, de unión; Antoine y yo también, ¡pero es una leyenda, una mentira! Rara vez nos comprendemos, hemos dejado de estar unidos, nunca nos conoceremos. Hay momentos en los que me gustaría recuperar aquella fuerza ciega que me hacía apartar de un manotazo todo asomo de lástima o de miedo, en los que me gustaría volver a ser violenta, atrevida, libre... porque ya no soy libre: ¡me he encadenado y encerrado dentro de mí misma!».

Al amanecer finalmente se dormía y, en sueños, buscaba y

encontraba distintos episodios del pasado: la noche de Pascua con Antoine en el hostal de la ribera del Sena, los días de lluvia en aquel parquecito... pero, por momentos, la protagonista del sueño no era ella, sino Évelyne. Luego, esos sueños absurdos se desvanecían penosamente.

30

Dominique no solía visitar a los Carmontel: llevaba una vida tan distinta a la de Antoine que ya sólo compartían recuerdos, y nada se agría tan deprisa. Todos los años, a principios de otoño, cuando Antoine y Marianne volvían a París, los llamaba y les prometía organizarse para ir a verlos. Cenaba con ellos una noche y luego volvía a desaparecer.

Un día, sin embargo, estando de paso en la Île Saint-Louis, le apeteció echarle un vistazo a su antiguo piso y tocó a su puerta. Marianne estaba sola, había acercado un taburete a la chimenea y se había sentado cerca del fuego con la cabeza apoyada en la mano. Llevaba un vestido negro y, en la muñeca, un brazalete de oro que acariciaba mecánicamente mientras hablaba. «Ha sido un error», pensó Dominique.

Nunca antes habían estado solos, sin testigos, y ambos eran conscientes de que conocían una parte de la vida del otro como si fuese la suya propia, y de que era la parte más secreta, la más significativa. Ninguno de los dos era, para el que tenían delante, el ser bidimensional, desconocido, incomprensible, rodeado de sombra y tan indescifrable que ni siquiera despierta interés que solemos ser todos, en mayor o menor medida, para los demás. ¿Quién intenta siquiera comprender la vida interior de otro, a menos que lo mueva una pasión o una atracción particular? Nadie: todos sabemos de sobra que es imposible. Sin embargo, cuando conocemos mejor que casi ninguna otra persona el pasado de alguien y desconocemos su presente, el otro, a medias reconocible, a medias ignoto, nos recuerda a esas antiguas cartas geográficas con zonas en blanco que

excitaban la curiosidad de los viajeros.

Al principio sólo intercambiaron frases banales y discretas. Físicamente, ambos se notaban muy cambiados y, al cabo, fue Marianne la que se decidió a hacer un comentario en ese sentido:

—Es curioso, pero desde que empezamos a vernos de nuevo me siento confundida: no consigo reconciliar la cara que tengo delante con aquella otra que conocí alguna vez y que guardo en la memoria.

Dominique no respondió en el mismo tono ligero. Dijo:

—Pues yo guardaba una imagen muy precisa de usted, y no se ha mantenido fiel a ella: para empezar, ha cambiado de peinado... y este piso tampoco es el mismo ya, ni Antoine. Lo ha cambiado usted todo a su alrededor con la suave y terrible obstinación de las mujeres, a la que nada se resiste, como la piedra no puede resistirse al agua que la horada. Y una vez transformado su universo, se ha adaptado a él. Enhorabuena: se ha convertido en una Marianne sensata, en una Marianne virtuosa. Pero ¿es feliz? —le preguntó de pronto.

—La felicidad conyugal se parece tan poco a la felicidad sin adjetivos como el amor conyugal al amor sin más —respondió ella.

—¿Por qué?

—Porque se define de forma negativa: es una serie de desgracias que uno consigue eludir victoriosamente.

—No me diga eso, ¡estoy pensando en casarme! Eso sí, por fin he comprendido lo que necesito: una mujer dócil, humilde, que no diga una palabra más alta que otra delante de su marido —respondió Dominique sonriendo.

—¿Y cree que la encontrará fácilmente?

—A decir verdad, ya la he encontrado: es una chica que conocí en Inglaterra. Pobre pero bonita, francesa. Se llama Lucile Brun y en algunas cosas se parece a Solange cuando era

joven...

—¿Ha vuelto a ver a Solange?

—Sí... pobre. La vi un momento. Me he enterado de que parió a un niño muerto y de que estará enferma el resto de su vida...

—Es verdad. Con muchos cuidados, probablemente conseguirá vivir algunos años más, pero nunca se curará.

Se quedaron callados.

Marianne había desviado la mirada y jugaba con el brazalete de oro que adornaba su muñeca.

—Llevaba un vestido rojo y un collar de ámbar —dijo Dominique de repente.

—¿Cuándo? ¿De qué habla?

—De una noche de Pascua en un pequeño restaurante a orillas del Sena. ¿Aún existe? ¡Cómo me gustaría volver!

Las palabras de ambos eran neutras, prudentes; solamente sus miradas se preguntaban y respondían con absoluta sinceridad:

«Estoy solo, siempre he estado solo —le decía Dominique—. ¡Podría darte tanta felicidad!».

«No estoy satisfecha con mi vida —le decía Marianne—. Quizá no lo haya estado nunca: la muerte de Évelyne me hizo comprenderlo. Aceptaría lo que fuera que pudieras ofrecerme: amor, amistad, el mero placer de un instante y todas las desgracias que podría traer consigo con tal de volver a darle a mi vida el sabor áspero y fuerte que ha dejado de tener».

Alzaron la vista el uno hacia el otro y, sin mediar palabra, sintieron que se habían comprendido.

Era un día frío y gris. Las persianas estaban subidas y en las ventanas de las casas vecinas se veían luces débiles, apenas veladas. Dominique era extraordinariamente sensible a ciertos juegos de luces y sombras: le proporcionaban el placer estético que había dejado de depararle el arte (quizá porque había

abusado de los libros, la música y los cuadros, se acercaba a ellos no como un enamorado, sino como un juez).

—De niño —dijo al fin—, cuando me sentía desgraciado en el colegio abandonaba la sala de estudio y me iba a un pasillo donde había una ventanita. A una hora determinada, en el patio oscuro que había debajo se encendía un farol de gas, y yo contemplaba esa llamita verdosa e inmóvil todo el tiempo que podía. ¡No se imagina la paz que me proporcionaba! En aquel pasillo flotaba un olor a tinta, polvo y tiza que aún creo percibir, y desde entonces nada me había producido semejante sensación de ternura y misterio... sólo el tintineo de su brazalete. Me hace sentir una alegría melancólica, como si me recordara a un ser amado al que perdí. ¿Sabe usted en qué pienso desde que volví a verla? De eso hace meses, ¿no? Creía que nunca iba a tener el valor de decírselo, pero pienso en lo que podría haber sido. ¿Recuerda ese amor difuso que se siente en la juventud, que vaga y se fija al azar? Pues yo me enamoré de Solange y usted de Antoine, pero bien podríamos habernos enamorado el uno del otro... ¿Es usted feliz? —volvió a preguntarle.

—¿Sinceramente? No.

—¿Cree que con otro... conmigo... habría podido serlo?

—No lo sé. Quizá. Nunca me he parado a pensarlo... La felicidad no es el problema.

—No, desde luego... pero ¿no cree que a veces pasamos ante el camino por el que los dioses querían llevarnos sin reconocerlo?

—Si querían llevarnos por ahí, ¿por qué no lo hicieron? —murmuró Marianne esforzándose en sonreír.

—¿Quién sabe? Tal vez nuestros deseos pueden más que su voluntad... para nuestra desgracia. El caso es que, a mí, la vida se me va en añoranzas inútiles. ¿Cree que toda vida implica un fracaso? Es una idea desoladora, deprimente, ¿puede uno

resignarse? ¿Lo hace usted? ¿Es fiel a su marido? —le preguntó de improviso.

—Absolutamente fiel.

—¿Incluso de pensamiento?

—Nadie es absolutamente fiel de pensamiento.

—¿Usted cree? Me parece que yo le daría una importancia enorme a eso. Sobre todo a eso. Sé que ser tan exigente me complica la vida: nunca estoy satisfecho ni con los demás ni conmigo mismo. Sólo concibo el amor absoluto, la fidelidad, la comprensión, la amistad perfectas. No me cabe otra cosa en la cabeza. Sólo aceptaría eso. He pensado mucho en ello y, para mí, no hay más que tres soluciones: la que he dicho, que supone encontrar a un ser excepcional; no tener más que relaciones ocasionales, como quien va a tomarse una copa a un bar después del trabajo; o casarse con una chica que acepte su papel de criada con derecho a dormir en la cama del señor. Pero la primera solución... ¿le parece imposible?

Se miraron con algo cercano al pánico. De repente tenían la sensación de llevar años así, sentados cada uno a un lado de la chimenea, solos. El fuego se había apagado y las brasas relucían en la penumbra del salón, no se oía el menor ruido —los niños estaban de visita en casa de la señora Carmontel, Martin se había retirado a la antecocina y todas las puertas permanecían cerradas—. De pronto, ese silencio extraño incomodó a Marianne, que se pasó la mano por la cara lentamente.

—¿Qué hora es? ¿Es tarde?

—No, pero al igual que usted tengo la sensación de que ha pasado mucho rato... Cuando hemos empezado a hablar, no sabía a dónde nos llevaría esto, y no se engañe, Marianne: para nosotros, lo que ha sucedido es muy grave. Casi a pesar nuestro, ha nacido algo que ya no está en nuestras manos sofocar. Ahora usted y yo, que nos éramos indiferentes, vivimos

el uno para el otro, y creo que puede llegar el día en que el resto del mundo nos sea indiferente.

Poco después, sonó el teléfono y ellos se separaron sin decir nada más.

31

La quiebra de la papelera Verhaere y Louis Carré, una firma antigua y sólida que había apoyado a Lennart y Carmontel desde el principio, casi arrastró a esta última empresa en su caída. Le habían suministrado mercancía a crédito por un importe bastante elevado, y esa deuda incobrable bastaba para destruir el equilibrio de una empresa joven y ya comprometida en más de una ocasión por las imprudencias de Lennart.

En cualquier caso, en cuanto el socio de Antoine —cuya fortuna personal era, pese a todo, bastante considerable— tomó conocimiento del alcance del desastre, se asustó y sólo pensó en deshacerse de sus acciones. Se las ofreció a una enorme familia de industriales de las Cevenas, fuerte y unida, que sólo colocaba en los puestos importantes a familiares y conocidos: tarde o temprano se desembarazarían de Antoine.

Él, por su parte, quería conservar la empresa a toda costa: hacía mucho tiempo que había dejado de contar con Lennart; si lo soportaba era por necesidad, pero temía su superficialidad y su ligereza. Le propuso comprar sus acciones, consiguió un préstamo y pronto se vio dueño y señor de la firma, que, no obstante, seguía estando al borde de la bancarrota. Sólo entonces comprendió lo que significaba para él, y descubrir ese apego lo hizo sentir pudor, casi bochorno. A veces, cuando se acordaba de su despreocupación de antaño, de la pasión con que había amado su libertad, de toda una parte de sí mismo que, a su modo de ver, era él mismo por entero, sentía la tentación de despreciarse a sí mismo: le daba vergüenza concederle tanta importancia a un pequeño negocio de

importación y exportación de pasta de papel, haber llegado a tenerle tanto respeto y tanto cariño. Pero lo cierto era que se había ido transformando lenta, insensible, inexorablemente hasta convertirse en un individuo que tenía su mismo aspecto y estado civil, pero otra alma.

Tenía presente el detestable recuerdo del tío Jérôme, que había acabado anteponiendo su empresa a su propia vida, que no tenía ojos más que para las chimeneas de su fábrica, que había muerto por trabajar en exceso y cuyo negocio había dejado de existir casi inmediatamente después de pasar a sus herederos, y no le cabía duda de que él mismo conocía ese sentimiento de inquietud y de celos, tan parecido al amor, que había marcado la vida de su tío.

Su único consuelo tras la muerte de Évelyne era aquel despacho, las horas que pasaba allí, pesadas y fugaces a la vez, la sensación de seriedad y de solidez que daban las conversaciones de negocios, las cifras, los expedientes, los balances, que formaban una realidad palpable como una roca en medio de un torrente de vanas apariencias.

Fuera del despacho estaba perdido. Por la noche, en cuanto acababa de cenar, se acostaba y se dormía, o más bien se hundía por la fuerza, a base de somníferos, en un negro sueño. En ocasiones, el deseo de morir, que no lo había abandonado desde la noche en que había descubierto a Évelyne muerta, era tan fuerte, tan violento, que evitaba acercarse al borde del agua y había dejado de ir a cazar para no tener armas a mano. A veces, en ciertos atardeceres sombríos y gélidos de invierno, empleaba subterfugios para que Marianne fuera a buscarlo al despacho y lo acompañara a casa, pero nadie sospechaba ni remotamente lo que sentía: ocultaba ese deseo, se defendía de él, aunque cada día le cedía más terreno. El ser humano no muere de repente: es necesario que, muchos años antes del accidente o la enfermedad que se lo llevarán, dé su

consentimiento a la muerte, la reconozca, la acoja en su corazón. Previamente a que lo haga el cuerpo, el alma debe morir, desatar uno tras otro todos los lazos terrenales que aún la retienen, producir el vacío y el silencio dentro de sí.

Antoine había llegado a ese punto de indiferencia en el que el individuo pierde el interés por sí mismo: deseaba, esperaba, llamaba a la muerte.

Un día, Marianne lo vio aparecer en el umbral de su habitación. Dijo unas cuantas palabras indiferentes en tono de cansancio y enseguida se dio la vuelta bruscamente y se dirigió al salón para ir a tumbarse al sofá. Después de un rato, se incorporó de repente y la llamó:

—¡Marianne!

Pero ella no respondió. Estaba de pie delante del espejo, lista para salir; ya se había puesto el sombrero y los guantes. Él se levantó, volvió a la habitación y sólo entonces pareció darse cuenta de que ella estaba a punto de marcharse.

—¿Adónde va usted?

—¿Yo? A casa de los Guilhem —respondió Marianne al azar (tenía que encontrarse con Dominique).

Quiso pasar, pero él la detuvo: ya no se sentía con fuerzas para quedarse solo. La miraba con profunda angustia, con la esperanza propia de un miserable, como si fuera la única persona que pudiera prestarle auxilio.

—Quédese conmigo —dijo al fin en voz baja—. No puedo estar solo, no puedo.

—Pero es imposible... me esperan.

—Esa cita no puede ser tan importante, Marianne.

—Puede que no, pero hágase a un lado —repuso ella en un tono de cólera contenida que él no pareció percibir.

—¡Pero si no soporta a los Guilhem! ¡Quédese conmigo!

Estaba de pie ante la puerta cerrándole el paso, Marianne nunca lo había visto así.

—¡No! ¡Déjeme pasar! Volveré temprano.

—Es ahora cuando la necesito.

—¡No!

Lo empujó casi con odio: en esos momentos no podía sentir afecto por él, ni siquiera lástima. Su marido no era otra cosa que un obstáculo para sus deseos. Lo agarró del brazo para apartarlo de la puerta y, de pronto, recordó que, tiempo atrás, una tarde que estaba citada con Antoine, su amante, en el parque cercano a la casa de su familia, se había herido la mano tirando de un cajón atascado con un movimiento parecidamente ciego y furioso, un movimiento que creía impropio de ella, de la «verdadera» Marianne, pero que, pese a todo, tenía que reconocer como suyo puesto que ahora reaparecía. En aquellos tiempos, para correr junto a Antoine había golpeado con los puños un cajón rebelde, para correr junto a Antoine... que no había aparecido... habría matado con sus propias manos a quien hubiera intentado interponerse en su camino.

Antoine hizo ademán de dejarla pasar, pero, cuando ella se dispuso a hacerlo, la sujetó de un brazo y le preguntó:

—¿Dónde están los niños?

—Paseando, no volverán hasta las seis.

—¡Ah! —exclamó él.

La soltó, se sentó en el sofá y después se tumbó con la cabeza vuelta hacia la pared.

—¿A qué viene esto? —murmuró Marianne, pero sin acercarse: no podía sentir empatía porque estaba poseída por la imagen del otro; toda ella era deseo, pasión—. ¿A qué viene esto? Dígame algo al menos... ¿Está enfermo? ¿Triste? ¿Tiene problemas?

—Nada, sólo... —respondió Antoine haciendo salir las palabras entre los labios apretados—. Sólo quería tenerla a mi lado esta tarde, eso es todo.

—¿Otra vez? ¡Ya le he dicho que no! —La propia Marianne se estremeció al oír los gritos que brotaban de su boca—. No puedo —añadió en voz más baja—, no quiero quedarme.

Antoine había escondido el rostro en el pliegue del brazo.

—Bueno —dijo al fin—, está bien... ¡váyase!

Marianne se precipitó fuera y bajó corriendo algunos peldaños, pero de pronto se detuvo y se llevó la mano a la frente. ¡Qué escena tan extraña! No temía que sospechara nada: apenas se interesaba por ella, sólo se compadecía de sí mismo. Volvió a acordarse del día en que la había citado en aquel parque y le pareció ver de nuevo al chico que tanto la había hecho sufrir, tan joven entonces, tan arrogante, lleno de la gracia insolente de la primera juventud, un joven que sólo había necesitado unos cuantos años para cambiar de aquel modo.

«Es otro —se dijo—. Y ahora habla y se mueve como alguien tocado, herido de muerte».

No se había movido: no podía marcharse y dejarlo solo. Lo amara o no, era partícipe, aun a su pesar, de su alegría y sufrimiento; el sufrimiento de él era suyo en parte, por más que él lo dirigiera contra ella; sentía sus efectos: la angustia, el remordimiento, el terror.

Sus años de vida en común habían llevado a cabo una labor secreta: hacer, de dos seres, uno solo. Podían luchar el uno contra el otro, odiarse por momentos, pero eran uno, como dos ríos que han juntado sus aguas.

Subió de nuevo, volvió sobre sus pasos y abrió la puerta sin hacer ruido. Él no se había movido; tenía la cabeza escondida entre los brazos, como cuando lo había dejado.

Se sentó junto a él, se quitó el sombrero y le pasó la mano suavemente por las mejillas y el pelo.

—¿Ya no tienes miedo? —le preguntó al fin en voz baja.

Él no respondió, pero Marianne sentía el cuerpo de su

marido temblando contra el suyo. Ya no lo acariciaba, le había puesto la mano en el hombro y se lo apretaba con todas sus fuerzas, como si quisiera hacer penetrar en él la sensación de su presencia, aunque fuera a base de dolor.

Antoine gimió:

—¡Marianne, si supieras!

Ella le apretó el hombro todavía más, casi con brutalidad.

—¡No, cállate; no digas nada, no te muevas!

Él se quedó en silencio con los ojos cerrados y Marianne, poco a poco, le soltó el hombro y bajó la mano. Luego lanzó un suspiro casi imperceptible.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Antoine volvió a ocultar el rostro.

—¡Vámonos, Marianne! Lo antes posible... Elijamos el sitio más salvaje, el más solitario... No quiero ver a nadie, ni siquiera a los niños... sólo a ti... ¡Tengo miedo, Marion! Estoy enfermo —dijo con voz más débil, y al instante, asustado de su arranque de sinceridad, buscó una mentira—: Estoy sobrecargado de trabajo, exhausto. Quiero irme mañana mismo. ¿Vendrás conmigo? ¡Dime, Marianne!

—Iré contigo —dijo ella sin alzar la vista.

—¿Mañana? ¿Pasado? ¿Cuándo?

—Cuando usted quiera.

Antoine se llevó las dos manos entrelazadas a la frente y luego las desunió con un gesto de cansancio y desesperación. Ella se quedó a su lado en silencio. Media hora después, por fin lo oyó respirar tranquilo y comprendió que se había dormido.

32

Antoine y Marianne tenían previsto salir de viaje al acabar la semana. Ella avisó a Dominique y la víspera de su partida comieron juntos en el Foyot, cerca de los Jardines de Luxemburgo.

Era un día de verano tan caluroso y espléndido como cualquiera podría desear: todo el mundo se marchaba, huía de París. Ante los ventanales del restaurante podía verse pasar por la acera blanqueada por el sol a chicas con vestidos claros cogidas del brazo de sus jóvenes parejas.

Un camarero se acercó solemnemente a la mesa de Dominique y Marianne y les bajó el descolorido estor de dril rosa.

Ella tenía calor y estaba cansada.

—Qué tranquilidad... —murmuró echando la cabeza hacia atrás.

—Sí, una necrópolis —respondió Dominique mientras se llevaba a los labios la copa de excelente vino tinto.

Pero volvió a dejarla en la mesa sin apenas beber y empezó a hacerla girar lentamente entre los dedos. Marianne le estaba explicando dónde se encontraba la villa que habían alquilado:

—Está en las Landas, el sitio más salvaje que quepa imaginar, tal como él quería.

—¿Y yo? —preguntó Dominique en voz baja.

—Volveré en otoño. Aún estarás aquí, ¿no? Ya no te irás, ¿verdad? Eres libre... nada te apremia...

Probablemente esperaba una queja, una súplica, algo como lo que había oído de boca de Antoine, pero entre Dominique y

ella se interponían los mismos sentimientos que habían existido entre Antoine y la joven que ella había sido en otros tiempos y que los años de vida conyugal habían conseguido erradicar: el orgullo ciego, el deseo de ser el más fuerte, incluso el odio sordo que, a veces, se despierta en el corazón mismo del amor.

Dominique guardó silencio. En ese momento, y sin decir una sola palabra más, ambos comprendieron que ya no volverían a verse sino como conocidos.

Al verlos callados, el camarero se acercó para llenarles de nuevo las tazas de café.

—No —dijo Marianne—, nos vamos ya.

Dominique pidió la cuenta y, mientras él pagaba, ella se puso la chaqueta sobre los hombros delante de un gran espejo, la única superficie clara, junto con el techo blanco, entre las paredes marrones y los bancos corridos de terciopelo rojo. El aroma apenas perceptible a café, fresas y aguardiente añejo, y el color oscuro y tornasolado de las colgaduras penetraban en su memoria con la peculiar obstinación, a la vez discreta y tenaz, de ciertos momentos que no se escurren, que no huyen como los demás lejos de nuestro alcance, sino que parecen decirnos al pasar: «A mí me recordarás: yo soy uno de esos raros, de esos humildes minutos que no desaparecen apenas los has vivido». A ella, en particular, era como si le dijeran: «Si nos cuentas, verás que no somos muchos: hubo algunos al comienzo de tu infancia; luego, aquella tranquila noche de Pascua en que contemplaste las aguas del río desde la ventana del hostal; más tarde, la solitaria espera en el parque un día en que había nevado... ¿Qué más? El llanto de tus hijos al nacer... Y sólo hablamos de los recuerdos felices; los otros, por desgracia, marcan a fuego: no es posible deshacerse de ellos. Pero los instantes, si no de felicidad, al menos de esa emoción dulce y afilada que mezcla la desesperación con la felicidad... qué escasos son... Tienes que estar atenta, tienes que recordar

estos estores rosa, las últimas fresas, sus manos, que se estremecen mientras sostienen tu chaqueta...», pensó Marianne sintiendo en el cuello el leve temblor de los dedos de Dominique, que la ayudaba a introducir los brazos en las mangas. Le sonrió.

—¿Adónde vamos ahora?

—A mi casa.

Marianne inclinó la cabeza; por desgracia, eso no cambiaría nada...

Por la tarde, en el momento de separarse (Dominique la había acompañado hasta la esquina de su calle), no se besaron, ni siquiera se dieron la mano. Apretujados, empujados por la gente, clavaron el uno en el otro una mirada que quería retener hasta el menor detalle del rostro, de los ojos, de la sonrisa. Ella, aquel cuerpo delgado, un poco inclinado hacia delante, aquella expresión ardiente, ansiosa, aquel plieguecillo en el ángulo de la boca, fina y cautelosa. Él, el pelo revuelto bajo el sombrero negro echado hacia atrás, las mejillas que se fruncían delicadamente en las comisuras de los labios, quizá por el esfuerzo de acallar una queja o una confesión inútiles. Un instante después, Marianne se dio la vuelta bruscamente y se alejó.

Como había imaginado, cuando volvieron de las Landas, Dominique ya no estaba en París.

33

La empresa de Antoine, que había pasado a llamarse simplemente Carmontel, empezó a vivir días mejores. Aún había que vigilarla de cerca, que llevarla de la mano con prudencia y delicadeza, pero en otoño, cuando Antoine, Marianne y los niños volvieron a París, los negocios habían vuelto a esa senda sembrada de dificultades sorteadas, catástrofes evitadas por un pelo, errores de cálculo, fracasos y éxitos ocasionales que solemos llamar la marcha normal de una empresa.

Sin embargo, el alza súbita y posterior hundimiento brusco que la libra experimentó en 1926 le asestaron un nuevo golpe: reaparecieron las deudas y fue necesario reducir gastos en casa, vender el coche y prescindir de la niñera. Marianne nunca había conocido la falta de dinero: le pareció menos penosa por los problemas que traía consigo efectivamente que por los que prefiguraba y hacía temer. Pensaron en mudarse, el piso de la Île Saint-Louis les resultaba demasiado caro. La idea los entristecía a ambos: le habían cogido cariño, como a una persona. Estaban llegando a la edad en que el ser humano deja de avanzar solo por la vida, en que los fantasmas lo apremian por doquier; aún los rechaza y busca afanosamente a sus compañeros, los vivos, pero debe contar con las sombras, previendo el día en que sólo las tendrá a ellas.

Marianne y Antoine podían medir el tiempo transcurrido por la fuerza que adquirían ciertos recuerdos y por el crecimiento de sus hijos, que ya tenían cinco y tres años.

Eran dos niños guapos y sanos: Gisèle, sonrosada y vigorosa;

François, más nervioso, más frágil, un chiquillo de piernas delgadas e incansables; y una y otro ruidosos y reñidores. Desde que habían despedido a la niñera, Marianne no podía dejarlos solos ni un instante: exigían vigilancia permanente. La mantenían ocupada sin cesar, y cada día más. A veces tenía la sensación de que sus apremiantes manitas le arrancaban el tiempo y ella tenía que correr, jadeando, tras esos cuerpecillos alegres que huían llevándose muchos preciosos minutos.

«Se te comen viva y los bendices», pensaba.

En realidad, les agradecía que no le permitieran anhelar, ansiar, esperar.

Al año siguiente, su suegra cayó enferma. Se había pasado la vida quejándose de su mala salud y, sin embargo, presumía de tener el estómago en perfectas condiciones, lo que atribuía a la frugalidad y la disciplina que mantenía en sus comidas, minuciosamente dosificadas, servidas a la hora exacta, con la cantidad de calorías y vitaminas necesarias. Pero en aquel cuerpo frágil, amenazado por todas partes desde hacía treinta y cuatro años, el estómago fue lo primero en ceder. Todo empezó con ardores e inapetencia, luego se formó una úlcera y, finalmente, un tumor que había que operar si se quería poner fin a los fuertes dolores y evitar una muerte inminente.

Avisaron a Antoine después de fijar la fecha de la intervención. Desde hacía mucho tiempo, el único sentimiento que le inspiraban sus hermanos y su madre era una melancólica indiferencia. Incluso le costaba recordar los motivos de su rencor y su ruptura con ellos, ¡había llovido tanto desde entonces!

Inmediatamente después de la cirugía los médicos estaban medianamente optimistas, pero muy pronto cambiaron de opinión: les parecía evidente que la anciana estaba en las últimas y que no saldría con vida de la clínica.

Al igual que sus hermanos, Antoine iba a visitarla a menudo:

no temía perderla pero, como ya le había ocurrido con su padre, la perspectiva de su muerte lo teñía todo de luto. En todo caso, aunque la señora Carmontel parecía estar al borde de la agonía, su viejo corazón seguía luchando con un coraje y una obstinación que asombraban a los médicos.

Había ingresado en la clínica a finales de diciembre de 1927 y a finales de enero del año siguiente seguía allí, sin ningún cambio visible en su estado. Dormitaba la mayor parte del tiempo, pero de pronto se despertaba, reñía a la enfermera o al médico y volvía a sumirse en su sopor. A veces decía agriamente:

—Ya lo veréis, de aquí sólo saldré para ir al cementerio. —Pero era evidente que no lo creía.

Joséphine montaba guardia junto a su cama, y los comentarios que oía de boca de su patrona apuntaban en una dirección completamente distinta:

—No sabes qué ganas tengo de volver a casa, hija mía —le confesaba, y luego añadía en un tono irritado y quejumbroso—: Todos dicen que estoy mejor... pero yo me sigo sintiendo débil... noto que he adelgazado, ¿tú qué piensas?

Entonces, Joséphine miraba el cuerpo escuálido de su patrona, que apenas levantaba las sábanas, y, por toda respuesta, le preguntaba a su vez:

—¿La señora cree?

Eso irritaba a la señora Carmontel:

—«La señora cree», «la señora cree», ¡no se trata de lo que yo crea, te estoy pidiendo tu opinión!

Pero, como Joséphine tardaba en contestar, ponía cara de indignación, cerraba los ojos y decía entre dientes:

—Esta chica se está volviendo tonta...

Y no abría la boca durante un buen rato.

Antoine y sus hermanos solían ir a verla poco después de la comida, pero un día él no pudo acudir a la hora habitual y se

presentó al atardecer. La lámpara ya estaba encendida. Hasta entonces sólo había visto la habitación a la luz del día, y atribuyó a esa diferencia de iluminación, al menos en un principio, el cambio ocurrido en el rostro de su madre: parecía más abatida que de costumbre; apenas alzó los párpados al sentirlo entrar, cuando por lo común lo recibía con una media sonrisa que acababa en una mueca y alguna frase del estilo: «Entra o sal, que me estoy helando», o: «¿Tú? Estaba a punto de echarme una siesta».

Joséphine y la enfermera estaban ahí. La primera le acercó un sillón a la cama, pero su madre siguió sin abrir los ojos y, de pronto, con un suspiro, dejó caer los brazos a los costados. Él pensó: «Ha muerto», pero Joséphine y la enfermera siguieron hablando en voz baja: no parecían asustadas ni inquietas.

—¿Duerme? —preguntó él en un susurro.

—No tardará en hacerlo —respondió Joséphine.

—¿Cómo está hoy?

—No hay cambios.

—¿Qué tal su corazón?

—Sigue aguantando.

La anciana esperó unos momentos. La enfermera abrió la puerta en silencio y se retiró al baño contiguo. Joséphine la siguió.

Una gran tristeza invadió a Antoine; no se oía el menor ruido, ni siquiera la respiración de su madre, a quien nunca había visto tan tranquila. Leyó maquinalmente las etiquetas de los frascos alineados en una mesita al pie de la cama y luego se puso a mirar, uno a uno, los objetos personales que su madre se había llevado consigo a la clínica, algunos de los cuales él recordaba haber visto en la habitación de sus padres en el piso del bulevar Malesherbes. Una pequeña foto en un marco de plata mostraba a su madre joven con ellos tres —él mismo, el más pequeño, aparecía sentado en sus piernas—. Recordaba su

amplia falda de paño negro adornada con pasamanería. «Mamá se la ponía con un corpiño de terciopelo», pensó. Aún le parecía sentir en los dedos el tacto del terciopelo, del paño y de las trencillas, algo ásperas, que él descosía disimuladamente con las uñas. «Era malo... como François».

Al lado había un abanico cerrado, el lápiz de mentol para la jaqueca en su estuche de marfil y plata, y, por último, un libro de poemas de Alfred de Musset cuyas tapas azules recordaba haber visto con frecuencia pero que nunca se le había ocurrido abrir. Lo hojeó, leyó algunos versos al azar y, por casualidad, se encontró con una dedicatoria escrita con la letra de su padre en una de las páginas de cortesía: *para Manouche*, seguida de una fecha que debía de remontarse a sus primeros años de casados.

«¿"Manouche"? —pensó acordándose de las últimas palabras de su padre—. Entonces, era ella... Es curioso: nunca la llamó así delante de nosotros... ¡Qué desconocidos, qué misteriosos, qué inaccesibles nos resultan los demás! Por eso querríamos dejar a toda costa una imagen fiel de nosotros mismos al menos a nuestros hijos, pero precisamente ellos no tienen la menor curiosidad por conocernos, y se conforman con las apariencias más superficiales».

Aún tenía el libro en la mano cuando su madre abrió los ojos y lo miró de una forma que enseguida lo hizo reconocer que acababa de producirse un cambio espantoso, indescriptible con el lenguaje humano.

Quiso levantarse para llamar a la enfermera, pero ésta ya estaba allí. Le puso una inyección a la anciana, que no dio muestras de sentir el pinchazo: parecía buscar a su alrededor con una expresión angustiada, suplicante y casi amenazadora.

—¿Qué quiere? ¿Qué necesita? —les preguntaba Antoine a la enfermera y a Joséphine; en esos momentos, sólo le interesaba una cosa: comprender lo que pedía su madre y cumplir ese último deseo.

«Cuando murió mi padre —recordó—, también se agitaba y pedía algo que nosotros no podíamos darle, pero ella parecía comprenderlo. Ahora ella está sola y no puede hablar, y yo no puedo hacer nada por ella».

Se inclinó hacia la moribunda:

—¿Qué quieres? Intenta decírmelo por señas... haré lo que me pidas. ¿Quieres ver a Gilbert, a Pascal, a Bruno... a mis hijos? —De pronto se le ocurrió que podía estar preguntando por su marido: sin duda había olvidado que estaba muerto—. ¿A papá? —preguntó.

Joséphine cogió del sillón junto a la cama un chal de lana blanca y lo deslizó entre los dedos de la moribunda, que se calmó enseguida.

—Le gusta tenerlo entre las manos —les explicó en voz baja a Antoine y a la enfermera—. Es calentito y lo tejió ella misma: fue su última labor.

Así pues, todo lo que parecía importante, inestimable, único en el mundo, se borraba: del amor, del pasado en general no quedaba nada, ni siquiera el recuerdo. «¿Para qué sufrir y desesperarse —pensaba Antoine— si en el instante final no quedará más que el apego a un objeto, el deseo de un vaso de agua, un último rayo de sol en una pared de hospital, una pañoleta de lana o la suavidad de un volante rameado que atenúa la luz de una lámpara?».

Para anticiparse a la muerte, a esa pobreza, a ese supremo despojamiento, ¿qué hacer, si no desprenderse de toda pasión, abandonar poco a poco todos los deseos?

Unas horas después, sin sufrir mucho más, la anciana señora Carmontel expiró.

34

La herencia de la señora Carmontel, sin ser tan cuantiosa como ella misma habría deseado, supuso una gran ayuda para Antoine.

Además, propició que volviera a tener contacto con sus hermanos, que lo encontraron cambiado para mejor: les parecía más sensato, menos sarcástico —«más humano», decía Pascal —. Por su parte, Antoine valoraba su prudencia, su ponderación, sus juicios de hombres avezados en los negocios y versados en leyes, con conocimientos sin duda limitados pero inequívocamente fiables.

Al contrario de lo que se cree, los seres humanos son, por lo general, cínicos tan sólo en la primera juventud, y a medida que la vida avanza se vuelven menos duros y valientes. Los jóvenes aman la realidad, los hombres maduros la sufren y los ancianos, más sabios, huyen de ella, aunque en vano, porque la realidad siempre les da alcance en el último momento. Unos años antes, Antoine se habría confesado a sí mismo sin pudor que su repentina simpatía por sus hermanos y el olvido de sus ofensas se debían a que al fin valoraba en su justa medida la ayuda que podían prestarle en sus negocios mediante sus relaciones, su experiencia y su prestigio, dado que ambos habían desarrollado una brillante carrera. Pero ya no era tan joven: tenía treinta y cuatro años y la brutalidad de ciertos pensamientos lo horrorizaba. Prefirió atribuir a los lazos de sangre su deseo de reconciliarse con los suyos. En realidad, sus hermanos lo buscaban a él movidos por las mismas razones: sabían que su empresa atravesaba un periodo difícil, pero

Gilbert se había informado y sabía que era sólida.

Así pues, invitó a su hermano Antoine y a Marianne, su cuñada, a una cena de reconciliación en su casa a la que también asistieron Pascal, Raymonde y, para subrayar el carácter a la vez solemne e informal de la reunión, sus dos hijos mayores.

Apenas acabaron de cenar, Solange tuvo que tumbarse. Marianne y Raymonde se quedaron con ella y se pusieron a hablar de los niños, que jugaban al dominó en un rincón dándose patadas bajo la larga mesa mientras sus padres fumaban en el despacho de Gilbert —Solange no soportaba el olor del humo.

Antoine elogió aquella hermosa casa que apenas conocía: le parecía enorme, confortable y exquisitamente amueblada.

—Mi mujer se ha ocupado de todo, a pesar de su mala salud —reconoció Gilbert—. No hay una sola cosa que no lleve su impronta.

—Pues tiene un gusto exquisito —confirmó Antoine pensando que, sin duda, había sido Dominique Hériot quien había educado ese gusto.

Gilbert lo sabía, pero parecía haberlo olvidado.

«No obstante, yo creía que este matrimonio sería el drama de su vida —pensó Antoine—. Y supongo que me equivoqué: parece feliz».

Gilbert suspiró.

—Menos mal que tenía eso para mantenerse ocupada... porque, si no, siempre enferma, sin hijos ni esperanza de tenerlos, sola en este pueblo perdido... —Entonces, tras lanzar una mirada a la puerta vidriera que los separaba de las mujeres, en el salón contiguo, exclamó bajando la voz—: ¡Ay, hermano, no te imaginas cómo es mi vida! La preocupación, la inquietud permanente...

—Las enfermas crónicas son mucho más resistentes que las

demás mujeres —respondió Antoine—. Acuérdate de mamá... ¡cuántas veces nos pareció que la perdíamos! Tengo la impresión de que jamás la vi sana desde que nací, ¡y murió treinta y cuatro años después!

—Mamá era más bien una enferma imaginaria; lo de Solange, en cambio, es una agonía interminable. De todas formas, no creas que ese parecido del que hablas, entre ella y mamá, no se me ha pasado por la cabeza. Al contrario, ¡cuántas veces no habré comparado mi situación con la de nuestro padre! ¡Cuántas veces no lo habré compadecido! Ahora comprendo lo que significa «una mujer enferma», una frase que decíamos con tanta ligereza, ¿te acuerdas? Lo encontrábamos totalmente natural: papá era mayor, ¿no? ¡Pues le tocaba sufrir! El caso es que hace poco me di cuenta de algo sorprendente: al nacer tú, es decir, cuando mamá empezó a estar enferma, papá era más joven que yo. ¡Ay, hermano, si supieras los cuidados, las preocupaciones constantes, las cenas solo, delante del criado que camina de puntillas como si ahí arriba yaciera ya un cadáver! Al final, no soy más que un hombre. Puede que lo que voy a decir te parezca indignante, brutal, pero ¡no puedo más! Tengo la sensación de estar casado con una muerta. ¡Es espantoso!

—Se curará, es joven —dijo Pascal llenándose la copa.

Pero Gilbert negó con la cabeza.

—He confiado demasiado tiempo en esa posibilidad. Está mejor seis semanas, dos meses... volvemos a hacer vida normal y entonces, *¡paf!*, vuelta a empezar. No puedo viajar, salir ni invitar a nadie, por no hablar del daño que esto le hace a mi carrera, ya me entiendes. A veces, por las tardes, con sólo pensar que tengo que volver a casa me entra la desesperación.

Raymonde apareció en el umbral: iba a buscar a su marido porque al día siguiente los niños tenían colegio y no quería que llegaran tarde a casa. Gilbert y Antoine se quedaron solos y se

pusieron a hablar de la quiebra de Verhaere y Carré.

Mientras tanto, en el salón, Marianne y Solange no sabían qué más decir: durante los últimos años apenas se habían visto y Marianne sentía que su amiga envidiaba su salud, su fuerza, sus hijos. Su enfermedad no había alterado su belleza, pero estaba tan pálida y tan débil que apenas contaba como mujer. Sin duda, hacía mucho tiempo que había dejado de compartir las alegrías y las penas de sus congéneres.

«Por eso a su lado me siento tan incómoda como si estuviera con una anciana —pensaba Marianne—. No tenemos nada en común, mientras que entre Raymonde y yo, por ejemplo, por más que la deteste, o entre mis amigas en general y yo existe un lado femenino: la cama, el placer, la maternidad, que nos hace parecidas».

—¿Sabes algo de Dominique? —le preguntó Solange de pronto.

No miraba a Marianne, sino la ventana que tenía delante.

—No —respondió Marianne.

—Sé que os habéis visto...

—Sí, alguna vez...

—Se casa dentro de un mes, ¿lo sabías?

—No, ¿con quién?

—Con una mujer a la que conoció en Londres. Una francesa bastante anodina, creo.

—Solange... —empezó a decir Marianne impulsada por una curiosidad extraña y cruel, o quizá por un deseo de vengarse porque le había hecho daño con su pregunta—...¿sigues pensando en él?

—Sí —confesó Solange—. Yo no vivo como las demás mujeres, ¿sabes? Los días son largos y las noches parecen interminables. Seguramente les doy a los recuerdos más valor del que merecen.

Se subió hasta la barbilla la manta que tenía doblada sobre

las piernas y cerró los ojos.

—¿Estás cansada? —le preguntó Marianne susurrando.

—Sí, perdona.

Marianne se acercó a la puerta vidriera y le hizo señas a Antoine.

—Solange necesita descansar. Deberíamos irnos.

Gilbert los llevó de vuelta a París en su coche y, cuando ya se alejaba dejándolos solos, Antoine le dijo a Marianne:

—Pobre, qué vida la suya...

—¿Crees que Solange aguantará mucho tiempo más? Parece estar al límite...

—Desde luego, su muerte sería una bendición para los dos.

—Él la quiere y nunca la olvidará. Sufrirá en cualquier caso.

—No —dijo Antoine bruscamente—: nos creemos que los muertos tienen un gran poder sobre nosotros. Pero no: terminamos olvidándolos. No ocurre enseguida, ni fácilmente, pero pasa el tiempo y los pobres muertos caen en el olvido.

Entraron en casa y encendieron la luz. Marianne cogió un libro y se tumbó en el sofá, Antoine se acercó al aparato de radio y empezó a tocar botones maquinalmente mientras silbaba frunciendo la boca de un modo curioso. Ella lo miró y pensó que nunca lo había visto hacer ese gesto que, sin embargo, le resultaba conocido.

«¡Ah, sí! Évelyne...», se le ocurrió de pronto.

Évelyne... su padre... ¡cuántos muertos! Y Solange, con la que había estado hacía un momento, apenas era más real: ya parecía una sombra. Y Dominique... y el mismo Antoine, Antoine joven... también ellos estaban lejos... Miró las manos de su marido, que hacía girar el dial, y se acordó de los tiempos en que no podía tocar esas manos sin sentir al instante el deseo de que la acariciaran.

«Eso no volverá a pasar —pensó de pronto—. Entre nosotros ya no podría existir nada parecido, y no sólo porque hemos

vivido juntos mucho tiempo y el deseo se ha apagado: hay algo más, una especie de pudor, y antes, sin embargo... ¡Qué cosa más extraña! Esta corriente desigual, lenta y poderosa del amor conyugal, de qué fuente tan débil e impura mana... Y no he descubierto sólo el pudor del cuerpo, que antes no conocía —se dijo—, sino también el del alma: cuando el primer fuego del amor ha pasado, cuántos miramientos, cuánta delicadeza, cuando antes se exigía el fondo mismo del pensamiento, su profundidad más turbia; poco a poco nos volvemos sensatos...».

—Me he enterado de que Dominique Hériot se casa —dijo.

—¡Ah! —murmuró él, pero desvió la mirada de inmediato.

¿Qué sabía? ¿Qué había adivinado? ¿Qué ignoraba? ¿Lo había comprendido todo o nada? ¿O simplemente había decidido ignorar la verdad? Ella nunca lo sabría. ¡Cuántas mentiras entre ellos! Y sin embargo estaban unidos, eran amigos, tal como las aguas mezcladas con barro forman un río poderoso y fecundo. Nunca sabría nada y, mientras que en otros tiempos habría exigido la verdad, ahora callaba, sólo deseaba más oscuridad y más silencio.

Tuvo miedo de aquel torrente de ideas que la arrastraban lejos de él: la salvación de ambos estaba en lo que les atañía como pareja y no como individuos distintos. Unidos eran invencibles; a veces incluso les parecía que ni la misma muerte tendría ningún poder sobre ellos. Separados, en cambio, eran los seres humanos más débiles del mundo.

—Gilbert va a presentarme a Bruhl, el accionista mayoritario de la compañía Rogier —dijo Antoine—. Confío en que el año que viene sea mejor, aunque he dejado de esperar un periodo absolutamente tranquilo y próspero: el éxito de una empresa depende de un equilibrio inestable entre dos desastres y hay que conformarse con eso. Pero ya sería bastante. Mi primer dispendio consistiría en volver a comprar un coche. —Apagó la radio—. Creía que había sintonizado Moscú, pero era Radio

París, ¡qué porquería! Oye, la cena de ayer con los Salari, qué aburrimiento, ¿no?

—En esa casa no se come nada bien...

—Y sus vinos son infames.

—¿Viste el vestido de Béatrice?

—¿Aquella cascada de plumas? Está loca.

—Sí, era horrible, ¿verdad?

Ni el uno ni el otro escuchaba aquel parloteo, pero se sentían, si no felices, al menos tranquilos, seguros.

Poco después se acostaron y, en el calor de la cama, disfrutaron de un amor que sólo era la sombra de su antiguo amor, pero que, alimentado por los recuerdos del pasado y la ardiente voluntad de olvidar, reverdecía y volvía a la vida de vez en cuando.

35

Meses después, Marianne coincidió con Dominique en casa de los Guilhem. Iba acompañado por una joven bajita y delgada; bonita, pero con apariencia de ser más bien tímida y reservada.

—Mi esposa —le dijo Dominique a Marianne presentándosela.

Las dos mujeres se dieron la mano. La recién llegada parecía adiestrada para la obediencia estricta y el silencio; Marianne intentó en vano hacerla hablar: respondía lacónicamente, en un tono frío y forzado. Sin embargo, no parecía tonta.

«Seguramente era la mujer que necesitaba este hombre atribulado e inquieto que nunca dejará de buscarse a sí mismo», pensó Marianne.

Al cabo de unos instantes se encontró a solas con Dominique en la salita redonda que precedía al salón de conciertos. Habían intercambiado algunas palabras como dos extraños que no tienen ningún recuerdo en común, pero ambos creían que ese tono cambiaría cuando estuvieran solos. Sin embargo, aunque ya lo estaban y nadie podía oírlos —el concierto había comenzado—, seguían, a su pesar, diciendo frases gélidas y comentarios neutros.

—¿Estás feliz? —preguntó al fin Marianne casi involuntariamente.

—¿Feliz? —repitió Dominique—. Es una palabra demasiado vaga... carente de matices... Digamos, si quiere, que tengo la sensación de haber empezado una nueva vida. No crea que es un elogio dirigido a mi mujer... ya me ha ocurrido otras veces: de tanto en tanto, un buen día siento que estoy a punto de

zarpar con otro rumbo. La vida de algunas personas, sin ser idéntica desde la cuna hasta la tumba, avanza en la misma dirección; sin embargo, yo he cambiado ya varias veces de deseos, de ideas, de amores, hasta el punto de sentir que en mi interior despertaba otra alma, y creo que en este mundo ya no conoceré otra felicidad que la renovación, el renacimiento.

—¿Y recuerda usted sus vidas anteriores? —le preguntó Marianne esforzándose en sonreír.

Dominique negó con la cabeza.

—Las recuerdo, sí, pero ya no me afectan, y así debe ser.

—Quizá, pero es difícil... Si lo he entendido bien, sus sucesivos «yoes» ceden el sitio a otros sin sufrimiento... No es lo habitual: en muchas personas, las edades de la vida o, si lo prefiere, los diferentes estadios de la vida coexisten, lo que en algunos momentos resulta insoportable: una parte de uno mismo se resigna, envejece, incluso se adelanta a la vejez, pero la otra se ha quedado en la adolescencia o la juventud. A eso me refiero cuando digo que es difícil. —Marianne se interrumpió y miró a la mujer de Dominique, sentada entre el público en una silla de las primeras filas—. ¿Es ella la mujer que deseaba?

—Sí; como recordará, en lo tocante a mi futura mujer, mis deseos eran modestos, y los deseos modestos suelen cumplirse: ella es justo lo que quería.

—¿*Ancilla Domini*?

—Sí. —Dominique dudó un momento y añadió—: Debo decirle que me casé con ella principalmente para poder reconocer a mi hija, la niña que tuve con ella y a la que estoy muy unido.

—¿Qué edad tiene?

—Va a cumplir cinco años: cuando usted se marchó me vi ante dos caminos distintos que llevaban, uno, hacia usted, y el otro hacia esa niña. —Continuó en voz más baja—. Y conste

que no hablo de la madre, que me vino dada por añadidura, sino de la niña. Cuando usted se fue, podía esperarla a usted o elegirla a ella, pero me era imposible seguir viviendo como antes.

—No creía que un hijo pudiera significar tanto para un hombre —dijo Marianne—. Antoine es un padre excelente, pero no apasionado, ¿comprende?

—Pero es que yo siempre he sido... pobre. Sí: nunca me han dado nada completamente. Si es culpa mía o de los demás no lo sé, pero ahora por fin tengo algo mío, ¿comprende? Otro yo...

—¡Vaya ilusión!

—¿Usted cree?

—La última ilusión, la suprema: yo misma tengo dos hijos y cada día son más distintos de mí, están más alejados de mí y son, incluso, más incapaces de ser felices, que es lo único que la vida les exige. Usted sabe tan bien como yo que ningún niño es feliz, y más tarde, condenados a nuestra misma suerte, ¿cómo les va a ir mejor que a nosotros?

—No le creo, no quiero oírla: esa niña es el amor de mi vida —dijo Dominique sonriendo.

—¿Es guapa?

—Mucho. Rubia, con los ojos negros y la piel translúcida y sonrosada de los retratos ingleses. ¿Me permitirá que se la presente algún día?

—Naturalmente. Es un poco más pequeña que los míos, pero les encantará jugar juntos.

Marianne se levantó para saludar a la madre de Béatrice, que avanzaba hacia ella; Dominique se alejó.

«Ahora lo veo otra vez desde lejos, como antaño, como hace once años —pensaba mientras la anciana le hablaba de su último ataque de hígado y de la cura que había hecho en Carlsbad—. Durante un tiempo nuestras vidas se confundieron: yo no podía ver sus rasgos, como no puedo ver los de Antoine.

Ahora vuelve a estar fuera de mí y puedo mirarlo con distancia. ¿Cómo explicar eso? Me estoy alejando de él y, desde este punto del camino, el amor que sentí por él no parece menor, pero se ha puesto en la fila, por así decirlo: ha ocupado su sitio entre otros sentimientos, otros amores». Recordó las excursiones a la montaña cuando era una muchacha, y que, cuando bajaba de nuevo hacia la llanura, si volvía la cabeza todas las cimas parecían más o menos de la misma altura, igualadas por la distancia. «Dominique dice que ha empezado una nueva vida —siguió pensando—, y que no es la primera vez que lo hace. Lo envidio. A mí, el camino que he dejado atrás ya me parece lo bastante largo y cargado de recuerdos».

Entretanto, los músicos habían regresado a su sitio y tocaban un cuarteto de Mozart que le gustaba especialmente. Vio que Dominique se acercaba a su mujer e intercambiaba con ella unas frases en voz baja. Para su sorpresa, sintió que se le arrasaban los ojos y, por un momento, las lágrimas rodearon las luces de la sala con un halo tembloroso. Luego, haciendo un penoso esfuerzo, se serenó.

«No ha mencionado a Solange», pensó acordándose de su joven amiga fallecida dos meses antes. Una hemorragia se la había llevado de repente.

36

Gisèle tenía doce años; François, diez. En agosto de 1931 habían tenido una hermanita a quien llamaron Solange en recuerdo de la esposa de su tío Gilbert, fallecida antes de que la niña viniera al mundo.

Gisèle era una chiquilla de pelo negro y liso cortado a flequillo sobre la frente, ojos azules y cejas finas y largas, un poco levantadas hacia las sienes; François, un niño endeble, pálido, greñudo. El pelo, castaño y áspero, le formaba un quiquiriquí sobre la frente; tenía la cara pecosa, los ojos tan azules que parecían casi incoloros, las piernas delgadas y cubiertas de moretones y arañazos, y las rodillas, grandes y ásperas. Siempre iba muy tieso, con los puños hundidos en los bolsillos; era tozudo, contestón, bruto, a ratos perezoso y en otros momentos de una agilidad mental casi prodigiosa.

Los jueves, sus primos, los hijos menores de Pascal Carmontel, y la pequeña Rosette Hériot, la hija de Dominique, iban a merendar con ellos. En principio, las habitaciones del fondo y el largo pasillo debían bastarles para sus juegos pero, aprovechando la ausencia de los padres, cada dos por tres alguno de ellos entraba corriendo en el salón, se detenía, miraba a su alrededor con los movimientos vivos y curiosos de un pájaro y, tras soltar un leve chillido o dar una voltereta sobre la suave y cálida alfombra, se iba por donde había venido.

Era otoño. Dentro de poco, los criados cerrarían los postigos. Los criados no molestaban a los niños: preparaban la mesa de la merienda sin prestarles atención y los pequeños tampoco se

ocupaban de ellos. Lo padres sí que eran molestos, pero Martin, Alida y la Tata apenas se distinguían de los muebles familiares: delante de ellos no había por qué tener vergüenza, esa insoportable sensación de que te miraban y te juzgaban, de que, hicieras lo que hicieras, nunca estabas a la altura de lo que ellos deseaban y esperaban. Solos, los niños se sentían libres y maravillosamente ligeros. Les entraban ganas de estropear, de romper no sabían qué; incluso había momentos en que el exceso de vitalidad los abrumaba e intentaban liberarse de él dando gritos salvajes, revolcándose en la alfombra, arrojando los cojines al suelo y pisoteándolos, peleando entre ellos.

Luego, con la misma rapidez con que se habían lanzado el uno sobre el otro, se separaban y corrían, o se cogían de la mano y se ponían a bailar.

De pronto, alguno gritaba:

—¡Al escondite! ¡Al escondite!

Y volvían a dispersarse entre gritos de alegría.

Su juego favorito era precisamente el escondite.

Gisèle, la más rápida, entró en el salón, dio una vuelta a su alrededor andando de puntillas y luego se encondió detrás del sofá.

Pensaba en su primo Bruno, del que estaba enamorada. Sus sueños aún eran inocentes; la turbación que le producían era extraña, aguda, ardiente como una llama. Para ahuyentarla, se agarró a lo alto del respaldo y, ayudándose con los pies, lo escaló riendo por lo bajo. ¿Qué habría dicho mamá?

«No hagas eso, Gisèle...».

Los padres parecían no tener otras palabras en la boca: «No hagas eso... no toques eso otro...».

Qué idea tan extraña, conservar aquel viejo sofá... En invierno no había quien se sentara en él porque el frío se colaba por las rendijas del balcón.

—Siempre ha estado ahí —decía mamá.

Sentada en lo alto del mueble, Gisèle golpeaba con los pies los cojines de terciopelo. En el fondo, en aquel salón nada le era familiar ni querido. Nada era suyo. Todos aquellos muebles pertenecían a una época desconocida, apenas real; allí no había huellas de sus lloros, de sus juegos ni de sus sueños por ninguna parte; todo parecía encerrar un significado que no conocía, que no conocería jamás. A veces, sin embargo, algo en aquella penumbra parecía a punto de susurrar: «Yo sé lo que tú ignoras... yo lo sé, lo sé...».

Oyó pasos: la buscaban. Era François. Soltó un grito y salió disparada, pero a François le había dado tiempo a coger al vuelo la orla de su vestido: la habían descubierto, ahora le tocaba buscar. Con el corazón todavía palpitante tras la carrera y las mejillas enrojecidas se arrodilló ante el sillón de la sala de fumadores y, tapándose los ojos con las manos, contó en voz alta:

—Uno, dos, tres...

Y así hasta cien.

Ahora, François ocupaba el sitio de su hermana detrás del sofá. No buscaban escondites nuevos, sino una combinación de penumbra, silencio, complicidad y misterio que encontrabas aquí y no allí, detrás de esta silla y no de aquella otra quién sabía por qué. Pegado a la pared, aspirando el leve olor a polvo que ascendía de la alfombra, François esperaba agazapado. La vista, el oído, todos sus sentidos estaban maravillosamente alerta. Se mantenía atento al menor ruido, a la respiración del enemigo en las sombras, al débil rayo de sol que veía en el entarimado cuando se abría la puerta; el corazón le latía con tanta fuerza que, de vez en cuando, se llevaba la mano al pecho y cerraba los ojos para escucharlo. Estaba ebrio de juegos, de carreras, de sensaciones extrañas. Ebrio, pero no contento: François nunca estaba del todo contento; tenía muchos deseos, a veces contradictorios, que lo asaltaban violentamente: todo le

gustaba o le disgustaba con demasiada intensidad. Le habría encantado que Rosette Hériot estuviera a su lado detrás de aquel mueble, pero ella no había querido seguirlo. Un trocito del cordoncillo que adornaba la parte baja del sofá estaba suelto. Lo arrancó. Sus dedos delgados, duros y ágiles se ensañaron con el cordón, que chascó débilmente.

Alguien entró y encendió una lámpara para no tropezar y caer.

—¡François! —gritó Gisèle—. Vamos a jugar a otra cosa, ¡ven!

Él no respondió. Poco después salió de su escondite gateando y miró a su alrededor: el salón tenuemente iluminado le gustaba, y sin embargo lo entristecía. Sentía algo parecido al halo que rodea un recuerdo vago. El recuerdo mismo no existía, sólo su aroma, su cercanía, ese temblor de lo ya visto, ese reflejo que proyecta el pasado en el presente como una imagen sobre la superficie de un antiguo espejo... Cuando volvía los ojos hacia el lado del Sena, la sensación se intensificaba y se ensombrecía, rayaba en la angustia. Siempre le había dado miedo la oscuridad. Al venir al mundo, el ser humano parece traer consigo visiones de tinieblas y horror que cederán poco a poco y se desvanecerán durante el día o bajo la suave claridad de las lámparas, pero nunca desaparecerán del todo: volverán al primer asomo de oscuridad o soledad.

Estaba de pie en mitad del salón, con la cabeza baja y los labios apretados, tan absorto en sus pensamientos que no oyó entrar a Martin. Sólo volvió la vista al oírlo preguntar:

—¿Qué hace aquí, señorito François? —Al mismo tiempo, el criado inspeccionaba la habitación con desconfianza. ¿Qué nueva trastada se le habría ocurrido al dichoso crío? No, todo parecía en orden—. Vamos a ver, señorito, ¿qué hace usted aquí?

François no respondía, ni siquiera lo escuchaba: a veces, la

necesidad de silencio e inmovilidad se apoderaba de él en medio de una pesada y confusa cavilación de la que emergía con los ojos brillantes y las mejillas encendidas como si hubiera bebido. En momentos así, si su padre o su madre estaban presentes, le preguntaban con irritación:

—Pero ¿se puede saber qué escuchas? ¿Qué miras? En ese rincón oscuro no hay nada. ¿En qué piensas? ¿Qué murmuras?

Porque recitaba en voz baja «pito, pito, gorgorito», la tabla de multiplicar o las pocas palabrotas que sabía para formar una especie de cantinela que lo aliviaba y lo ayudaba a pensar. Aunque en su caso no podía hablarse de pensamiento propiamente dicho: no razonaba, no imaginaba; absorbía, y no tanto por la vista o el oído como mediante una facultad misteriosa, semejante al sexto sentido de los sonámbulos, ciertos sonidos, ciertos colores y olores a veces imperceptibles para los demás, que iban depositándose en él y más adelante serían el fondo mismo de su alma: un grito en la calle, el pitar de una gabarra en el Sena, diferentes, a saber por qué, de otros mil gritos y mil pitidos; la luz de una lámpara encendida en un rincón, la fina alianza de oro en la mano de su madre, el sonido de unos pasos en la habitación de al lado...

—La merienda está servida —dijo Martin.

Entonces, François reaccionó de golpe. Se miró las manos, decidió que no requerían un lavado, se las restregó contra el pantalón y corrió hasta el comedor, donde los demás niños entraban al mismo tiempo, incluida la pequeña Solange, en brazos de su niñera.

Les sirvieron el chocolate caliente, los pequeños brioches, la tarta con glaseado rosa y la mermelada de albaricoque.

Merendaban sentados a la mesa, sumergiendo la nariz en la espesa espuma del chocolate, y por fin se parecían a la imagen que sus padres tenían de ellos: estomaguillos ahítos, animalillos satisfechos, nada más.

Luego, los juegos continuaron.

Rosette era la compañera de François; apenas se separaban: casi siempre corrían juntos, cogidos de la mano, se escondían juntos. Ella llevaba un vestido rosa y el pelo corto, revuelto por el juego, le caía en mechones livianos sobre los relucientes ojos. Era la más bonita de las niñas presentes. Le entregó a François un anillo de papel de plata, él le dio un beso. Saltaron encima de un puf de terciopelo que rodó y los arrastró con él. Volvieron a levantarse entre gritos y risas locas y corrieron a reunirse con los demás.

Eran los últimos momentos de la fiesta, los más salvajes, los mejores; tan maravillosos que ya no importaba nada, ni el recuerdo de las lecciones que no habían estudiado para el día siguiente ni los regaños de la niñera.

—¿Ha visto cómo lleva el traje? ¡Muy bonito! Ya ha vuelto a revolcarse al suelo... ¡Qué niño, Dios mío! ¡Mamá lo sabrá y le castigará!

En ese momento François vio a su madre en el umbral de la puerta; sonreía y negaba con la cabeza mientras contemplaba el desorden del salón con una expresión a la vez divertida y consternada. Quiso darle un beso, pero él escapó de entre sus brazos. El guirigay redobló. Los niños parecían lanzar sus gritos a modo de desafío, como si pensaran: «Sólo es un momento, pero es nuestro. Vosotros, antipáticos, aguafiestas, enemigos, ¡desapareced! ¡Dejadnos tranquilos!».

Mamá estaba en casa: ya no podrían salir de la habitación de los niños, aunque con ésa les bastaba. Derribaban las sillas al pasar, gritaban... Aunque había cerrado la puerta, Marianne los oía y suspiraba:

—¡Dios mío, estos niños no saben divertirse sin hacer escándalo! En fin, gracias a Dios mañana hay colegio...

De pronto, François oyó la llave de su padre girar en la cerradura: era la señal que anunciaba el final de la fiesta, de la

tregua. Todo volvería a ser cotidiano, aburrido, odioso: el baño, la cena, el momento de irse a la cama, los camisones adornados con un ribete rojo... Eran los últimos momentos, los últimos... habría querido huir, morirse. Con los ojos llenos de lágrimas, seguía saltando con los pies juntos sobre sus juguetes rotos, pisoteándolos, aplastando los cascabeles del perro de peluche y gritando como un salvaje.

37

Antoine cerró la puerta y se quedó un momento escuchando el alboroto en la habitación de los niños. Miró la hora: «Las seis y media. En fin, enseguida se irán...» y entró en el saloncito, donde Marianne se había refugiado en compañía del gato.

Ella alzó la vista y, por la cara de su marido, supo al instante que había tenido un día ajetreado, agotador; no especialmente difícil, quizá, pero tampoco agradable: uno de esos días que se hacen cortos y a la vez pesados.

—¿Todo bien? —le preguntó.

—Sí, bien —repuso Antoine.

Se sentaron junto al fuego. La habitación de los niños ocupaba un espacio reducido del piso: los niños no debían ser, no eran, más que comparsas alrededor de los personajes principales: los padres, pero su papel crecía en importancia día tras día. Era triste admitirlo e imposible no darse cuenta. Cinco o seis años más y ellos, los padres, descenderían al rango discreto, secundario, al rango insignificante y poco lucido de *utilités* que en otros tiempos ellos mismos les habían asignado a sus propios padres.

Antoine y Marianne eran jóvenes, aún tenían una larga vida por delante, pero la parte de lo imprevisto y lo posible se había reducido e iría reduciéndose cada día más. A ellos, a sus hijos, aún podía ocurrirles todo, estaban listos para todo, abiertos a todo, maravillosamente disponibles; para sus padres, la posibilidad de elegir apenas existía: sólo les quedaban uno o dos caminos, nada más.

—Berger no pagará —dijo Antoine de pronto—. Habrá que ir

a juicio... Gastos, molestias... y sin esperanzas de cobrar. Todo marcha mal, ¡qué fastidio! Yo tengo dolor de cabeza; usted, al parecer, un resfriado. Son tiempos de apretarse el cinturón y la consecuencia lógica de todo esto es...

—Que nos iremos a cenar al restaurante más caro de París —dijo Marianne.

—Exactamente.

Sonrieron.

—Entonces, ¿nos vamos ya? Tomaremos una copa en el primer bar que encontremos. Cenaremos sobre las ocho y volveremos temprano... Mañana tengo un montón de trabajo.

Marianne fue a ponerse el sombrero y se marcharon. Una vez cerrada la puerta del piso ya no se oía a los niños. Ambos soltaron sendos suspiros de alivio.

—Lo malo es que esto los irrita —dijo Marianne pensando en los niños—, sobre todo a François. Seguro que hace un drama o alguna tontería gorda. La niñera se pondrá como loca, amenazará con irse y yo no tendré más remedio que castigarlo. Qué lata...

—François es insoportable —dijo Antoine—. Gisèle es un encanto; no parece que vaya a tener unas dotes espectaculares, pero es un encanto... François, en cambio, no tiene remedio...

En las pocas ocasiones en que era sincero consigo mismo (cada vez menos, conforme pasaban los años), cuando miraba a sus hijos veía a dos extraños.

«A Marianne deben de darle más alegrías que a mí —pensaba —. Alegrías puramente físicas, casi animales: acariciarlos, bañarlos, vestirlos...». La simplicidad de las mujeres debía de serles de gran ayuda en eso. Pero él no sentía nada parecido. Le habría gustado tocarles el corazón, pero parecían sólo carne. Gritos, risas, movimiento... más allá de eso, nada. Luego, de repente, surgía un relámpago (¡pero tan rápida, tan celosamente ocultado!) que permitía entrever un alma

desconocida, distinta. Porque lo que él buscaba en ellos era sólo a sí mismo, su propia infancia, a la que le habría gustado entender al fin, estrechar entre sus brazos, consolar. Pero en vano perseguía en sus hijos la sombra del Antoine niño; lo que encontraba era la frente de Gilbert, la brutalidad de Pascal, una inflexión de voz que parecía salida de los labios de la señora Carmontel, incluso dotes que le desagradaban porque nunca habían sido las suyas.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Marianne en cuanto estuvieron en la calle.

Eligieron un barecito en el que se habían citado muchas veces antes de casarse. En esa época, Marianne entraba allí sola, con el corazón palpitante, buscando a Antoine con los ojos, y la mayoría de las veces no veía más que al camarero, que se le acercaba sonriendo: «El señor acaba de telefonear para decir que no podía venir, que lo habían retenido, que la llamaría más tarde».

Aquellas paredes blancas adornadas con grabados ingleses habían sido testigos de sus esperanzas más fervientes, de sus mayores alegrías, de momentos de desamparo que nada podría igualar jamás. Una vez casados, se había convertido, sencillamente, en el lugar al que iban más habitualmente. A veces se encontraban allí cuando él salía del trabajo, o la invitaba a un sándwich y una copa de champán después del teatro.

Todos los recuerdos se habían ido borrando, como se borran de la memoria los rostros de los muertos.

Habían decidido dejar el coche en el garaje y andar un poco. Luego cogieron un taxi. El bar estaba vacío.

—¿Y si cenamos aquí? —propuso Marianne.

Esa noche, Antoine, generalmente taciturno, hablaba con bastante locuacidad del asunto Berger (unas letras impagadas), que lo irritaba visiblemente. Era un asunto oscuro y

embrollado; de boca de otro, Marianne habría comprendido poca cosa, pero explicado por Antoine entendía, si no los detalles, al menos lo esencial, lo que a él le importaba que entendiera; es decir, cómo se sentía y qué pensaba. Respecto a eso no podía equivocarse: leía en los labios de su esposo las palabras que éste iba a decir antes de que las pronunciara. Entre marido y mujer existen pocas reacciones imprevisibles, como puede haberlas entre padres e hijos o entre los amigos más íntimos. En eso, los casados se parecen a los hermanos y las hermanas, que, incluso distanciados, incluso enemigos, nunca son indescifrables el uno para el otro. Marianne, por contraposición, recordaba a veces esa sensación de avanzar a tientas por un bosque oscuro que produce el comienzo de un amor, cuando el cuerpo y el alma del otro, desconocidos por igual, están llenos de sorpresas.

Tras dar cuenta de la ligera cena, Antoine echó la cabeza atrás en un gesto que le era habitual y sonrió.

—Esto está mucho mejor... En realidad, rara vez estamos juntos, es una pena...

—Es verdad: si contáramos las horas que un marido y su mujer pasan solos el uno con el otro, obtendríamos un número ridículo...

Marianne se interrumpió. De pronto se le ocurrió que el amor conyugal podía crecer no sólo sin la ayuda de los esposos, sino pese a ellos, pese a las peleas, las decepciones y las traiciones, crecer por su propia cuenta, como un niño. Pero, cuando su marido le preguntó en qué pensaba, respondió:

—En nada.

Una vez más, Antoine parecía haber seguido su pensamiento, si no hasta el final, al menos hasta la mitad del camino. La miró con afecto:

—Somos buenos amigos, ¿no, Marion? Por suerte... porque lo demás...

—¿Lo demás? Lo demás ¿qué? —dijo ella encogiéndose de hombros—. ¿El asunto de Berger? ¿Está usted muy preocupado por eso?

—No... no especialmente. Pero uno vive pensando que un día al fin alcanzará... ¿la felicidad? No... nadie es tan ingenuo como para creer eso... pero sí cierto nivel superior a aquel en el que se encuentra. Por supuesto, no hablo de dinero ni de ambiciones, aunque sobre eso también habría mucho que decir (si bien en el fondo es algo secundario), sino de cierto sosiego interior, de la paz del alma, no sé cómo llamarlo... Y eso no sólo parece cada día más lejano e inalcanzable, sino que estamos rodeados de una especie de vano tumulto del que es imposible defenderse... No hay ninguna salida... en la juventud no faltaban, pero ahora...

—Sí, no abundan —admitió Marianne con un leve suspiro.

El champán que acababa de beber se le había subido a la cabeza y la aturdía. Cerró los ojos.

—¿Tiene sueño?

—No, es este resfriado...

Antoine le cogió la mano y le rodeó la muñeca con los dedos como si fueran un brazalete.

—Volvamos...

—Enseguida... en casa nadie parece necesitarnos ya... —dijo de pronto Marianne.

—Mejor.

Se quedaron callados.

—Volvamos —repitió Antoine—, mañana tengo que levantarme a las siete.

Caminaron un rato y luego pararon un taxi. Había llovido. En la esquina de la rotonda y la avenida de los Campos Elíseos, un coche que acaba de adelantarlos derrapó y chocó contra una farola. Oyeron un ruido de cristales rotos y los silbatos de los agentes, pero lo único que vieron fue el corro de gente que

empezaba a formarse.

—Se habrán partido la crisma... —dijo el taxista con una especie de brutalidad cordial.

—En un visto y no visto... —murmuró Marianne.

—Sí, en un visto y no visto...

Cuando Antoine era más joven encontraba la vida muy breve y la muerte lo aterraba, ya nunca pensaba en eso...

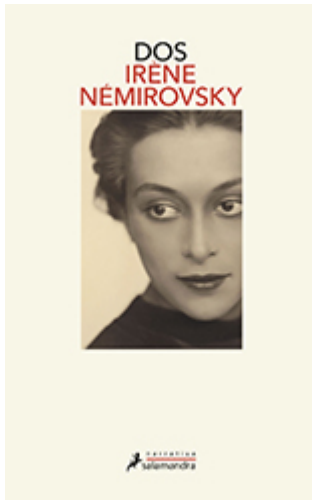
Marianne, cansada, febril, se había apoyado en su hombro y había cerrado los ojos. Él la atrajo hacia sí y se besaron.

Lo habían hecho tantas veces que ese movimiento de las bocas que se acercan y se unen se había vuelto tan mecánico como respirar.

«La mujer a la que más he querido no es ésta —pensaba Antoine—, pero a la hora de morir sentiré más perder lo que nos une de lo que he sentido perder la pasión. La pasión parece un regalo "demasiado bonito para ser cierto": sientes que Dios te la presta sólo por un tiempo, pero esto otro... adquirido con esfuerzo, amasado lentamente, destilado como miel... es sólo nuestro. Y un día también habrá que decirle adiós. Qué pena...».

No se movían, estaban cogidos del brazo y pegados el uno al otro. No sentían deseo; estaban tranquilos, un poco desilusionados y tristes, pero al cabo de unos instantes tuvieron la sensación de que el abatimiento desaparecía.

Una historia implacable sobre el frenesí de la pasión y el cruel desencanto de la juventud, ambientada en el París de entreguerras.



Cuando conoce a Antoine Carmontel, que acaba de volver del frente de batalla, Marianne Segré tiene veinte años y sólo piensa en divertirse. Hija de un conocido pintor y una rica heredera, se encariña del apuesto joven y pronto se convierten en amantes, aunque su amor no es recíproco. Cuando contraen matrimonio, Antoine invierte su herencia en una fábrica de papel, a la que consagra sus esfuerzos, mientras se hace amante de la hermana pequeña de Marianne.

Anatomía lúcida e irónica del matrimonio y la familia, llena de agudas reflexiones sobre la amistad, la soledad, el dolor o la muerte, *Dos* es también una historia sobre las ilusiones perdidas de unos jóvenes que se enfrentan a un presente lleno de oscuros

presagios.

Reseñas:
«Una novela de un rigor implacable, casi brutal, que no escatima en ilusiones».
Les Inrockuptibles

«¿Quién ha sido capaz, mejor que Irène Némirovsky, de escudriñar afiladamente el fondo del alma de la juventud de los felices años veinte, dominada por un frenético deseo de vivir y un deseo ardiente y sensual de placer?».
Pierre Loewel

Irène Némirovsky nació en Kiev en 1903 en el seno de una familia acaudalada que huyó de la revolución bolchevique para establecerse en París en 1919. Hija única, Irène recibió una educación exquisita, aunque padeció una infancia infeliz y solitaria. Años antes de obtener la licenciatura en Letras por la Sorbona, su precoz carrera literaria se inicia en 1921 con la publicación del texto *Nonoche chez l'extralucid* en la revista bimensual *Fantasio*. Pero su salto a la fama se produce en 1929 con su segunda novela, *David Golder*, la primera que vio la luz en forma de libro. Fue el inicio de una deslumbrante trayectoria que consagraría a Némirovsky como una de las escritoras de mayor prestigio de Francia, elogiada por personajes de la talla de Jean Cocteau, Paul Morand, Robert Brasillach y Joseph Kessel.

Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial marcó trágicamente su destino. Denegada en varias ocasiones por el régimen de Vichy su solicitud de nacionalidad francesa, Némirovsky fue deportada y murió asesinada en Auschwitz en 1942, igual que su marido, Michel Epstein. Sesenta años más tarde, el azar quiso que Irène Némirovsky regresara al primer plano de la actualidad literaria con el enorme éxito de *Suite francesa*, su obra cumbre, descubierta casualmente por sus hijas, publicada en 2004 y galardonada a título póstumo con el premio Renaudot, entre otras muchas distinciones. Las novelas de Irène Némirovsky, publicadas en español por Salamandra, han sido traducidas a treinta y nueve idiomas, demostrando el interés por una autora que se sitúa sin duda entre los grandes escritores del siglo XX.

Título original: *Deux*

Primera edición: marzo de 2023

© 1936, 2022, Éditions Albin Michel
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, José Antonio Soriano Marco, por la traducción

Imagen de portada: © Wanda Wulz (1903-1984)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19346-22-3

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros

Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Dos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Sobre este libro

Sobre Irène Némirovsky

Créditos